



Algunos aspectos culturales  
de la comunidad cubana  
de New York durante el siglo XIX

*Enrique López Mesa*





**Algunos aspectos culturales  
de la comunidad cubana  
de New York durante el siglo XIX**



***Enrique López Mesa***



La Habana, 2025

Edición: CECILIA ESTEVEZ SALAZAR

Diseño y composición: ILEANA FERNÁNDEZ ALFONSO

Primera edición: Centro de Estudios Martianos, 2002

Segunda edición, 2025

© Enrique López Mesa, 2025

Sobre la presente edición:

© Centro de Estudios Martianos, 2025

ISBN: 978-959-271-442-7

CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS

Calzada no. 807, esq. a 4,

El Vedado, CP. 10400,

La Habana, Cuba

Telf.: (53) 7 836 4966 al 69

Fax: (53) 7 833 3721

E-mail: cem@josemarti.co.cu

editorial@josemarti.co.cu

www.josemarti.cu

*Ilustración de la cubierta:*

Fachada del edificio marcado con los números 120 y 122 de la calle Front, entre las calles Wall y Pine, en la ciudad de New York. En el salón 13, del cuarto piso, tuvo su despacho José Martí a partir de 1886. Con posterioridad a su muerte, continuó siendo la sede de la Delegación del Partido Revolucionario Cubano.

# Índice

Reconocimientos/ 7

A modo de introducción/ 8

Algunos aspectos culturales de la comunidad cubana  
de New York durante el siglo XIX/ 10

I/ 11

II/ 22

III/ 30

IV/ 49

V/ 56

Notas/ 66

Fotos/ 97

Bibliografía no citada en el texto/ 106

Anexos/ 110

Anexo 1

Relación parcial de lugares públicos de New York y Brooklyn utilizados por los cubanos para sus actos políticos y culturales (1850-1898)/ 111

Anexo 2

Publicaciones periódicas de New York fundadas o dirigidas por cubanos durante el siglo XIX/ 114

Anexo 3

Relación parcial de obras de autores cubanos del siglo XIX sobre New York y los Estados Unidos (no incluye a José Martí)/ 118

Anexo 4

Cinco poemas “neoyorquinos” de autores cubanos del siglo XIX/ 125

*¿Qué somos ya, fuera de Cuba,  
sino un pueblo hecho, trabajador y susceptible,  
como han de ser los pueblos  
destinados a la felicidad en las repúblicas?*

JOSÉ MARTÍ  
(*Harmand Hall*, New York,  
10 de octubre de 1891)

# Reconocimientos



Esta monografía fue preparada para el Taller “José Martí and the New York Public Culture of the Gilded Age”, auspiciado por la New York University y celebrado en la ciudad de New York el 11 de diciembre del 2000. Agradecemos a los profesores Thomas Bender, Mary Nolan y Ada Ferrer, todos de la NYU, así como a la doctora Alessandra Lorini, profesora de la Universidad de Florencia, Italia, su invitación a dicho taller y el esfuerzo que desplegaron para garantizar nuestra presencia en él.

También queremos dejar constancia de nuestro agradecimiento a un grupo de colegas y amigos que, de una forma u otra, contribuyeron a la realización de este trabajo: Marial Iglesias, Ana Cairo, Ada Ferrer, Mercedes Valero, Cristina Taverna, Siomara Sánchez Robert, Alejandro Sebazco, Nancy Machado, Olga Vega, Carmen Lina Suárez, Niurka Alfonso, Edita María Caveda, María Esperanza Navarrete, Lisandro Pérez, Luis García Pascual, Francisco Pérez Guzmán, Pedro Pablo Rodríguez, Eduardo Torres Cuevas y Salvador Arias. Asimismo, al personal de la Sala Cubana de la Biblioteca Nacional “José Martí”, de la biblioteca de la Gran Logia de Cuba y de la empresa Geocuba.

# A modo de introducción



Cuando el aún joven José Martí (27 años) desembarcaba en New York, en enero de 1880, para iniciar la etapa más importante de su vida, llegaba a la ciudad de este continente que más vínculos había tenido con la realidad económica, política y cultural de Cuba durante aquella centuria.<sup>1</sup> Como parte de esos vínculos, lo más lúcido de la *intelligentsia* cubana decimonónica había radicado en New York por cortos o largos períodos, mayormente empujados hacia ella por la represión colonial española.

Pero estos hombres no solo llevaron a cabo una labor política en el exilio, sino que también crearon allí una parte importante de su obra intelectual, a la par que realizaron tareas afines, como las de traductores, editores, directores de periódicos y revistas culturales, profesores de lengua y literatura española, músicos, directores de conservatorios, promotores de asociaciones culturales y benéficas, periodistas, etcétera. Su actuación, además de enriquecer el acervo cultural de la Isla, se proyectó en la cultura pública de New York.

Paralelamente al quehacer de estos representantes de la alta cultura, el resto de los hombres y mujeres de la comunidad cubana de New York —simultáneamente con su labor política— desarrollaron un vigoroso movimiento asociativo que fue un reflejo de su activa vida social.

El propósito de esta monografía es hacer un bosquejo general de esos y otros aspectos culturales de aquella comunidad, que fueron los antecedentes y el contexto de la extraordinaria labor desplegada por José Martí entre 1880 y 1895. A lo largo de ella hemos señalado algunos temas huérfanos de investigación y que por su importancia la ameritan. La información reunida proviene, en buena medida, de las incompletas y en ocasiones deterioradas colecciones de publicaciones periódicas neoyorquinas en lengua española —cubanas o no— que se conservan en hemerotecas y archivos habaneros. En esencia, esto no es más que un resultado parcial y, por tanto, está sujeto a rectificaciones ulteriores, máxime tratándose de un tema tan abarcador.

Obviamente, excede a nuestro propósito el análisis de la influencia que el paradigma norteamericano ejerció sobre la intelectualidad nacional. La profesora Ana Cairo señaló la necesidad de un estudio monográfico acerca de cómo se fue elaborando una visión cubana de los Estados Unidos a lo largo del siglo XIX.<sup>2</sup> Para facilitar la labor de aquellos que asuman lo que dicha profesora considera un reto investigativo para nuestra historiografía, incluimos como tercer anexo una relación parcial de obras de autores cubanos del siglo XIX sobre temas norteamericanos.



*Algunos aspectos culturales  
de la comunidad cubana  
de New York durante el siglo XIX*



# I



En el mes de diciembre de 1823, y con solo cinco días de diferencia, llegan a New York dos figuras prominentes de la Isla: el presbítero Félix Varela y Morales —el hombre del cual se ha dicho que enseñó a pensar a los cubanos— y el poeta José María Heredia, nuestro gran romántico, a quien Martí consideró el “primer poeta de América”.<sup>3</sup>

La estancia del cantor del Niágara se prolongó —con algunas interrupciones— hasta 1825.<sup>4</sup> Además de publicar aquí la primera edición de sus *Poesías*,<sup>5</sup> Heredia sería el iniciador de dos oficios que se reiterarían en el exilio cultural cubano: traductor y profesor de lengua española. En 1824 tradujo y publicó poemas de Ossian, y en noviembre de ese mismo año comenzó a impartir clases en la escuela privada de Lewis Bancel (14-21 Provost St., en Manhattan).<sup>6</sup>

El quehacer de Varela sería mucho más importante y se dilataría por casi treinta años. Dio continuación al oficio de traductor al verter al español el *Manual de práctica parlamentaria*, de Thomas Jefferson<sup>7</sup> y los *Elementos de Química aplicada a la agricultura*, de Humphrey Davy.<sup>8</sup> Pero su labor más trascendente nos la legaría con *El Habanero*, el primer periódico revolucionario cubano, el cual, para no faltar a nuestra tradición paradójica, sería íntegramente redactado por un sacerdote y publicado en el extranjero. Comenzó a editarlo en Philadelphia, en 1824, pero a partir de su cuarto número (1825) y hasta su séptimo y último (1826) lo editaría en New York. También en New York colaboró con su discípulo José Antonio Saco en la redacción

de la revista *El Mensajero Semanal* (1828-1831), en 1829 publicó la primera edición de las *Poesías* de su coterráneo Manuel de Zequeira y Arango (1764-1846), y dio a las prensas tres ediciones (1828, 1832 y 1841) de sus *Lecciones de filosofía*, destinadas a servir de texto en su añorado Seminario de San Carlos.<sup>9</sup>

Después Varela se concentró en su misión pastoral en la diócesis neoyorquina, en cuyos templos ofició desde 1826 hasta 1849. En 1827 fundó su parroquia en la Iglesia de Cristo (Christ's Church, 41 Ann Street), que fue el cuarto templo católico de la ciudad. Allí abrió escuelas para niños y niñas. En 1835 fundó el Asylum for the Relief of the Children of Poor Widows, conocido por el Half Orphan Asylum, que en 1852 sería fusionado con el Roman Catholic Orphan Asylum in the City of New York.<sup>10</sup> Varela también fue capellán de la Hibernian Benevolent Society —integrada por pequeños comerciantes y artesanos irlandeses—, cuyos desfiles anuales, el Día de san Patricio, siempre terminaban con un servicio religioso en la Iglesia de Cristo.<sup>11</sup> Su ministerio lo llevó a visitar lugares tan sórdidos como el tristemente célebre Five Points<sup>12</sup> y durante la epidemia de cólera que se desató en la ciudad en junio de 1832 acudió regularmente a los centros hospitalarios a llevar los auxilios espirituales a los agonizantes. A causa del incendio del edificio original, en 1834, su parroquia tuvo un nuevo local a partir de 1836: la Iglesia de la Transfiguración (Church of the Transfiguration of Our Lord, en Chambers Street).<sup>13</sup>

A partir de 1829 fue Vicario General asociado de la diócesis y representó al Obispado de New York en los concilios de Boston (1837) y Baltimore (1846).<sup>14</sup> El sencillo sacerdote habanero devino uno de los más importantes teólogos de la iglesia católica norteamericana y como tal participó en las vehementes polémicas que tuvieron lugar en aquellos años entre católicos y protestantes, lo que le valió honoríficamente el Doctorado en Teología. Quien quiera estudiar los conflictos religiosos en esta ciudad durante la primera mitad del siglo XIX debe acudir obligatoriamente a las páginas de sus *Cartas a Elpidio* (1835-1838).<sup>15</sup>

En 1840 Varela fundó la New York Catholic Temperance Association, primera sociedad católica de su tipo en los Estados Unidos, que a la vuelta de un año ya contaba con cinco mil miembros, presididos por él. Igualmente, en 1846 introdujo en esta ciudad la Sociedad de san Vicente de Paul, asociación de caridad para laicos, que había sido fundada en París en 1833.<sup>16</sup>

Como antes en lo político, Varela desplegó una ingente labor publicística religiosa. En 1830 y 1831 publicó una serie de seis folletos con el título *The Protestant's Abridger and Annotator* —como réplica a *The Protestant*— y entre 1833 y 1836 fue un colaborador frecuente del *New York Weekly Register and Catholic Diary*, dirigido a los inmigrantes irlandeses. Desde diciembre de 1836 hasta abril de 1837 editó el semanario *The Catholic Observer* —sucesor del anterior— y desde septiembre de 1839 hasta diciembre de 1840, el también semanal *The New York Catholic Register*.<sup>17</sup> Entre 1832 y 1841 fue colaborador del semanario *The Truth Teller* —que había comenzado a publicar el padre John Power en 1825 y que fue el primer periódico católico de la ciudad— y en abril de 1841 fundó, conjuntamente con el padre Charles Constantine Pise, la revista mensual *The Catholic Expositor and Literary Magazine*, que circuló hasta noviembre de 1844. Son numerosos los artículos de Varela en estas publicaciones.<sup>18</sup>

Una prueba del prestigio alcanzado por Varela en los medios culturales neoyorquinos es el hecho de que en octubre de 1830 fuera invitado a participar en la “convención de caballeros literatos y científicos” que se reunió en el Ayuntamiento de la ciudad para considerar el establecimiento de lo que es hoy la New York University.<sup>19</sup>

La prolongada ausencia de la patria no hizo mella en su identidad nacional, o sea, en su *cubanía*. En 1842, Eusebio Guiteras lo visitó en su modesta casa de la calle Reade número 23, anexa a la Iglesia de la Transfiguración, y tiempo después recordó aquel encuentro: “[...] Los muchos años que había pasado en tierra extranjera, no habían sido parte a hacerle perder los modales y lenguaje del habanero [...]”<sup>20</sup>

Por otro lado, el testimonio de Lorenzo Allo sobre la visita que hiciera a su antiguo profesor en San Agustín, de la Florida, apenas dos meses antes de la muerte de este, y que constituye uno de los documentos más conmovedores de toda la historia de Cuba, dice en uno de sus párrafos: “Varela [.] no ha perdido sus modales y movimientos cubanos. Su fisonomía no toma la expresión inglesa, sino cuando habla inglés, idioma que posee lo mismo que el suyo [.]”.<sup>21</sup> El venerable sacerdote es hoy uno de los símbolos mayores de nuestra cultura y de nuestra lucha por la libertad. Por su labor apostólica —principalmente en esta ciudad— la Iglesia Católica lo ha declarado Siervo de Dios. Martí lo calificó de “patriota entero”, que “dijo sin miedo lo que vio” y que no confundió “el justo respeto a un pueblo de instituciones libres con la necesidad injustificable de agregarse al pueblo extraño y distinto”.<sup>22</sup>

José Antonio Saco, el talento más enciclopédico que dio Cuba en el siglo XIX, ya había radicado en Philadelphia entre 1824 y 1826, siempre en contacto con Varela.<sup>23</sup> Pero en mayo de 1828 llegó a la ciudad del Hudson acompañado de José de la Luz y Caballero, quien después seguiría viaje hacia Europa. De esta forma, pudieron reunirse en New York tres de las más importantes figuras de la cultura cubana. El “incisivo Saco” —como lo definió Martí— “que no creía en parches andaluces ni postizos rubios para las cosas del país”,<sup>24</sup> editaría aquí, con la colaboración de Varela, 45 de los 76 números de la revista *El Mensajero Semanal* (1828-1831) —en la cual la política se codeó con la literatura, ciencia, religión, historia, arquitectura, geografía y otros temas— y escribiría dos de sus trabajos más célebres: *Memoria sobre caminos en la isla de Cuba* (1829) —al que añadió como apéndice un extracto de las leyes itinerarias del Estado de New York— y *Memoria sobre la vagancia en la isla de Cuba* (1830).

La estancia de Luz en New York —exceptuando parte del verano de 1828, cuando recorrió otros lugares de los Estados Unidos— se prolongó hasta el 1.º de mayo de 1829, fecha de su partida hacia Europa. Durante la misma no creó obra, pero es de suponer que

sus conversaciones con Saco y Varela debieron ser harto provechosas para la cultura cubana. Por otra parte, todo indica que adquirió un buen conocimiento de New York, que tal vez se sintetice en una frase de su carta a José Cecilio Silvera de 7 de noviembre de 1828: “[...] por ser esta [la] ciudad donde la población es más numerosa y heterogénea de toda la Unión. En una palabra, New York nadie ignora que es una *olla podrida* [...]”<sup>25</sup> O sea, don Pepe —“el silencioso fundador”, como lo llamó Martí—<sup>26</sup> se adelantó más de un siglo a Fernando Ortiz en criollizar el concepto de *melting pot*.

En mayo de 1827 Varela —devenido ya en el gran ausente de la vida cultural y política habanera— recibió la visita de otra importante figura de nuestro siglo XIX: el crítico literario Domingo del Monte (1804-1853), quien iba de paso hacia la Península. Del Monte repitió la visita a su regreso, en diciembre de 1828, y coincidió con Heredia en su rechazo por la lengua inglesa.<sup>27</sup> Martí elogió la forma delmontina de la crítica, “con aquel cultivo del mérito por donde es la crítica más útil que por la agria censura” y lo consideró “el más real y útil de los cubanos de su tiempo”.<sup>28</sup>

El período de predominio de las ideas anexionistas en la Isla (1845-1855)<sup>29</sup> trajo el primer auge de la actividad política de los emigrados cubanos y dio inicio a regularidades que se prolongarían durante cincuenta años. José Ignacio Rodríguez supo sintetizarlas:

A este período corresponde la inauguración del sistema u orden de cosas que con relación a los asuntos de Cuba ha venido después repitiéndose con monótona identidad en los Estados Unidos de América. La creación de una Junta en New York. La celebración de reuniones públicas de cubanos y de los que con ellos simpatizasen. La agitación por medio de los periódicos. La pronunciación de discursos más o menos inflamatorios en la plaza pública o en los salones del Congreso nacional por este o aquel diputado, senador o personaje importante de mayor o menor renombre. La recolección de fondos por medio de emisión de bonos, suscripciones,

ferias, regalos de sus joyas por las señoras, etc., etc. Y una lucha abierta, declarada, (eficaz únicamente dentro de los límites que convenían al Gobierno) entre la legalidad del país y las aspiraciones de los revolucionarios.<sup>30</sup>

De todos es sabido que en una *boarding house* de esta ciudad,<sup>31</sup> y a principios de junio de 1849, fue diseñada la bandera tricolor que hoy —limpia de toda mácula anexionista— es nuestra enseña nacional, y que fue también en esta ciudad donde ondeó por primera vez, el 11 de mayo de 1850 —ocho días antes de que lo hiciera en tierra cubana— en el balcón del edificio que ocupaba el periódico *The New York Sun*, en la calle Nassau 89, esquina a la calle Fulton, en Manhattan.<sup>32</sup>

Fue también el período de proliferación de la prensa política cubana en New York, la que en algunos casos fue dirigida por hombres de letras, como Gaspar Betancourt Cisneros (1803-1866) —uno de los más destacados costumbristas cubanos del siglo XIX—, y Cirilo Villaverde (1812-1894).

Tiempo después de la creación de sus primeras organizaciones políticas,<sup>33</sup> los exiliados fundaron, el 26 de febrero de 1852, la Sociedad Cubana de Beneficencia Mutua, para socorrer a los cubanos que se encontraran en la indigencia o que sufrieran una desgracia personal o familiar.<sup>34</sup> Es la más antigua de este tipo de sociedades cubanas en New York que hemos podido localizar. Desconocemos hasta cuándo se mantuvo en funciones, pero queremos llamar la atención sobre el hecho de que las sociedades de beneficencia fundadas en Cuba en el siglo XIX eran españolas: catalana (1841), gallega (1871), vasco-navarra (1877), asturiana (1877), montañesa (1883), etcétera.<sup>35</sup> De ahí que todo parezca indicar que la fundada en 1852 por nuestros emigrados en New York haya sido la primera cubana, paradójicamente creada fuera de la Isla.

El Ateneo Democrático Cubano parece haber sido la primera asociación cultural creada por nuestros emigrados en la gran ciudad.<sup>36</sup> Fue fundado el 9 de octubre de 1853 por el poeta matancero Miguel Teurbe Tolón (1820-1857) —exiliado de ideas anexionistas—

y el 13 de noviembre del mismo año aprobó su constitución y eligió su junta directiva.<sup>37</sup> Oficialmente tenía su sede en el edificio conocido por Assembly Rooms, en la calle Broadway número 600 y sesionaba todos los domingos de 7:00 a 10:00 p.m. En él se impartieron cursos sobre Constitución y Leyes de los Estados Unidos, por el propio Teurbe Tolón; sobre Economía Política, por Lorenzo Allo,<sup>38</sup> y las conocidas lecciones de Historia de Cuba del santiaguero Pedro Santacilia, quien más tarde las recogiera en forma de libro, y que representaron la primera respuesta cubana al *Ensayo histórico sobre la Isla de Cuba*, de Jacobo de la Pezuela.<sup>39</sup> En 1854 el Ateneo le otorgó a José Antonio Saco la condición de Socio Honorario. Desconocemos qué otras actividades desempeñó el Ateneo y hasta cuándo existió. Quizás algún colega neoyorquino se interese por él y nos entregue el necesario estudio monográfico.<sup>40</sup>

Entre las diferentes formas asociativas que adoptó la comunidad cubana en New York no podía faltar la masonería. En 1855 el exiliado político Andrés Cassard (1823-1894) —quien después sería una figura clave en la historia de la masonería cubana— fundó allí la logia La Fraternidad No. 387, que fue la primera en lengua española en los Estados Unidos.<sup>41</sup> Esta logia sería mayoritariamente cubana.<sup>42</sup> Durante la Guerra Grande, y en fecha que las fuentes no precisan, otros emigrados fundaron la logia Star of Cuba / Estrella de Cuba No. 742. Uno de sus Maestros sería Néstor Ponce de León. Sin embargo, todo indica que, a pesar de su nombre, la membresía cubana no era predominante.<sup>43</sup> La historia de la masonería cubana en New York durante el siglo XIX aún está por escribirse. El día que esto se haga se aclararán muchos aspectos de la historia política de la emigración.

En este período también radicó en New York otra figura importante de nuestra historia: don Francisco de Frías y Jacott, Conde de Pozos Dulces (1809-1877), quien en 1854 ocupaba la vicepresidencia de la nueva Junta Cubana, fundada dos años antes, y en agosto de 1855 redactaba el manifiesto en que la misma renunciaba al anexionismo.

El historiador Pedro José Guiteras (1814-1890), quien había conocido de los rigores de la cárcel en la Isla, no se estableció en New York, sino en Rhode Island, pero sí publicó aquí los dos volúmenes de su *Historia de la isla de Cuba*.<sup>44</sup>

En 1848 estuvo en New York José Jacinto Milanés (1814-1863), el dulce poeta de la tórtola. Otros intelectuales que radicaron aquí con anterioridad a 1868 fueron el poeta y narrador Nicolás de Cárdenas y Rodríguez (1814-1868)<sup>45</sup> y Federico Milanés (1815-1890), quien publicó en esta ciudad la segunda edición aumentada de las obras de su famoso hermano.<sup>46</sup> El santiaguero Porfirio Valiente (1807-1870) llegó a New York en 1852 para formar parte de la Junta Anexionista.<sup>47</sup> En 1863 dirigía la sección política, económica y literaria del periódico *El Porvenir*.

Por otra parte, el trinitario Francisco Javier Vingut (1823-¿?) desempeñó una activa labor: fue propietario de una librería (739 Broadway, frente a Astor Place), editor,<sup>48</sup> antologador,<sup>49</sup> profesor de literatura española en la New York University, y un prolífico autor de manuales para la enseñanza de los idiomas inglés, español y francés. Antonio de Franchi-Alfaro y Lemaur —quien había sido en La Habana catedrático universitario, novelista y fundador de revistas culturales— fue aquí profesor del Columbia College y publicó en 1853 un texto de ortografía y gramática castellana.<sup>50</sup>

El habanero Luis Felipe Mantilla (1833-1878) se estableció en New York en julio de 1862, donde vivió hasta su muerte, ocurrida el 11 de septiembre de 1878. En 1865 era miembro de la Sociedad Republicana de Cuba y Puerto Rico. Colaboró con *El Educador Popular*, *Museo de las Familias*, *La América Ilustrada* y *El Mundo Nuevo*. En octubre de 1871 fue nombrado profesor de lengua y literatura española de la New York University. Fue uno de los profesores de la sociedad Amigos de la Educación Popular (1874) y publicó varios textos escolares que tuvieron gran difusión. Mantuvo una estrecha amistad con el venezolano José Antonio Páez durante su destierro, quien le dictó sus memorias. En su nota necrológica, José Manuel Mestre expresó: “[...] Sin temor de que

se nos tache de exagerados, podemos decir que nadie ha gozado en Nueva York, en estos últimos años, de más crédito que Mantilla, como maestro de la lengua y literatura castellanas [..].<sup>51</sup> El nombre de Luis Felipe Mantilla debe formar parte de la historia de la pedagogía cubana.<sup>52</sup>

El también habanero Agustín José Morales y Arnais es otra figura olvidada. Fue catedrático de lengua y literatura española en el Colegio de la Ciudad de New York. La casa Appleton le publicó su *Progressive Spanish Reader, with an Analytical Study of the Spanish Language*,<sup>53</sup> obra que recibió el elogio de Antonio Bachiller y Morales.<sup>54</sup> Para el escritor y diplomático ecuatoriano Antonio Flores, los cubanos Luis Felipe Mantilla y Agustín José Morales eran los que más se habían ocupado en difundir la lengua española en los Estados Unidos.<sup>55</sup>

El santiaguero Pedro Santacilia (1826-1910) agrupó su producción poética del exilio en un pequeño volumen: *El arpa del proscrito*.<sup>56</sup> En uno de sus poemas, “El desterrado”, escrito en New York en 1855, plasmó las remembranzas que del nativo Cauto el entonces cristalino Hudson despertaba en él, retomando así el contrapunteo paisajístico iniciado por Heredia y que después se prolongaría en Zenea (ver Anexo 4). Fue del propio Santacilia la iniciativa de publicar en 1858 la conocida antología *El laúd del desterrado*, que recoge poemas suyos, de José María Heredia, Leopoldo Turla, Pedro Ángel Castellón, José Agustín Quintero, Juan Clemente Zenea y Miguel Teurbe Tolón. Una estrofa de este último sintetiza el sentir de muchos emigrados:

*Vivir en extraño suelo  
rico y libre, mas no mío  
y ver en su pardo cielo  
un sol que parece frío.*<sup>57</sup>

Entre mayo y julio de 1864 permaneció en la ciudad, antes de continuar viaje a Europa, una de las figuras mayores de nuestras letras,

la poetisa Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814-1873). Fue en esa estancia de dos meses que pudo cumplir el rito cubano de visitar las cataratas del Niágara, a las que dedicó un soneto (ver Anexo 3).<sup>58</sup>

En la década de 1850 ya se presentan en New York músicos cubanos como los violinistas José Domingo Busquets<sup>59</sup> y Antonio Raffelin (1796-1882).<sup>60</sup> Este último fue, además, un importante compositor que, en opinión de Alejo Carpentier, sirvió de puente entre la música de fines del siglo XVIII y el “clasicismo cubano”.<sup>61</sup> Las artes plásticas cubanas también hicieron irrupción en este período con la presencia del retratista santiaguero Federico Martínez (1828-1912). Ya radicado aquí en 1864, vivió en New York hasta su muerte.<sup>62</sup>

Es también en este período que nuestros emigrantes comienzan a utilizar lugares públicos de New York para sus actos políticos y culturales, como el Hotel Barnum, el Salón de la Estrella, el Salón de Apolo, el Assembly Rooms y el templo protestante Tabernáculo (ver Anexo 1). Y algunos de esos actos demuestran la temprana identificación y solidaridad para con los cubanos por el resto de los inmigrantes neoyorquinos, tanto los de procedencia europea como hispanoamericana.

El primero de septiembre de 1852 los cubanos de New York conmemoraron el primer aniversario de la ejecución del general Narciso López. Esa mañana asistieron a misa en la Catedral de San Patricio, entonces ubicada en la calle Mott, y al final de la misma alrededor de 200 cubanos y extranjeros amigos, con crespones negros en el brazo izquierdo, marcharon en procesión por las calles —de dos en dos— hasta el Assembly Rooms (600 Broadway), en lo alto de cuya fachada ondeaba a media asta la bandera de López. En el interior del edificio se celebró el acto político, en el cual hablaron Miguel Teurbe Tolón, Francisco Agüero y Estrada, Manuel de Jesús Arango y Francisco de Armas. Según el anónimo cronista de *La Verdad* —probablemente Cirilo Villaverde—, esta conmemoración fue “la primera función pública de carácter religioso político” que los cubanos “reunidos en cuerpo” celebraron en New York. A ella concurrieron puertorriqueños, húngaros, italianos, venezolanos

y norteamericanos. Para nosotros, este acto reviste una triple significación: hasta donde conocemos, fue la primera ocasión en que los cubanos desfilaron por las calles de New York, adoptando así una forma tradicional de la cultura pública norteamericana, aunque haya sido con carácter luctuoso. Igualmente, fue la primera demostración ritual de solidaridad del resto de la inmigración neoyorquina con la causa cubana, y a la vez marcó el inicio de las “celebraciones nacionales” cubanas en New York, que se prolongaron a lo largo de la segunda mitad del siglo, agregándose nuevas efemérides en cada período: 1.º de septiembre, 10 de octubre, 27 de noviembre, 24 de febrero, 19 de mayo...<sup>63</sup>

Dos años después, en la noche del domingo 19 de marzo de 1854, el Ateneo Democrático Cubano efectuó en su local del Assembly Rooms una ceremonia fúnebre en homenaje al recién fallecido Lorenzo Allo, a la que asistió la mayor parte de los cubanos de New York, así como representantes de sociedades de inmigrantes alemanes, polacos e italianos. La de estos últimos era la sociedad La Montaña.<sup>64</sup>

Esta solidaridad también se llevó al plano organizativo. En 1864, y promovida por el cubano Juan Manuel Macías, se fundó la Sociedad Democrática de los Amigos de América, una asociación secreta que tenía como objetivo “promover la unión íntima de los pueblos en ella representados, y la liga de los gobiernos y llevar adelante el gran propósito de asegurar la libertad e independencia de estos países del Nuevo Mundo”.<sup>65</sup>

Al año siguiente, y como resultado de una junta de los cubanos y puertorriqueños afiliados a ella, celebrada el 21 de diciembre de 1865, surgió la Sociedad Republicana de Cuba y Puerto Rico, que se autodefinía como sociedad revolucionaria y que postulaba como único propósito “la independencia política de las Antillas y la libertad absoluta de todos sus habitantes, sin distinción de razas ni colores”.<sup>66</sup>

Esta sociedad constituye el más lejano antecedente de la unidad de cubanos y puertorriqueños en el exilio. Su presidente fue Juan Manuel Macías, los vicepresidentes fueron José J. Basora y Cirilo Villaverde, y actuó como secretario Juan Clemente Zenea.<sup>67</sup>

## II



El inicio de la primera guerra independentista cubana (1868-1878) y la violenta represión desatada por las autoridades coloniales provocaron una fuerte corriente migratoria desde la Isla hacia las ciudades norteamericanas. El historiador español Justo Zaragoza calculaba en más de cien mil las personas que abandonaron Cuba solo en 1869.<sup>68</sup>

Es probable que la cifra sea exagerada, pero de los diferentes núcleos migratorios, “New York fue el más importante, tanto por el mayor número de emigrados, como por estar allí los de mayor capital y representación”, según afirmara Enrique Collazo.<sup>69</sup> Todo parece indicar que fue en este período que se consolidó como tal la comunidad cubana de New York, caracterizada, como apunta Diana Abad, por su heterogeneidad social, aunque con una masa fundamental de asalariados.<sup>70</sup>

Una somera revisión de los anuncios publicados por la prensa cubana de New York a lo largo de esta década facilita una idea general de la diversidad de ocupaciones de los inmigrantes: notarios, sastres, impresores, fotógrafos, farmacéuticos, tabaqueros, propietarios de restaurantes y casas de huéspedes, y un largo etcétera.

Comunidad predominantemente católica, los cubanos preferían las iglesias francesas de New York, especialmente la de San Francisco Javier (Calle 16 no. 36 Oeste, entre 5ta. y 6ta. Avenidas), fundada por los jesuitas en 1847, donde había al menos un sacerdote español. Las mujeres cubanas también frecuentaban los monasterios y colegios

de las monjas del Corazón de Jesús, como el de Manhattanville, que contaba con varias religiosas españolas y cubanas.<sup>71</sup>

En 1870 el periódico *La Revolución* anunciaba regularmente la iglesia de Santiago (Calle 22 entre 5ta. y 6ta. Avenidas), donde los servicios religiosos eran oficiados en castellano por el reverendo Joaquín de Palma. Allí se ofició un *Te Deum* el 10 de octubre de 1870.<sup>72</sup> La iglesia de San Esteban (Calle 28 entre 3ra. Avenida y Avenida Lexington) también era frecuentada por los cubanos, y en ella hubo misas de réquiem los 10 de octubre de 1870 y 1871.<sup>73</sup>

Paralelamente a la controvertida Junta Central Cubana de New York, perpetua causa de discordias políticas a lo largo de la década, se crearon organizaciones colaterales de apoyo a la lucha independentista,<sup>74</sup> y también sociedades de socorros mutuos<sup>75</sup> y de beneficencia, como La Fraternidad,<sup>76</sup> La Protectora,<sup>77</sup> y la Caja de Ahorros de los Tabaqueros de New York, esta última surgida de una huelga del sector en 1875;<sup>78</sup> aunque sin duda la más importante fue la Sociedad Cubana de Beneficencia de New York (Cuban Benevolent Society), fundada en 1870.<sup>79</sup>

Pero de las asociaciones generadas por aquella pequeña “sociedad civil” cubana, son dos las que más nos llaman la atención, por estar encaminadas a elevar el nivel de instrucción de nuestros emigrados: la primera es la asociación Amigos de la Educación Popular, fundada el 10 de agosto de 1874. Además de alentar la asistencia de los inmigrantes cubanos a las escuelas públicas norteamericanas, la asociación contrató un salón del Masonic Hall donde se impartían clases complementarias a cargo de los profesores Luis Felipe Mantilla (Lectura e Inglés), José Manuel Mestre (Gramática Castellana), Ramón Ylla (Aritmética), Agustín Pino (Escritura) e Hilario Cisneros (Geografía) —“el incansable Hilario Cisneros, maestro del cubano negro en el destierro de aquellos diez años”, como diría José Martí.<sup>80</sup> Lamentablemente, de los 86 alumnos matriculados inicialmente, en abril de 1875 solo seguían concurriendo de 18 a 20. Uno de los méritos de esta asociación fue que hizo hincapié en la necesidad de educación de la mujer cubana.<sup>81</sup>

La otra era la sociedad El Recreo Social, fundada en Brooklyn el 6 de septiembre de 1877, que organizó clases nocturnas de Inglés, Francés, Alemán, Gramática Castellana, Teneduría de Libros, Aritmética Mercantil, Política, Historia y Música Vocal. Con la excepción de estas últimas, para todas las demás se utilizaba el Everett Hall (389 Fulton Street, Brooklyn), donde también se convocaban reuniones familiares en las que los afiliados discutían temas de interés para la comunidad. La asistencia a clases oscilaba entre un mínimo de 30 y un máximo de 45-48 personas.<sup>82</sup>

Al igual que en los períodos anteriores, durante la guerra los emigrados cubanos continuaron utilizando lugares públicos de New York y Brooklyn para sus actos políticos y culturales (ver Anexo 1). El 10 de octubre de 1869 celebraron en Cooper Union el primer aniversario del levantamiento de Carlos Manuel de Céspedes en La Demajagua. Fue la primera de las treinta conmemoraciones de esta fecha por nuestros compatriotas en New York, de las cuales al menos tres se realizarían en el Instituto fundado en 1859 por Peter Cooper.

Pero en estos años su escenario favorito fue el Masonic Hall (114 y 116 West 13<sup>th</sup> St., entre 3.<sup>a</sup> y 4.<sup>a</sup> Avenidas). Fueron numerosos los actos allí celebrados. Después de la inauguración del nuevo Masonic Temple, en 1875, el viejo edificio pasó a llamarse Clarendon Hall, y los cubanos siguieron utilizándolo. En 1886 José Martí se refería a él como “el salón de los desterrados y los pobres”.<sup>83</sup>

En la noche del 3 de julio de 1876 se realizó en New York un gran desfile en saludo al centenario de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos y la comisión organizadora invitó a los cubanos a participar en él como cuerpo político. En aquella celebración multiétnica, cubanos y suecos marcharon como subdivisiones de la división italiana. Según la crónica de *La Voz de la Patria*, asistió la mayoría de nuestros emigrados —no así sus “representantes oficiales”—, quienes partieron a las nueve de la noche desde su querido Masonic Hall, encabezados por el coronel Juan M. Macías y formados en tres secciones. La primera, compuesta por 200 hombres, llevaba al frente ocho portadores de antorchas,

banda de música, y la bandera norteamericana, flanqueada por dos banderas cubanas, una de ellas la que había ondeado en Cárdenas en 1850. La segunda sección la abría la Junta Directiva de la sociedad La Independencia de Cuba, seguida por 250 miembros de la misma. La tercera y última sección la iniciaba un emigrado negro que enarbolaba la bandera del buque expedicionario cubano *Hornet* y tras él otros 200 hombres.

Fue la primera manifestación pública de este tipo llevada a cabo por los cubanos desde 1852, aunque con una envergadura mucho mayor.<sup>84</sup> José Martí, por entonces residente en México, le dedicó dos comentarios en la *Revista Universal*, en los cuales resaltó el apoyo y la simpatía que encontraron los cubanos a su paso por las calles de New York.<sup>85</sup>

Francisco Vicente Aguilera (1821-1877), el bayamés que había sacrificado su fortuna por la independencia de Cuba, vivió con dignidad y pobreza en New York, cumpliendo la misión revolucionaria que se le había asignado en su condición de vicepresidente del gobierno insurrecto. La muerte del hombre a quien Martí llamaría “el padre de la República”, ocurrida en su casa de la calle 30 el 22 de febrero de 1877, dio lugar a dos hechos singulares. El primero fue una demostración de solidaridad con la causa cubana: su cadáver fue expuesto durante 24 horas en el Governor’s Room del City Hall de New York y las banderas del edificio fueron izadas a media asta. Era la primera vez que se rendía ese honor a un extranjero.

Después del servicio fúnebre, en la iglesia de San Francisco Javier, un grupo de cubanos negros residentes en New York reclamaron llevar en sus hombros el pesado ataúd metálico hasta el Marble Cemetery, es decir, a lo largo de más de doce cuadras del Downtown. Querían así, según declararon, “demostrar su veneración y respeto al hombre que antes de empuñar las armas para demandar la independencia de su patria, dio libertad a sus numerosos esclavos”.<sup>86</sup>

Durante este período, intelectuales cubanos radicados en New York, como Juan Ignacio de Armas y Céspedes (1842-1889), Enrique Piñeyro (1839-1911), José Manuel Mestre (1832-1886) e Isaac Carrillo

y O'Farrill (1844-1901), fundaron o dirigieron revistas culturales tan cosmopolitas y bien impresas como *La América* (1871), *La América Ilustrada* (1874-1875), *El Ateneo* (1874-1875) y *El Mundo Nuevo* (1871-1876). Otros practicaron el periodismo político, como los poetas José Joaquín Govantes (¿?-1881) y Diego Vicente Tejera (1848-1903), quienes dirigieron los periódicos proaldamistas *La Voz de la Patria* (1876-1877) y *La Verdad* (1876-1878), respectivamente.

El novelista Cirilo Villaverde (1812-1894) hacía lo mismo con *El Tribuno Cubano* (1876), desde el cual desplegaba una activa oposición tanto al gobierno español como a Miguel Aldama, representante en la emigración del gobierno cubano en armas.

El escritor Antonio Zambrana (1846-1922) —constituyente de Guáimaro— dirigió los periódicos *La Revolución* y *La Independencia*. Mientras, el escritor José de Armas y Céspedes (1834-1900) “criollizaba” y “culturizaba” el periódico mercantil *El Correo de Nueva York* (1875) y Rafael María de Merchán (1844-1905) dirigía el *Diario Cubano* y *La Revolución*.

Por otra parte, Antonio Sellén (1838-1889) —el poeta que “ennoblecí el destierro con un trabajo constante”—<sup>87</sup> fundaba en 1875 la revista mensual *El Amigo de los Niños*, primera antecesora del empeño martiano de *La Edad de Oro*. En sus páginas recogió la traducción que hiciera Bachiller y Morales del *Libro de lectura para los niños americanos*, de William D. Swan.

La revisión de algunas de esas publicaciones nos permite constatar lo que varios autores han señalado: nuestras grandes figuras culturales del siglo XIX eran muy cosmopolitas y muy cubanas a la vez.

La labor historiográfica iniciada por el santiaguero Santacilia encontró continuador en el matancero Juan Arnao (1812-1901), quien en 1877 dio a las prensas sus *Páginas para la historia política de la Isla de Cuba*.<sup>88</sup>

Durante toda la década del conflicto bélico permaneció en New York el gran erudito cubano Antonio Bachiller y Morales (1812-1889). Aquí fue miembro de las sociedades históricas de New York y Pennsylvania, continuó su labor investigativa y colaboró asiduamente

con las revistas que se publicaban en español, así como con *The Magazine of American History*, *The Scientific American* y redactó el artículo sobre Cuba de la *American Cyclopaedia*, de Appleton. Sus artículos sobre diversos aspectos de la vida norteamericana (ver Anexo 3) aún esperan por una merecida reedición en forma de libro. También realizó labor como traductor y publicó dos ediciones de su útil *Guía de la ciudad de Nueva York*,<sup>89</sup> salpicada de toques de cubanía.

Años después recordaría José Martí cuando aquel hombre, “orgullo de Cuba” y “ornato de su raza”, “dejó su casa de mármol con sus fuentes y sus flores, y sus libros, y sin más caudal que su mujer, se vino a vivir con el honor, donde las miradas no saludan, y el sol no calienta a los viejos, y cae la nieve”. “Nueva York mismo —diría Martí—, harto ocupada para cortesías, le daba puesto de honor en sus academias; y no había asiento más bruñido que el del ‘caballero cubano’, en la biblioteca de Astor [ . . . ]”<sup>90</sup>

Rafael María de Mendive (1821-1886) —el maestro habanero de José Martí— también se radicó en New York durante la Guerra Grande, “para correr la suerte de los cubanos”, como dijo su mejor discípulo.<sup>91</sup> Por una ironía de la vida, el poeta enamorado de las noches tropicales escribiría uno de sus mejores sonetos —“El beso de la noche” (1870) (ver Anexo 4)— a orillas del Newton Creek, en el Cementerio del Calvario.<sup>92</sup> Esta ciudad también le inspiró su poema satírico “Un socialista hambriento” (1871), no recogido en volumen (ver Anexo 4).<sup>93</sup>

Para Juan Clemente Zenea (1832-1871) ya New York había sido escenario de sus memorias noveladas *Lejos de la patria* (1859)<sup>94</sup> y en 1861 había publicado su interesante estudio “Sobre la literatura de los Estados Unidos”, que en realidad aborda todo el movimiento intelectual norteamericano de la época y no se ciñe estrictamente al literario. En su poema al cementerio de Green-Wood retomó la herediana invocación de las palmas, esta vez contraponiéndolas a los sauces (ver Anexo 4). Durante la guerra se entregó de lleno al activismo político en el exilio y protagonizó una infortunada misión en territorio cubano que terminó en uno de los fosos de la

fortaleza de La Cabaña, ante una escuadra de fusilamiento, muy lejos de Green-Wood, donde una vez deseara “reposar tranquilo”.<sup>95</sup>

En el segundo semestre de 1875 llegan a New York dos grandes compositores e intérpretes de la música culta cubana: el pianista Ignacio Cervantes (1847-1905) y el violinista José White (1836-1918). Ambos habían sido “invitados” por el capitán general de turno a abandonar la Isla, tras descubrir que las recaudaciones de sus conciertos eran destinadas al movimiento independentista.

White dio varios recitales y conciertos en New York —el primero de ellos en Steinway Hall, acompañado por Cervantes— y en octubre de 1876 viajó a París.<sup>96</sup> Antes de llegar a New York, el autor de *La bella cubana* había actuado en México, donde lo había escuchado José Martí, quien escribió varios artículos sobre él para la *Revista Universal*. Su opinión, altamente elogiosa, se resume en esta frase: “Cuanto quepa de alabanza, White lo merece. Cuanto de arte quepa, White lo tiene [..]”<sup>97</sup>

Ignacio Cervantes —“el músico más importante del siglo XIX cubano”, como bien ha señalado Alejo Carpentier—<sup>98</sup> vivió cuatro años en la ciudad y compuso en ella al menos tres de sus famosas danzas para cuatro manos, verdaderas joyas de la música cubana: *Los delirios de Rosita*, *La camagüeyana* y *Los muñecos*.<sup>99</sup>

Un tercer músico cubano radicado en New York durante aquellos años fue el pianista Pablo Desvernine (1823-1910), quien ejerció la docencia y contó entre sus alumnos a Edward McDowell.<sup>100</sup>

La guerra también trajo a esta ciudad a otro importante artista cubano: el pintor santiaguero Guillermo Collazo (1850-1896), especializado en la pintura de género, el paisaje urbano y el retrato. En New York fue alumno de Federico Martínez, tuvo éxito como creyonista y en 1886 pintó aquí *La siesta*, uno de los cuadros antológicos de la pintura cubana. Collazo fue amigo de Martí y lo llevó a colaborar como crítico de arte a la revista *The Hour*.<sup>101</sup>

Otras personalidades de la cultura cubana que radicaron en New York durante la contienda fueron José Antonio Echeverría (1815-1885) —mayormente entregado a trajines políticos—, Carlos

Baliño (1848-1926), Francisco Javier Balmaseda (1823-1907), Luis A. Baralt y Peoli (1849-1933), Emilio Blanchet (1829-1915), José María Gálvez (1835-1906), José Ignacio Rodríguez (1831-1907), Félix Tanco y Bosmeniel (1797-1871) y Francisco Sellén (1836-1907), quien en 1878 escribió en New York un extenso ensayo sobre William Cullen Bryant (ver Anexo 3), y cuya obra poética fue objeto de un minucioso estudio de José Martí.<sup>102</sup>

Del año 1880 data la más antigua referencia que hemos encontrado acerca de una participación organizada de miembros de la comunidad cubana de New York en los procesos políticos internos de los Estados Unidos. Con vistas a las elecciones presidenciales del 2 de noviembre de ese año, una titulada Delegación Cubana del Comité Nacional Demócrata hizo campaña para captar los votos de los cubanos naturalizados en pro de la candidatura de Winfield S. Hancock.<sup>103</sup>

Gerald Poyo ha analizado cómo durante la década de 1870 se resquebrajó la tradicional identificación masiva de los inmigrantes cubanos de la Florida con el Partido Republicano, en parte motivada por la falta de apoyo del presidente Grant a la insurrección. Un grupo de industriales, comerciantes y profesionales cubanos de ese Estado encontraron más ventajoso pasarse a las filas del Partido Demócrata, a pesar de que este era considerado reaccionario y opuesto a la independencia de Cuba. No obstante, la mayoría de los obreros tabacaleros cubanos del estado meridional mantuvieron su adhesión a los republicanos.<sup>104</sup> Es probable que en New York haya tenido lugar un proceso análogo, máxime cuando ya en la campaña electoral de 1876 los periódicos cubanos locales habían exhortado a votar por los demócratas,<sup>105</sup> pero esto debe ser objeto de estudio.

### III



El adverso desenlace de la Guerra Grande trajo la desilusión a los emigrados y el regreso de muchos de ellos a la Isla. Poco después, el infortunado despoje bélico de la Guerra Chiquita (1879-1880) tendría su simbólico final cuando el 13 de octubre de 1880 el casi recién llegado José Martí escribiera desde esta ciudad al coronel Emilio Núñez, último de los jefes alzados, pidiéndole que depusiera las armas ante la imposibilidad de hacerle llegar recursos.<sup>106</sup>

Pero no todos los intelectuales emigrados abandonaron New York. Otros permanecieron aquí, como garantía de la continuidad cultural cubana en la ciudad. Citaremos dos casos importantes:

Cirilo Villaverde (1812-1894) había llegado por primera vez a los Estados Unidos en 1848. Además de su activismo político como redactor del periódico *La Verdad* y secretario del general Narciso López, fue profesor de español en Philadelphia y New York y propietario de un colegio; tradujo varias obras literarias, entre ellas el *David Copperfield*, de Dickens; colaboró con el *Frank Leslie's Magazine*; dirigió el periódico *El Tribuno Cubano* (1876) y las revistas *La Ilustración Americana* (1865-1869) y *El Espejo* (1874-1878).

Martí lo recordaría ya anciano, “cuando en las oscuras mañanas de invierno iba puntual, muy hundido ya el cuerpo, a su servidumbre de trabajador, allá en la mesa penosa de *El Espejo*”.<sup>107</sup> Solo entre 1876 y 1879 pudo robarle tiempo a su intransigencia patriótica

y dedicarlo a la redacción de la versión definitiva de su *Cecilia Valdés* (1882). Y he aquí otra paradoja cubana: la obra cumbre de nuestra literatura decimonónica fue escrita y publicada lejos de su escenario habanero, en el frío New York. Al frente de ella Villaverde estampó una de las más hermosas dedicatorias de la literatura cubana, que reflejaba con fidelidad el sentir de un hombre que ya presentía su muerte alejado de la patria, como efectivamente ocurrió:

#### A LAS CUBANAS:

Lejos de Cuba y sin esperanzas de volver a ver su sol, sus flores ni sus palmas, ¿a quién, sino a vosotras, caras paisanas, reflejo del lado más bello de la patria, pudiera consagrar, con más justicia, estas tristes páginas?

Néstor Ponce de León (1837-1899) arribó a New York el 14 de febrero de 1869 y aquí continuó en un plano superior la trayectoria cultural y revolucionaria que había iniciado en Cuba. Fue secretario de la Junta Cubana y dirigió inicialmente su órgano de prensa; pero él mismo diría que en la política activa solo recogió “amargos desengaños”.<sup>108</sup> Su figura ocupa un lugar especial dentro de la historia de la cultura cubana en New York, pues fue el hombre-puente entre la generación de la Guerra Grande y la generación de Martí. A sus inmensos conocimientos se añadía el hecho de ser yerno de Antonio Bachiller y Morales. Terminada la contienda, Ponce permaneció en New York como depositario de toda una tradición cultural.

Desde 1863 se había propuesto escribir una Historia de Cuba y para ello acopió “cuantos libros, periódicos, documentos y papeles impresos o manuscritos, pudieran arrojar alguna luz sobre el asunto”.<sup>109</sup> Pero todo lo perdió en el embargo de sus bienes por el gobierno colonial. En New York se dio a la tarea de formar una nueva biblioteca y archivo, los mejores que poseyera un cubano en esta ciudad.

En 1884 Antonio Flores lo consideraba el más importante bibliófilo hispano de los Estados Unidos.<sup>110</sup> De ahí que Martí dijera que era “el cubano que todo lo tiene”: “¡Cuánto tesoro en aquellos estantes, y qué envidia, para cuando esté hecho lo que tenemos que hacer, y pueda uno ponerse a revolver papeles viejos!”<sup>111</sup> En su biblioteca y en su singular memoria encontró apoyo consecuente José Martí para su labor intelectual.<sup>112</sup>

En New York, Ponce de León también trabajó como notario y fue presidente interino de la Sociedad Literaria Hispano-América, pero quizás su renombre mayor sea como el gran editor cubano del exilio. Publicó obras de José María Heredia,<sup>113</sup> Antonio Bachiller y Morales, Diego Vicente Tejera, Antonio Zambrana, José Ignacio Rodríguez, Antonio y Francisco Sellén, Luis Felipe Mantilla y otros, y de autores extranjeros tales como Andrés Bello, Thomas Moore, Lord Byron y Heinrich Heine.

En 1873 publicó la segunda edición —ampliada por él— de *The Book of Blood*, obra de denuncia de los crímenes colonialistas, originalmente escrita por José Ignacio Rodríguez en 1871. En 1878 comenzó la edición del conocido *Diccionario biográfico cubano*, de Francisco Calcagno, que sería continuada en La Habana.<sup>114</sup> En 1880 publicó la primera edición (póstuma) de *Francisco*, la novela abolicionista de Anselmo Suárez y Romero que había sido prohibida por la censura colonial. Cuando Martí llegó a New York, en enero de 1880, su primera aspiración fue trabajar con Néstor Ponce de León, “desde corrector de pruebas hasta autor de libros”,<sup>115</sup> pero la coyuntura económica no lo propició.<sup>116</sup>

También fue importante su labor como director de publicaciones periódicas. En 1872 y 1873 editó la revista quincenal *Museo de las Familias*, cuyo objetivo era “llevar al seno de las familias lecturas amenas al par que instructivas”.<sup>117</sup> En 1873 comenzó a publicar otra revista quincenal: *El Educador Popular*.<sup>118</sup> Martí definió así su perfil editorial: “Trata de difundir la instrucción, y publica en sus columnas los mejores textos conocidos para enseñanza de idiomas, ciencias naturales, conocimientos primarios, todo, en fin, lo que

basta para preparar bien una naciente inteligencia”.<sup>119</sup> Ponce de León dio cabida en las páginas de ambas publicaciones a algunos de los autores cubanos radicados en New York.

Vinculada a su editorial e imprenta, Ponce de León estableció una librería que llegó a ser la mejor entre las de la comunidad hispanoparlante de la ciudad. En 1876 su catálogo ascendía a 1 738 títulos.<sup>120</sup>

Su obra colombística mereció el elogio de Martí;<sup>121</sup> pero su cota mayor como autor la alcanzó en su condición de lexicógrafo, con los dos gruesos volúmenes de su *Technological Dictionary. English-Spanish and Spanish-English* (1883-1893).<sup>122</sup> Martí saludó la aparición del primer volumen desde las páginas de *The Sun* y *La América*, y no se cansó de ponderar sus virtudes como “libro de mucho alcance y servicio”.<sup>123</sup> Un especialista tan calificado como Arturo Cuyás dejó a un lado las diferencias políticas para afirmar que era “una publicación que honra ya a la lexicografía española”.<sup>124</sup> Sin embargo, su soñada Historia de Cuba quedó inconclusa. Martí publicó el prólogo en 1888, con una nota introductoria suya<sup>125</sup> y el primer capítulo también apareció por entonces en forma de cuaderno.<sup>126</sup>

Estos son los antecedentes y el contexto cubano con que se encuentra Martí a su llegada a New York en enero de 1880, cuando tiene que abrirse paso, primero para ganarse la vida y, segundo, para darse a conocer política e intelectualmente en su nuevo ámbito. Pero no perdió tiempo en volcarse en la vida política de la emigración. Como orador, presentó credenciales durante una famosa “lectura”<sup>127</sup> en el Steck Hall, el 24 de enero de 1880.

En los años sucesivos ocuparía la tribuna en Military Hall, Masonic Temple, Tammany Hall, Clarendon Hall, Pythagoras Hall, Harmand Hall y el Salón Jaeger’s. Su oratoria —de un nivel idiomático hasta ahora no superado en nuestro país— fue un elemento aglutinador decisivo para la fundación del Partido Revolucionario Cubano (PRC) y la preparación de la guerra.

En sus primeros tiempos en la ciudad publicó artículos en la revista *The Hour* y en el periódico *The New York Sun*, pero lo más importante fueron sus crónicas sobre la realidad norteamericana, que durante diez años remitió regularmente a periódicos de Caracas, Buenos Aires, Ciudad México, Bogotá, Tegucigalpa y Montevideo. Además, colaboró con publicaciones periódicas neoyorquinas en español, como *El Avisador Cubano*, *El Latinoamericano*, *La Ofrenda de Oro*, *El Avisador Hispanoamericano*, *La Revista Ilustrada de Nueva York* y *La Juventud*.

En 1883 comenzó a trabajar, como redactor, primero, y como director, después, de *La América* —revista mensual fundada el año anterior—, y como tal se mantuvo hasta el segundo semestre de 1884, cuando esta pasó a manos del colombiano Santiago Pérez. Entre 1886 y 1888 se hizo cargo de la redacción del mensuario *El Economista Americano* y en 1889 coronó los esfuerzos antecedentes de Antonio Sellén y Juan Bellido de Luna (*Vid infra*), al publicar la revista mensual para niños *La Edad de Oro*. A pesar de que solo aparecieron cuatro números, ha quedado como un clásico del género en lengua española.

Pero su mayor logro como publicista fue la fundación del periódico semanal *Patria*, en marzo de 1892, justamente el mes anterior a la constitución del Partido Revolucionario Cubano, su logro organizativo fundamental. A *Patria* consagró Martí su pluma durante sus últimos años de vida, y los ejemplares de ese trienio permanecen como la obra insuperada del periodismo político cubano.

Si analizamos el conjunto de la labor periodística de Martí durante los tres lustros que median entre 1880 y 1895 nos topamos con otra paradoja americana: la mejor prosa española escrita en este continente durante el siglo XIX no fue redactada en ninguna capital de Hispanoamérica, sino en New York, la mayoría de las veces en un oscuro edificio de Front Street, en el Bajo Manhattan. Parte de lo mejor de su obra poética, iniciadora del modernismo, también la creó en New York y aquí publicó sus poemarios *Ismaelillo* (1882) y *Versos sencillos* (1891).

Por otro lado, Martí cumplió con las dos constantes comenzadas por Heredia: fue profesor de Español en el Central Evening High School (220 E 63.<sup>rd</sup> St., en el Granmar School Building No. 74) entre 1890 y 1892. Es muy probable que la dirección del plantel nunca supiera que contaba con un profesor de lujo.<sup>128</sup> También trabajó como traductor para la editorial Appleton entre 1884 y 1886 e hizo la traducción de la novela *Ramona*, de Helen Hunt Jackson, que publicó por su cuenta. Se ha extraviado su traducción del *Lalla Rookh*, de Thomas Moore, destinada a una editorial de Boston.<sup>129</sup>

De todos los intelectuales latinoamericanos radicados en New York a lo largo de aquella centuria, Martí fue el más auténtico conocedor de la ciudad y de su cultura pública. Quizás nadie haya exaltado como él, en lengua española, el esplendor de la nueva metrópoli. Valga esta muestra:

[...] pueden venir aquí por los vapores, a ver el milagro del mundo, la lonja del universo, donde el pueblo de setenta millones compra y vende, donde paran todos los canales y ferrocarriles, como las varillas de un abanico en el mango; donde arriban los vapores de todos los puertos del mundo, como los dientes en la encía; donde los 215 hoteles, con poco que se estrechen, pueden darle cama y mesa a setenta y cinco mil visitantes y buscarles acomodo a cincuenta mil en las casas vecinas; donde hay teatros a granel, que bailan en ruso, y tocan en zíngaro, y gruñen en alemán, y se descotan en francés; donde con salir a la puerta se está ya en Long Branch, con su calzada de playa de más de doce millas, o en Coney Island, con sus hoteles babilónicos y su oleada pujante, o en Saratoga, que arde y centellea, como un diamante vivo; donde están mano a mano las fábricas y las escuelas, los grandes periódicos y las turbas alegres, los monstruos de Bowery y los óleos del Museo, la estatua de la Libertad y la aguja de Cleopatra, los policías famosos y el servicio de incendios [...] porque la majestad de la arquitectura comercial está

dando a la ciudad una hermosura sorprendente y nueva; porque no hay calle que no esté echando al cielo un palacio, rojo o amarillo, con más pisos que la pagoda de Lahore, y el barro tallado, entretejido, punteado, como puntean la madera los ebanistas del Nepal; porque con pasear una mañana de domingo por el imperio silencioso de los edificios de la banca, por la calle de mármol y granito de Wall con la estatua de Washington en el corazón, y el cementerio de los patriotas a la cabeza, basta para que en el alma lleve el visitante una impresión de amanecer divino [..]<sup>130</sup>

Pero no nos llamemos a engaño: Martí admiró esta ciudad, pero no la amó. Si vivió en ella durante quince años fue porque las circunstancias lo obligaron, porque New York era el centro alternativo de la política cubana y solo desde aquí podía influir en los destinos de la Isla. Su verdadero pensamiento al respecto aparece en una de sus cartas a Manuel Mercado, su *alter ego* mexicano:

[..] Todo me ata a New York, por lo menos durante algunos años de mi vida: todo me ata a esta copa de veneno:—Ud. no lo sabe bien, porque no ha batallado aquí como yo he batallado; pero la verdad es que todos los días, al llegar la tarde, me siento como comido en lo interior de un tósigo que me echa a andar, me pone el alma en vuelcos, y me invita a salir de mí. Todo yo estallo. De adentro me viene un fuego que me quema, como un fuego de fiebre, ávido y seco. Es la muerte a retazos. Solo los días en que no bajo a negocios, o veo a poca gente, o ando mucho al aire ahora que hay primavera, padezco menos de este horror de espíritu: ¡qué riendas he necesitado tener para sujetar la mente a frenos! ¡el día que yo escriba este poema!—Bueno, pues; todo me ata a New York: las consecuencias de los errores políticos de nuestro país;—la cercanía a esa tierra mía, que no sabe de mí, y por la que muero;—la repugnancia a salir a correr nuevas aventuras,

con la casa al hombro, que no admite esperas;—la repugnancia, aún mayor, a vivir en países adonde no llevo un arte práctico ni un derecho mecánico a la vida, sino una pequeña inteligencia más, que en esos países sobra, y solo da de comer cuando se pone en alquiler o en venta para usos de gobierno, que a un extranjero están vedados:—todo, más las consecuencias naturales de cinco años de vida en un lugar céntrico, me ata por ahora a New York. [..]<sup>131</sup>

Sin embargo, en otros textos de Martí hay indicios de cierto grado de identificación con la ciudad, haciendo pensar en algo parecido a un contradictorio sentimiento de amor-odio:

[..] Triste sí, uno se siente triste en New York; —pero firme también; ¡se siente uno tan firme que cuando se aleja de estas playas, ¡en no siendo para las de la patria, donde la roca es dulce!, parece como que se aparta del goce digno de la libertad real, que se aleja de sí propio!<sup>132</sup>

No son pocos los comentarios y análisis que las crónicas norteamericanas de Martí han suscitado, desde Domingo Faustino Sarmiento y Rubén Darío hacia acá, pero todo indica que serán tema de estudio permanente, pues constituyen el núcleo de lo que Juan Marinello ha definido como “la creación literaria más ancha, poderosa, original y viviente de las letras continentales”.<sup>133</sup>

Manuel Pedro González dijo de ellas: “[..] It would be difficult to find, in the annals of any newspaper, articles more saturated with ideas, more illuminating, or written in a more original and vigorous style. Journalism has never reached a higher degree of dignity or achieved a nobler goal”.<sup>134</sup>

Esas crónicas norteamericanas de José Martí son, en buena medida, crónicas neoyorquinas, pues su realidad inmediata era esta ciudad, ya para entonces devenida en símbolo de los Estados Unidos y del extraordinario desarrollo experimentado por estos entre

1860 y 1890, período que marcó el tránsito de la economía norteamericana de su etapa agropecuaria a su etapa industrial.

En esas crónicas hay un manifiesto afán de totalidad, una voluntad de aprehender las infinitas facetas de una ciudad inaprehensible, de una “ciudad de ciudades”.<sup>135</sup> De ahí que aún sigamos leyéndolas de asombro en asombro, como quien asiste al espectáculo de un taumaturgo de la palabra, que nos sorprende en cada párrafo, revelándonos una ciudad que condensa el mundo en sí misma. Veamos cómo describe la imagen cambiante del New York de la Gilded Age:

Quien vio a New York hace quince años, no lo conocería hoy: En Wall Street por ejemplo, la gran calle de los bancos, resultan ahora enanos los edificios que parecían gigantescos entonces, y el lujo de aquel tiempo tiene que emperejilarse y echar pisos nuevos para no desmerecer de las babilonias de ladrillo crema y tierra cocida que les han crecido al lado. En lo alto de la ciudad, en la parte de las viviendas, aquellas hileras sombrías de piedra achocolatada han caído, casi totalmente, para abrir lugar a las casas originales y airoosas de estos últimos años. De todos los órdenes de la arquitectura del mundo se está componiendo un orden nuevo, en que lo selecto de los demás se acomoda a estos tamaños continentales: no habrá de aquí a veinte años, ciudad con edificios más nobles.<sup>136</sup>

Y no deja de señalar el vano oropel de los “neorricos”, característica de aquel período:

[. . .] De castillos feudales, de palacios rosados, de mansiones de pórvido, se está adornando Nueva York aprisa, como mujer que entra al gran mundo adelantada en años, y toma con desorden y a gran precio maestros de artes mundanas, que

no logran quitarle de súbito aquella rustiquez y atolondramiento que delatan a los advenedizos [...] <sup>137</sup>

Ni la transformación de la Quinta Avenida en la calle emblemática de las grandes fortunas:

[...] Ancha es la Quinta Avenida, y como calle imperial. Bórdanla palacios, que ya tímidamente remedan las portadas suntuosas y lóbregas de las casas ducales de Venecia, y las torrecillas de las abadías góticas; ya balcones del Louvre, barbancas de castillo feudal o minarettes árabes. Paseo es la rica calle durante las horas de la tarde, y morada buscada y valiosa de gentes opulentas. Da carta de nobleza neoyorquina la Quinta Avenida [...] <sup>138</sup>

Sabedor de que “las ciudades son como los cuerpos, que tienen vísceras nobles, e inmundas vísceras”,<sup>139</sup> en sus artículos prestó especial atención al modo de vida de las capas más bajas de la población. Como muestra citaremos esta cruda descripción del verano neoyorquino de 1883:

[...] ¡Ay! allá en la ciudad, en los barrios infectos de donde se ven salir por sobre los techos de las casas, como harapientas banderas de tremendo ejército en camino, mugrientas manos descarnadas; allá en las calles húmedas donde hombres y mujeres se amasan y revuelven, sin aire y sin espacio, así como bajo la superficie de las raíces se desenvuelven pesadamente los gusanos torpes y deformes en que se va trocando la vida vegetal; allá en los edificios tortuosos y lóbregos donde la gente de hez o de penuria vive en hediondas celdas, cargadas de aire pardo y pantanoso; allí, como los maizales jóvenes al paso de la langosta, mueren los niños pobres en centenas al paso del verano [...] <sup>140</sup>

En sus crónicas Martí hizo énfasis en los agudos contrastes sociales del New York de la Gilded Age, en la cual coexistían dos mundos opuestos:

[...] no se da por la ciudad un paso sin que salten a los ojos como voces que claman, la opulencia indiscreta de los unos, y de los otros la miseria desgarradora; cuando no es posible desviarse de las calles cuidadas de los acomodados y los ricos sin que el calor de la batalla suba al rostro, y una ola empuje el pecho, y se enrosque en la mente una sierpe encendida, al ver degradarse en el vicio forzoso, en las cargas inicuas, en un trabajo sin paga ni descanso, en una vida que no da tiempo al amor ni a la luz, el espíritu de la especie y la nobleza del cuerpo que lo encarna; y cuando aumentan día a día el refinamiento y provechos de los indolentes, la desesperación, la desocupación, la insuficiencia de salarios, el frío cruel, el hambre espantable de los que trabajan; cuando no hay sol sin boda de oro en catedral de mármol ni suicidio de un padre o una madre que por librarse de la miseria se dan muerte con todos sus hijos [...].<sup>141</sup>

Martí no solo cubrió los grandes acontecimientos políticos, económicos y sociales de la ciudad, sino que también detuvo su mirada en muchos detalles de la vida cotidiana, como lo demuestran sus artículos sobre Coney Island,<sup>142</sup> los ferrocarriles elevados<sup>143</sup> y los niños vendedores de diarios.<sup>144</sup> Por sus crónicas transita toda una época de New York, con sus luces y sombras, sus grandezas y miserias, sus personajes<sup>145</sup> y personajillos. Diseccionar y analizar ese gran fresco de la vida neoyorquina es tarea iniciada por diferentes investigadores, pero que aún dista de agotarse. De lo que no cabe duda es de que esas crónicas son el mejor testimonio de la radicalización de su pensamiento político, económico y social, que se operó en esta ciudad. New York fue la gran escuela social de José Martí, y New York está vivo y entero en esas crónicas.

Martí fue cónsul en New York de tres repúblicas sudamericanas: Uruguay, Argentina y Paraguay; pero era obvio que de la comunidad latinoamericana asentada en la ciudad, para él la prioridad número uno la constituían los puertorriqueños, por ser esta la otra última colonia que le quedaba a España en América. No olvidemos que el PRC reanudó la línea iniciada en 1865 por la Sociedad Republicana de Cuba y Puerto Rico, de unificar a los nativos de ambas islas en una sola organización y con un solo objetivo: la independencia. El boricua Sotero Figueroa —impresor y redactor de *Patria*— es un símbolo de esa unión.

Asimismo, la ciudad fue escenario propicio para que Martí se vinculara con los otros intelectuales latinoamericanos que la visitaron o residieron en ella durante aquellos tres lustros, como los colombianos José María Vargas Vila, Santiago Pérez, Nicolás Ezguerra, Ramón Vélez, Santiago Pérez Triana y Simón Camacho; el nicaragüense Román Mayorga Rivas; los venezolanos Nicanor Bolet Peraza, César Zumeta y Juan Antonio Pérez Bonalde; el guatemalteco Domingo Estrada; y el puertorriqueño Manuel Zeno Gandía. En New York tuvo lugar su famoso encuentro con Rubén Darío, el 24 de mayo de 1893.

De aquella confluencia de intelectuales surgió —promovida por el escritor y periodista colombiano Santiago Pérez Triana—<sup>146</sup> la Sociedad Literaria Hispano-Americana de New York, fundada en diciembre de 1887. El cosmopolitismo de la ciudad-mundo que para entonces ya era New York permitió algo que era punto menos que imposible en las balcanizadas repúblicas de la América Latina. Dos cubanos ocuparon la presidencia de la Sociedad: José Martí (período 1890-1891) y Enrique José Varona (período 1895-1898).<sup>147</sup> Un tercero, Néstor Ponce de León, la desempeñó interinamente en 1890.<sup>148</sup> El propio Martí sintetizó la razón de ser de la institución:

La Sociedad Literaria existe para levantar en los Estados Unidos el crédito de toda Hispanoamérica; para juntar a todos los hispanoamericanos, con las ideas y los propósitos

que ya les son urgentes, en un pueblo ante el cual es indispensable enseñarse con todas las cualidades de fuerza mental, y cultura visible, y organización decorosa que puedan inclinarlo al respeto. [...] Existe para alzar aquí, cuando es ya preciso que se le vea, el estandarte nuevo y enérgico de nuestra América.<sup>149</sup>

Durante su presidencia, Martí creó las “Noches americanas”, veladas lírico-literarias dedicadas a cada país de Nuestra América. Se conservan sus discursos en las consagradas a México (23 de abril de 1891),<sup>150</sup> Centroamérica (6 de junio de 1891),<sup>151</sup> Venezuela (5 de marzo de 1892),<sup>152</sup> así como su brillante tributo a Simón Bolívar (28 de octubre de 1893)<sup>153</sup> y su panegírico del músico cubano Nicolás Ruíz Espadero (3 de marzo de 1891).<sup>154</sup>

Pero lo más medular de la oratoria martiana en la SLHA fue su discurso en la velada del 19 de diciembre de 1889, a la que asistieron como invitados los delegados a la Conferencia Panamericana, que por aquellos días se celebraba en Washington. Magistral síntesis alusiva de la historia de los Estados Unidos y de la América Hispana, la posteridad la conoce con el nombre de “Madre América” y es una pieza clave del pensamiento martiano, en la cual no deja de hacer constar su sentir de inmigrante latinoamericano, para quien “el estudio útil y sincero de lo ajeno, el estudio sin cristales de présbita ni de miope, no nos debilita el amor ardiente, salvador y santo de lo propio”.<sup>155</sup> La Sociedad Literaria Hispano-Americana de New York aún espera por una merecida monografía.<sup>156</sup>

El período de “reposo turbulento” de entreguerras no hizo desaparecer a la pequeña colonia intelectual cubana de New York. Además de las figuras importantes que permanecieron en la ciudad (Villaverde y Ponce de León) y de la llegada de José Martí desde su destierro europeo, también arribaron otras procedentes de la Isla, aunque en menor número que durante el conflicto bélico.

El escritor Martín Morúa Delgado (1857-1910) —a quien Martí elogiara como “estilista cuidadoso e independiente”—<sup>157</sup> arribó a

la ciudad en 1882 e hizo periodismo a favor de la libertad de Cuba. El poeta Gabriel de Zéndegui (1851-1922) —viejo amigo personal de Martí— radicó en New York entre 1885 y 1888. El narrador y poeta Esteban Borrero (1849-1906) —veterano de la Guerra Grande y vinculado con los trajines conspirativos del PRC— visitó New York en 1891 acompañado de una de sus hijas, la joven poetisa Juana Borrero (1877-1896). El erudito Domingo Figarola-Caneda (1852-1926) estuvo en New York en 1890, se reunió con Martí y colaboró en *El Avisador Hispano-Americano*. El bayamés José Joaquín Palma (1844-1911) —“un poeta indiscutible”, como lo definiera su amigo José Martí—<sup>158</sup> estuvo en New York en 1889, de paso hacia Guatemala, y su presencia fue saludada por Martí desde las páginas de *La Juventud*,<sup>159</sup> la revista quincenal que publicara durante ese año Gonzalo de Quesada y Aróstegui (1868-1915). Quesada vivía en New York desde niño y aquí se formó culturalmente. Se graduó de abogado en la New York University en 1891. Escritor y publicista, fue redactor de *Patria* y un estrecho colaborador de Martí en todas las empresas políticas y culturales que acometió el Maestro en su última década de vida.

Otro visitante distinguido fue el poeta bayamés José Fornaris (1827-1890) —máxima figura de la corriente siboneyista—, quien nos dejó el testimonio de sus doce días de estancia en una ciudad “donde todas las razas parecen confundirse en una sola”, y en el que concluía: “New York es el porvenir”.<sup>160</sup>

En mayo de 1888 visitó New York Ramón Meza (1861-1911), el joven autor de *Mi tío el empleado* (1887), novela de denuncia de la corrupción existente en la administración colonial española en la Isla, que en opinión de José Martí es un libro “que parece una mueca hecha con los labios ensangrentados”, cuya lectura “deja una impresión semejante a la que ha de dejar una bofetada”.<sup>161</sup> Su visita dio lugar a un acto simbólico del relevo generacional en la literatura cubana, cuando Cirilo Villaverde —el septuagenario y consagrado autor de *Cecilia Valdés*— presentó en una de las sesiones de la

Sociedad Literaria Hispano-Americana al entonces veinteañero y ascendente escritor.<sup>162</sup>

El educador y escritor matancero Eusebio Guiteras (1823-1893) —el hombre en cuyos libros aprendieron a leer los cubanos, como dijera Martí— publicó en este período *Un invierno en Nueva York*, un buen libro de viajero que sigue siendo útil por la visión que nos proporciona del New York de la década de los ochenta. Cuando Guiteras falleció, en Philadelphia, Martí le dedicó uno de sus más enaltecedores artículos: “Su pueblo le debió luz y virtud, y lo tiene en el corazón, donde no se sientan los cansados ni los hombres de odio, donde se sientan los padres [...]”.<sup>163</sup>

En 1882 se radicó en New York, apenas para morir al año siguiente, el gran pintor cubano Esteban Chartrand (1840-1883). Aquí pintó paisajes para la galería comercial Goupil, instalada en la Quinta Avenida. Sobre Chartrand ha dicho el crítico e historiador del arte Guillermo Sánchez Martínez: “[...] A él se debe, más que a otro alguno, el ingreso efectivo del paisaje cubano en la pintura de caballete. Él es, pues, el primer paisajista de Cuba en el tiempo [...]”<sup>164</sup> Otro pintor cubano, Federico Edelmann (1869-1931), llegó a New York en 1889 y vivió aquí durante quince años. Fue paisajista y miniaturista. Formó parte del círculo íntimo de José Martí y colaboró con él en las ilustraciones de *Patria*. El Apóstol se refirió así a su obra: “Su arte es fuerte y franco [...]”<sup>165</sup>

El retratista y paisajista Juan Jorge Peoli (1825-1893) fue otro artista plástico cubano radicado en New York que tuvo amistad con Martí. Ante los pinceles de Peoli posaron el venezolano José Antonio Páez y los cubanos José de la Luz, José Antonio Saco y Domingo del Monte. Fue Socio de Honor del Metropolitan Museum de New York. A su muerte, en territorio cubano, Martí le consagró un extenso artículo en *Patria*.<sup>166</sup>

A fines de noviembre de 1894 hizo escala en New York, procedente de Europa, el pintor santiaguero José Joaquín Tejada (1867-1943) y aprovechó la ocasión para exponer los resultados de su estancia

européa, entre ellos un óleo antológico: *La confronta* o *La lista de la lotería*, que Martí no perdió tiempo en elogiar desde las páginas de *Patria*: “En él está, humanitario y robusto, el pintor nuevo de Cuba. Y desde hoy se puede ya decir: su nombre será gloria”.<sup>167</sup>

Periodista, poeta, narrador y pintor, Rafael de Castro Palomino estuvo vinculado con Martí en trajines políticos, culturales y benéficos de la emigración. El Apóstol le prologó en 1883 sus *Cuentos de hoy y de mañana* y en 1893 saludó, con la prudencia que él sabía hacerlo en estos casos, su poemario *Preludios*. Es una figura pendiente del estudio al cual su cercanía a Martí nos obliga, máxime cuando parece haber sido uno de los escasos intelectuales surgidos en la emigración. Martí dijo de él que “lo mismo con el pincel que con la pluma pone en obras hermosas su alma que se rejuvenece e ilumina con los años”.<sup>168</sup>

Al igual que en los períodos anteriores, la prensa cubana del exilio siguió dando cabida a la creación literaria, sobre todo a la poética. Así ocurrió con los tres periódicos que sucesivamente fundara el santiaguero Enrique Trujillo Cárdenas (1850-1903): *El Avisador Cubano*, *El Avisador Hispano-Americano* y *El Porvenir*. En 1883, el incansable Juan Bellido de Luna (1830-1902) retomó la línea iniciada en 1875 por Antonio Sellén y fundó la revista quincenal *El Mentor Ilustrado de los Niños*, de la cual solo conocemos el índice de su primer —y quizás único— año de existencia.

La utilización de lugares públicos de la urbe con fines políticos y culturales continuó siendo práctica habitual (ver Anexo 1). El que con más asiduidad se empleó en este período fue el Harmand Hall (Calle 19 y 5.<sup>a</sup> Avenida). José Martí habló allí en no menos de doce ocasiones entre 1889 y 1893.

El movimiento asociativo mantuvo su vigencia y dio uno de sus retoños más memorables: la Sociedad Protectora de la Instrucción La Liga, inaugurada oficialmente el 22 de enero de 1890. Concebida y gestada por el periodista negro Rafael Serra (1858-1909), contó desde el principio con el patrocinio intelectual y político de José Martí. Tenía por fin que “procurar por todos los medios prác-

ticos, activos y generosos, el adelanto intelectual y la elevación del carácter de los hombres de color nacidos en Cuba y Puerto Rico”.<sup>169</sup>

En su local de 74 West 3.<sup>rd</sup> Street recibía lecciones nocturnas un grupo de obreros y artesanos negros cubanos y puertorriqueños. El profesorado, mayoritariamente blanco, era de ambas nacionalidades y se componía de personalidades de la emigración, muchos de ellos allegados a José Martí, quien ocupaba el cargo de inspector e impartía la clase final de cada jueves.<sup>170</sup>

Allí comenzaron a llamarle Maestro y él dio reiteradas muestras de su predilección por aquella institución, a la cual concedía gran importancia en sus proyectos de integración racial en la futura república: “De ahí se ha de arrancar para ir a donde debemos, que no es tanto el mero cambio político como la buena, sana, justa y equitativa constitución social [...]”<sup>171</sup>

Serra y sus compañeros militaron en el ala radical del Partido Revolucionario Cubano y entendieron que eran ellos los más identificados con el contenido social del pensamiento martiano. El 30 de enero de 1895 —su último día en New York— Martí encontró tiempo para redactar una breve y emotiva carta de despedida a Serra.<sup>172</sup>

En este período los cubanos también prosiguieron la tradición comenzada a fines de la década de 1840 de crear sociedades de socorros mutuos y de beneficencia. El 16 de noviembre de 1882 se constituyó la sociedad de socorros mutuos La América, presidida por Luis Balmaseda. Al dar la información en su periódico, Ramón Rubiera comentaba:

Entre las acusaciones que nos hacen nuestros enemigos políticos figura en primera línea la de que durante nuestra permanencia de quince años, como emigrados, en este país, no hemos constituido ninguna asociación —excepto las políticas— que ofrezca caracteres de duración y pruebe la armonía, unión y fraternidad que debe reinar entre los hijos del mismo suelo. La sociedad “La América”, es un solemne mentís a tan ofensiva aseveración [...]”<sup>173</sup>

Por el propio Martí tenemos noticia de que en 1892 existía la Sociedad de Beneficencia Cubana La Igualdad, que periódicamente organizaba fiestas para recaudar fondos. El 27 de junio de ese año celebró una de ellas en el Parque de Sultzer (126.<sup>th</sup> St. and 2.<sup>nd</sup> Ave.).<sup>174</sup>

Pero lo singular de estos años es que surgen dos de estas sociedades con carácter regional. En enero de 1893 se fundó la sociedad de socorros mutuos La Liga Antillana —vinculada con la sociedad de instrucción y recreo La Liga—, que agrupaba a negros y mulatos naturales de Cuba, Puerto Rico, Jamaica y Saint Croix (Islas Vírgenes) que residían en New York. José Martí habló en el acto inaugural.<sup>175</sup>

El escalón más alto en este sentido fue la Sociedad de Beneficencia Hispano-Americana de New York o Spanish-American Benevolent Society, fundada el 15 de febrero de 1892 por iniciativa del cubano Vicente Díaz-Comas y Polo (1848-¿?), quien radicaba en NYC desde 1870. La presidencia la ejerció el prestigioso médico cubano Ramón Luis Miranda, establecido en la ciudad desde mayo de 1874. También trabajó activamente en ella Gonzalo de Quesada. Si bien Martí no ocupó ningún cargo en la directiva, sí se mantuvo estrechamente vinculado con la misma y fue un divulgador constante de su quehacer desde las páginas de *Patria*. La sociedad fue disuelta el 2 de marzo de 1896.<sup>176</sup> Durante sus tres años de existencia ayudó por igual a todos los hispanoamericanos residentes en New York que acudieron a ella.<sup>177</sup>

Durante la década de los noventa continuó existiendo la logia masónica Star of Cuba No. 742. Sin embargo, por razones que las fuentes no precisan, los cubanos la fueron abandonando paulatinamente hasta concentrarse por completo en la logia La Fraternidad No. 387, la cual se consolidó como la “logia cubana” de New York, y así se le conocía. Esta logia del Rito Escocés sesionaba el segundo y cuarto sábado de cada mes en el Templo Masónico Alemán (Calle 15 no. 220 Este).<sup>178</sup> En mayo de 1892 se celebró allí una ceremonia

pública que mereció cálidos comentarios de José Martí en su periódico *Patria*.<sup>179</sup>

Como en los períodos anteriores, los cubanos continuaron integrándose a la sociedad neoyorquina y destacándose por su laboriosidad. Martí, siempre atento a exaltar los méritos de sus compatriotas, dejó constancia de ello: “[...] En New York los cubanos son directores en bancos prominentes, comerciantes prósperos, corredores conocidos, empleados de notorios talentos, médicos con clientela del país, ingenieros de reputación universal, electricistas, periodistas, dueños de establecimientos, artesanos [...]”<sup>180</sup>

## IV



Desde New York había puesto Martí final simbólico a la Guerra Chiquita, en 1880, con su carta a Emilio Núñez, y en la misma ciudad firmaría, más de 24 años después —el 29 de enero de 1895—, la Orden de Alzamiento, el documento que dio inicio oficial a nuestra tercera guerra de liberación nacional, la que él había preparado y organizado trabajosamente, a lo largo de muchos años, utilizando esta ciudad como base de operaciones. Al día siguiente, 30 de enero de 1895, partía definitivamente de New York.

Al igual que en el 68, la Guerra del 95 trajo a New York a un grupo de intelectuales cubanos. José de Armas y Cárdenas (1866-1919) —el conocido *Justo de Lara*, quien ya había tenido encuentros con Martí en esta ciudad en 1887 y 1891— continuó publicando aquí su periódico habanero *Las Avispas* (1896) y colaboró en el *Herald* y el *Sun*. Raimundo Cabrera (1852-1923) —autor de *Cuba y sus jueces* (1887), el libro que Ambrosio Fornet ha considerado como el mayor *best-seller* cubano del siglo XIX—<sup>181</sup> editó en esta ciudad durante dos años su revista ilustrada *Cuba y América*, en la cual colaboraron las mejores plumas del exilio, y que estuvo al servicio de la causa independentista.

Cuando Manuel de la Cruz (1861-1896) publicó sus *Episodios de la revolución cubana* (1890) Martí lo calificó de “libro radiante y conmovedor”.<sup>182</sup> El escritor devino colaborador político suyo en la Isla y en 1895 se trasladó a New York, donde fungió como secretario

de Tomás Estrada Palma —quien había sustituido a Martí como delegado del PRC— y redactor de *Patria*. Aquí murió, el 19 de febrero de 1896.

El erudito colombista José Silverio Jorrín (1816-1897) —miembro correspondiente de la New York Historical Society y a quien Martí llamó “perito mayor en letras y artes”—<sup>183</sup> pasó sus últimos días en esta urbe, donde expiró el 6 de octubre de 1897, no sin antes fijar su postura independentista en el artículo que sería su testamento político: “Cuba y los cubanos”.<sup>184</sup>

Otros intelectuales que radicaron en New York durante la guerra fueron el latinista Adolfo de Aragón (1864-1954), el pedagogo Desiderio Fajardo Ortiz (1862-1905) y el novelista Nicolás Heredia (1855-1901), quien fue redactor de *Patria* y pronunció discursos y conferencias.

En esos años también pasaron por New York los escritores Emilio Bobadilla, *Fray Candil* (1862-1921), y Ramón Meza —quien se había radicado en Tampa, desde donde colaboraba con *Patria*—, el pintor Leopoldo Romañach (1862-1951) y el escultor José Vilalta Saavedra (1865-c.1914), quien ostentaría la representación del movimiento revolucionario cubano en Italia. El malacólogo Carlos de la Torre y Huerta (1858-1950), uno de los talentos descollantes de la ciencia en Cuba, arribó a New York en 1897 en cumplimiento de una misión ante Tomás Estrada Palma que le asignara la patriota villareña Marta Abreu.<sup>185</sup>

El holandés Hubert de Blanck (1856-1932) —establecido en Cuba desde 1883— se integró plenamente a la vida cultural y política de su nueva patria. Detenido y expulsado de la Isla por sus labores conspirativas, marchó al exilio como un cubano más, en septiembre de 1896. Pianista, compositor y pedagogo, en New York fue profesor del College of Music y dio clases particulares. Consecuente con sus ideas, actuó en los conciertos en apoyo a la independencia de su patria adoptiva.<sup>186</sup>

Pero el músico cubano de más fecundo quehacer en este período fue el camagüeyano Emilio Agramonte (1844-1918). Pianista y

compositor, ejerció su magisterio musical en los Estados Unidos durante 25 años. En 1876 fundó la Sociedad Gounod de New Haven y en 1893 la Escuela de Ópera y Oratorio de New York (106 y 108 E 23.<sup>rd</sup> St.). También fue profesor de la Sociedad Coral de Compositores Norteamericanos y del Colegio de Música Metropolitano.<sup>187</sup> La labor artística de Agramonte sacudió el orgullo étnico de José Martí:

A Emilio Agramonte tiene que venir a ver todo el caído que crea que nuestras tierras valen para poco; que tenemos que beberle el aliento a los rubios del mundo; que nuestro carácter es migaja y miel [...]. El levanta de la sombra el arte de Norteamérica, desdeñado en su propia nación [...]. porque es él, el extranjero de la isla, el que revive la música original del país, la saca a luz en memorables fiestas, la estimula y solicita con premios.<sup>188</sup>

Agramonte fue el principal animador de los conciertos neoyorquinos en apoyo a la causa cubana, para los cuales contó con la colaboración de alumnos y colegas, como los violinistas Pastor Peñalver, Carlos Hasselbrinck, Pedro H. Salazar<sup>189</sup> y Fermín Valdés, así como los pianistas Miguel Castellanos, Isabel Caballero, José Arias y Rafael Navarro.

Pero sin duda hubo dos artistas que descollaron por derecho propio: el joven maestro Guillermo Tomás (1868-1933), quien se radicó en Brooklyn desde abril de 1889 y debutó en el Harmand Hall en junio del año siguiente. En 1894 fue nombrado director artístico de la orquesta de la Clionian Musical Society, de Brooklyn. Uno de los más importantes compositores y directores cubanos de fines del siglo XIX y principios del XX, Tomás escribió su primera obra precisamente en New York, y fue un *Canto de guerra* (1896) con letra de Francisco Sellén.<sup>190</sup>

La otra figura que trascendió aquel empeño artístico fue la destacada soprano cubana Rosalía Díaz de Herrera (1864-1948)

—conocida artísticamente por Chalía Herrera—, residente en New York desde 1893, donde recibió clases de perfeccionamiento con el maestro Agramonte y debutó con *Aida*. Según el musicólogo Cristóbal Díaz Ayala, fue la primera soprano latinoamericana que hizo grabaciones en los Estados Unidos.<sup>191</sup>

La empresa patriótico-musical del maestro Agramonte tuvo su complemento en el grupo dramático encabezado por Luis A. Baralt y Peoli (1849-1933), radicado en New York desde fines de la Guerra de los Diez Años. Periodista y conferencista, Baralt fue profesor de lengua y literatura españolas en el College of the City of New York, examinador oficial de esta lengua en la junta de educación neoyorquina y fundador de la Sociedad para la Cultura Harmónica, cuyas veladas recibieron el elogio de Martí. Baralt creó un Club Lírico-Dramático cuyas actuaciones en pro de la independencia de Cuba fueron numerosas.<sup>192</sup>

Pero correspondió a dos grandes figuras cubanas cerrar simbólicamente el ciclo que habían abierto otros dos grandes de nuestra patria en 1823: Enrique José Varona (1849-1933) —“el cubano doctore y fundador”, el “profundo Varona”, como lo definiera José Martí—<sup>193</sup> llegó a New York el 7 de octubre de 1895 para ponerse al servicio de la Revolución.<sup>194</sup> Inmediatamente asumió la dirección del periódico *Patria*, vacante desde la muerte de Martí, y la mantuvo hasta agosto de 1897. Después continuó como editorialista del mismo y colaboró en *El Independiente* (1898). El 28 de diciembre de 1895 fue elegido presidente de la Sociedad Literaria Hispano-Americana y como tal dictó su importante conferencia “Martí y su obra política”, en la velada fúnebre organizada por la sociedad el 14 de marzo de 1896.

Durante este período neoyorquino de su vida, el futuro mentor de la generación republicana de 1930 también fue conferencista y orador en los actos celebrados por la emigración en Steinway Hall y Chickering Hall, así como presidente de la efímera Sociedad Cubana de Estudios Jurídicos y Económicos. La jerarquía intelectual y el magisterio moral de Enrique José Varona serían reconocidos

por autores de importancia continental como José Enrique Rodó, Pedro Henríquez Ureña y Waldo Frank.

Manuel Sanguily (1848-1925) —“siempre de cara al enemigo y al debate, y con la palabra, como la cabellera, de oro”, según lo retrata-ra Martí—<sup>195</sup> había estado en New York en ocasiones anteriores, pero ninguna estancia suya fue más fructífera que esta de 1895-1898, cuando su misión fundamental consistió en reemplazar a Martí como el gran orador del exilio. Pronunció discursos en los *meetings* conmemorativos organizados por la emigración en Chickering Hall, colaboró con los periódicos *Patria* y *El Porvenir*, con la revista *Cuba y América*, y publicó su estudio sobre la toma de la ciudad de Las Tunas por el general Calixto García. Su labor revolucionaria en New York y la comprensión que alcanzó aquí del fenómeno imperialista lo consagraron como uno de los paladines del nacionalismo cubano en las dos primeras décadas de la futura república.

El 9 de noviembre de 1896 fue constituida la Sociedad Cubana de Estudios Jurídicos y Económicos, por iniciativa de Emilio del Junco y Francisco Figueras, a la cual se sumaron Enrique José Varona —quien la presidió—, Manuel Sanguily, Gonzalo de Quesada, Néstor Ponce de León, Benjamín Guerra, Enrique Trujillo, Raimundo Cabrera, Nicolás Heredia, Isaac Carrillo y otras personalidades del exilio.

De sus declaraciones se desprende que la Sociedad se proponía ser algo parecido a un *think tank* cubano y estudiar los problemas políticos y económicos de la Isla con vistas a la evolución interna ulterior a la independencia. Sin embargo, su proyección pública suscitó un conflicto político dentro de la emigración, cuando el sector más radical de esta consideró su existencia autónoma como una amenaza para la unidad revolucionaria en torno al PRC. Eduardo Yero Buduén le atribuyó la intención de infiltrar en las futuras leyes republicanas un espíritu conservador capaz de garantizar los privilegios de una oligarquía dominante.

Ante la agudeza del enfrentamiento, la mayoría de los integrantes de la Sociedad optó por disolverla, el 11 de enero de 1897.

La historia de este hecho y de las implicaciones clasistas que se derivan del mismo aún no ha sido estudiada con suficiente detenimiento.<sup>196</sup>

A fines de diciembre de 1895 o principios de enero de 1896 los cubanos de New York fundaron una nueva sociedad de beneficencia: The Martí Charity Association, presidida por Emilio Agramonte. Gracias a los donativos privados y a la recaudación de un baile de caridad en el Lenox Lyceum, el 23 de abril de 1896, pudieron inaugurar un asilo —The Martí Charity Association Home (216 East 33.<sup>rd</sup> Street)— en el cual ofrecían alojamiento, medicinas, asistencia médica y comida a los necesitados a causa de la guerra.

En un año de existencia estuvieron asiladas allí 74 personas, número inferior al esperado. En un informe público, la directiva de la sociedad no sabía si atribuirlo “a no existir realmente necesidad dentro de los emigrados residentes en New York o a la repugnancia que se sabe es ingénita en nuestra gente a todo lo que puede parecer asilo u hospital, sin fijarse en la gran diferencia que existe entre los organizados en este país y los que les son conocidos de los españoles”. De ahí que decidieran cerrar el asilo y continuar con la ayuda directa a los necesitados.<sup>197</sup>

Durante la Guerra de Independencia, los cubanos utilizaron frecuentemente los espacios públicos de la ciudad para sus actos (ver Anexo 1) e incluso llegaron a celebrar un bazar durante una semana en un sitio tan importante como el Madison Square Garden. También renovaron su vínculo con el Cooper Union, la institución que tanto elogiara José Martí.<sup>198</sup> El 26 de noviembre de 1895 celebraron en él un homenaje a Martí, que fue presidido por Charles A. Dana, quien además pronunció un discurso. Los concurrentes acordaron por unanimidad pedir al gobierno norteamericano el reconocimiento de la beligerancia de los mambises.<sup>199</sup>

La noche del 21 de diciembre de 1896, a raíz de la confirmación de la noticia de la muerte del general Antonio Maceo, la sociedad American Friends of Cuba organizó un desfile por las calles de New York que culminó en un acto masivo en Cooper Union. Los

testimonios coinciden en que el público desbordó el gran salón y se extendió por la plaza contigua.<sup>200</sup>

Pero donde se celebró la mayor parte y los más importantes *meetings* políticos de este período fue en el Chickering Hall (5.<sup>a</sup> Ave. y Calle 18). Este edificio se ganó con creces un lugar en la historia de la emigración y así lo hizo saber la revista *Cuba y América*:

Chickering Hall; he aquí un nombre que recordarán siempre con amor todos los emigrados cubanos.

Sus localidades, innumerables veces, desde el comienzo de la Revolución, han sido ocupadas por ese público entusiasta en cuyos pechos vibran enardecidos los sentimientos de libertad y de odio contra los opresores de la patria. Oradores elocuentísimos han esparcido en su recinto ecos mágicos con sentidas y arrebatadoras imágenes [...]

¡Cuántas veces, el viajero de Cuba, ansioso de desahogar sus sentimientos en una pública asamblea ha acudido allí para batir frenético sus palmas y llevar después a Cuba, a aquella atmósfera de opresión, el recuerdo indeleble que grabara en su memoria el magno espectáculo de esas manifestaciones libres y expansivas de los colonos en el seno de una nación hospitalaria!

Hoy, cuando los ensueños de ese pueblo heroico se ven al fin realizados, ¿de cuántos deseos, de cuántas esperanzas no son mudos testigos las molduras y adornos labrados del liceo, que bien pudiéramos llamar, el Templo Cubano, y que quedará en Nueva York como memorial augusto de nuestras luchas angustiosas por la redención de la patria.<sup>201</sup>

## V



El monto demográfico de la comunidad cubana en New York a lo largo del siglo XIX solo ha podido ser objeto de cálculos, dada la casi inexistencia de fuentes precisas. Gerald Poyo ha estimado que antes de 1860 residían en todos los Estados Unidos menos de mil cubanos, “en su mayoría blancos y de clase media”, asentados principalmente en New York, Philadelphia y New Orleans.<sup>202</sup>

El aluvión migratorio provocado por la Guerra de los Diez Años fue importante. Lisandro Pérez nos aporta el dato preciso de que en 1870 —tercer año de la contienda— residían en New York y Brooklyn 1 565 cubanos, cifra extraída del censo norteamericano, que solo en esa ocasión y la siguiente desglosó a los cubanos del resto de los inmigrantes antillanos.<sup>203</sup>

Diana Abad —basándose en estimados electorales publicados por el periódico *El Pueblo* en 1876— calcula no menos de 4 000 cubanos del sexo masculino residentes en New York en esa década.<sup>204</sup> Gerald Poyo calcula de 4 000 a 5 000 los emigrados allí radicados en esos mismos años;<sup>205</sup> o sea, coincide con Diana Abad.

Lisandro Pérez apunta que según el censo de 1880 —dos años después del final de la Guerra Grande y del regreso de nuestros exiliados— eran 2 073 los cubanos en ambas ciudades.<sup>206</sup> En 1884 el ecuatoriano Antonio Flores estimaba que en la zona Este de los

Estados Unidos vivían 5 000 cubanos, pero es lógico que su cifra incluyera a Philadelphia.<sup>207</sup>

El censo norteamericano de 1890 engloba nuevamente a los cubanos dentro de la inmigración antillana, que ascendía a 3 439 residentes en New York y Brooklyn.<sup>208</sup> Gerald Poyo calcula alrededor de 2 000 cubanos para ese año.<sup>209</sup> En septiembre de 1892 el cónsul español en New York estimaba en esa misma cifra el número de cubanos allí radicados.<sup>210</sup>

Para el período 1895-1898 ningún historiador aporta estimados. Cinco décadas después de los hechos, uno de aquellos emigrados —Susini de Armas— afirmaba que la colonia cubana en New York había llegado a tener 25 000 integrantes,<sup>211</sup> cifra que nos parece exagerada, aunque es lógico que se repitiera el incremento migratorio de la etapa bélica anterior, pero el hecho mismo de ser un período intercensal impidió que se mensurara estadísticamente y solo nos quedan estimados tan poco confiables como el de Susini de Armas.

El siguiente censo se hizo dos años después del fin de la guerra (1900) y, por ende, del regreso de la mayoría de los exiliados. Según el mismo, vivían en New York —para entonces ya unificada con Brooklyn— 2 011 cubanos.<sup>212</sup> Este dato coincide con la cifra calculada para los años inmediatos anteriores a la guerra. De ello podemos inferir que ambas cifras comprenden básicamente emigrantes económicos.

En una visión general del fenómeno migratorio, el profesor Lisandro Pérez estima que la comunidad cubana de New York en ningún momento excedió de cinco mil personas.<sup>213</sup>

Pero independientemente de las altas y bajas que a lo largo del siglo sufrió el monto de esa comunidad al conjuro de la situación interna de la Isla, todos los datos coinciden en que ese núcleo migratorio era el mayoritario dentro de la comunidad hispanoparlante neoyorquina. La siguiente tabla nos permite formarnos una idea al respecto:

POBLACIÓN HISPANOPARLANTE DE NEW YORK Y BROOKLYN  
1870-1900

Lugar de origen	1870	1880	1890	1900
Cuba	*1 565	2 073	**2 000	2 011
España	682	1 048	1 413	1 491
México	86	168	218	282
Sudamérica	307	570	721	995
Centroamérica	***	***	183	***

(\*) Dato aportado por Lisandro Pérez.

(\*\*) Utilizamos la cifra calculada por Gerald Poyo, pues la del censo de ese año (3 439) engloba a los cubanos con el resto de los inmigrantes antillanos.

(\*\*\*) No poseemos el dato.

Fuentes: USA. Department of the Interior, Census Office. *Compendium of the Eleventh Census: 1890*, t. 2, Government Printing Office, Washington, 1892-1897, pp. 604 y 606. Lisandro Pérez: "The Cuban Community of New York in the Nineteenth Century", Paper presented at the 1985 meeting of the Latin American Studies Association, Albuquerque, New México, April 17-20, 1985, Table 2. Gerald E. Poyo: *Con todos y para el bien de todos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1998, p. 199. Los datos censales sobre el resto de la comunidad hispanoparlante nos fueron facilitados por la profesora Cristina Taverna Sánchez.

Sin embargo, mucho más importante que su peso demográfico dentro de ese sector de la inmigración, era su peso cultural. Ya vimos la opinión de Antonio Flores acerca del papel decisivo de Luis Felipe Mantilla y de Agustín José Morales en la difusión del español en los Estados Unidos. Veamos otros testimonios del mismo autor, que datan de 1884:

Mas si el español ha sido olvidado en el Sur y el Oeste, ha florecido en el Este como en terreno natural, donde se difunde cada día, merced a los cinco mil cubanos allí emigrados,

al establecimiento de nuevas casas hispano-americanas en Nueva York, y al ensanche de relaciones comerciales con Centro y Sud-América.

.....  
Nueva York es, hace unos 30 años, un centro de publicaciones literarias de la América meridional, y más especialmente de Cuba, por la falta de libertad de imprenta en esa isla.

.....  
No ha sido fecunda en los Estados Unidos la poesía jocosa castellana. La emigración cubana, que constituye la mayoría de la colonia que habla español, ha tenido mucho que llorar, y nada de qué alegrarse [..]

.....  
Lo que más ha hecho crujir las prensas en Nueva York son los folletos políticos en español, especialmente los relativos a Cuba [..]<sup>214</sup>

Al testimonio de Flores se suma la opinión del investigador norteamericano James F. Shearer, quien en la década de 1950 hizo un estudio de la prensa publicada en español en los Estados Unidos durante el siglo XIX: “[..] Sin vuelta de hoja, el esfuerzo más sostenido y el fruto más valioso de este periodismo redunda en gloria de los escritores y periodistas cubanos [..]”<sup>215</sup>

A lo largo de aquella centuria la comunidad cubana de New York fue una mezcla de inmigrantes económicos y exiliados políticos, aunque en algunos momentos, como el período 1880-1895, los segundos devinieran provisionalmente en los primeros, al permanecer en New York y visitar esporádicamente la Isla —tal fue el caso de Néstor Ponce de León.

Pero el hecho de ser hijos de un país colonizado exacerbó el sentimiento nacionalista aun en los inmigrantes económicos, que secundaron a los exiliados y dirigentes políticos en la recaudación de fondos y otras actividades pro independentistas. Ese sentimiento los hizo aferrarse a su identidad cultural y forjar toda una mística

patriótica ritualizada en *meetings* que los congregaban con relativa frecuencia para conmemorar las efemérides nacionales o pronunciarse sobre determinado acontecimiento coyuntural. Incluso durante la Guerra de los Diez Años fue criticada por algunos la naturalización en los Estados Unidos:

[...] Nada diremos hoy de los cubanos naturalizados en los Estados Unidos después de la guerra de Cuba; pero sí nos atrevemos a indicar, a los que podemos titular todavía conciudadanos nuestros, que ninguna clase de consideraciones ni de intereses, deben compelerlos a trocar la bandera de la patria por ninguna otra en ningún tiempo. Nuestro orgullo consiste en ser cubanos, y la recompensa mayor a que aspiramos es la de oír a nuestro paso en cualquier parte del mundo: “ahí va un ciudadano cubano”.<sup>216</sup>

Su nacionalismo también los llevó a verse a sí mismos como una excepción dentro del conjunto de la inmigración neoyorquina y norteamericana en general:

La importancia indiscutible de los elementos sociales que la Revolución de Cuba ha traído a los Estados Unidos, hace de nuestra Colonia una excepción sin parecido con las demás emigraciones que han hallado refugio en estas latitudes. Puede afirmarse —al apreciar la intensidad de nuestra vida en el destierro— que los cubanos, si han perdido pasajeramente su solar, no han dejado en el olvido ninguna de sus habituales propensiones. Nuestra vida moral permanece inalterable y el cambio en el paisaje no ha influido en el cambio de costumbres. Este ambiente nuevo, aunque enturbiado por las tristezas y dolores de una proscripción sin plazo conocido, no ha logrado interrumpir el curso natural de nuestros hábitos y gustos. Y como la persecución y la violencia nos han medido a todos por igual, la colonia cubana en esta tierra no es el exponente de una

sola clase, como sucede tratándose de gentes de otras razas que solo emigran por el pan, sino la expresión sintética de un pueblo que ha traído todos sus elementos de trabajo y de cultura.<sup>217</sup>

Hasta qué punto eran exactas o exageradas las anteriores afirmaciones de Raimundo Cabrera en lo referente a la comunidad neoyorquina, es un tema pendiente de investigación. Aunque no tenemos conocimiento de ningún estudio socioeconómico de la misma, semejante al realizado por Paul Estrade sobre la colonia cubana de París durante el período 1895-1898,<sup>218</sup> de las fuentes consultadas se desprende que la comunidad neoyorquina —al menos en los períodos más importantes y a diferencia de la parisina— tenía una composición clasista integral, que de cierta manera reproducía en menor escala la del sector urbano de la economía de la Isla. Todo parece indicar que en ella era hegemónica una clase media blanca e ilustrada que se sentía orgullosa del nivel cultural alcanzado por su patria aun bajo un régimen colonial, que venía a un país democrático a dar prueba del mismo y que se ufanaba de los éxitos de sus emprendedores profesionales en la sociedad norteamericana.

Por otro lado, era lógico que una larga permanencia en una sociedad mucho más desarrollada que la de origen influyera en ellos, que en su interactuar con el medio dieran y recibieran, y que los que retornaron a la Isla en 1878 y 1898 ya no fueran los mismos que se habían alejado de ella, aunque no estuvieran plenamente conscientes de los cambios.

Sin embargo, de las fuentes se desprende que si bien los cubanos asimilaron necesariamente formas de la cultura pública norteamericana —algunas de las cuales llevaron a la Isla a su regreso— y supieron integrarse al medio, a la vez preservaron mayoritariamente su identidad frente a la cultura dominante. Es decir, no se diluyeron en el *melting pot* neoyorquino —la *olla podrida* de que hablara Luz y Caballero en 1828—, aunque mucho tomaran de él, de lo bueno y de lo malo. No se aprecia en ellos desarraigo ni desculturación, aunque

era inevitable que en un sector surgiera una neoculturación, al parecer limitada a manifestaciones superficiales.

Quizás una de las causas —además del fervor patriótico propio de un pueblo que lucha por su liberación nacional— haya sido la continuidad de una *elite* intelectual cubana en NYC a lo largo del siglo, sostenedora de una tradición cultural que, sin duda, influyó sobre el conjunto de los sectores sociales de la comunidad. Para esa *elite*, el punto de referencia eran sus colegas norteamericanos, hombrarse con ellos era su desafío permanente, y lograrlo, la medida de su éxito; pero sin hacer concesiones que fueran en detrimento de su identidad nacional.

Pero independientemente del grado de influencia que la estancia en los Estados Unidos haya ejercido sobre nuestros emigrantes y exiliados, no olvidemos que ellos eran una ínfima minoría del pueblo cubano, del que permaneció en la Isla. Y tampoco olvidemos algo mucho más importante: el etnos cubano, nuestra nacionalidad, ya estaba formada y plenamente diferenciada antes de que comenzaran las migraciones hacia los Estados Unidos. Ya los cubanos tenían clara identidad de sí mismos —como Varela y Heredia— antes de venir a esta nación, por lo que el contacto con la cultura norteamericana no pudo haber tenido ningún efecto decisivo en su formación étnica —como erróneamente se ha afirmado—, sino más bien en la adopción de formas y costumbres, y en aspectos sociales, como la independencia de la mujer.<sup>219</sup>

Por otro lado, tampoco podemos sobrevalorar algunos aportes de la emigración, pues si bien en su conjunto tuvo un importante papel político y también militar —sobre todo en el factor logístico—, ninguno de los principales jefes militares o líderes políticos de la Revolución surgió de ella. Todos se habían formado en Cuba. El propio José Martí, cuando llegó a New York ya podía exhibir una hoja de servicios a la causa de la independencia.

Para él, lo más importante de esa comunidad era el hombre común, el cubano blanco o negro, futuro ciudadano de la Cuba independiente, que se sacrificaba abnegadamente por “una república invisible y tal vez ingrata, sin esperanza de pago o de gloria”.<sup>220</sup>

Respecto a ellos, Martí fijó muy bien su atención en un aspecto clave: “[...] el arte difícil de asociarse, que es el secreto único del bienestar de los pueblos, y la garantía única de su libertad [...]”.<sup>221</sup> Ya él tenía la experiencia de haber tomado parte en el movimiento asociativo de la Isla, y supo comprender su tremenda importancia en la emigración, donde podía desenvolverse en un clima de libertad política inexistente en la patria.

Para Martí, los diferentes tipos de asociaciones espontáneamente generadas por la comunidad cubana en el exilio permitían ejercitar el sentido integral de democracia participativa que anhelaba para la futura sociedad civil de la República. Esto se desprende de la nota que publicara en su periódico *Patria* el 3 de abril de 1892:

En el silencio, y donde los pedantes no los ven, practican los cubanos, en roce y creación, todas las virtudes necesarias para el goce pacífico de la libertad: que para caer en lo de las ciudades griegas, y andar de Atenas y Esparta comiéndose los límites, no valdría la pena de llenar de sangre la casa: en codeo mutuo y constante, limándose la vanidad o ayudándose de ella para la virtud, han de vivir los hijos de un pueblo que quiera ser dichoso. En las Sociedades de socorro, en las de los Caballeros de la Luz, en las Sociedades masónicas, cultivan, cubanos y puertorriqueños, las virtudes republicanas. Y cuanto las fomenta merece elogio, como cuanto las merme merece censura.<sup>222</sup>

Aunque no queda explícito en sus textos, se infiere que Martí veía en ellas un vehículo idóneo para sus propósitos de integración social:

Importa reconocer en esta emigración una entidad moral y una base de República, de gran importancia, porque han vivido juntas, conociéndose y estimándose, y perdiendo en el roce la soberbia, ignorancia y desconocimiento que pudieran dividirlas, todas las clases sociales, tal como ha de ser en Cuba si ha de haber república verdadera [...].<sup>223</sup>

Todo indica que para Martí la emigración —y especialmente la comunidad cubana de New York, la que mejor pudo conocer— era algo parecido a un ensayo de la Cuba independiente. En uno de sus textos más importantes (“Vindicación de Cuba”) expresó: “[...] millares de desterrados [...] practican, en la batalla de la vida en los pueblos libres, el arte de gobernarse a sí mismos y de edificar una nación [...]”.<sup>224</sup> En el tejido social de la emigración veía formarse las virtudes y estudiaba los males que inevitablemente sobrevendrían. De ahí su interés por exaltar las primeras y anticipar remedios para aminorar los segundos. Lamentablemente, sus continuadores no tuvieron la misma perspicacia política.

Otro tema por profundizar es el de los vínculos con otras comunidades de inmigrantes,<sup>225</sup> principalmente con aquellas que, como la irlandesa y la italiana, compartían la misma religión y una historia de opresión nacional. ¿Cómo veían ellos a los cubanos? ¿Hasta qué punto este enmarcarse dentro de una inmigración tan numerosa y heterogénea como la neoyorquina contribuyó paradójicamente a la “excepcionalidad” de que se jactaban los cubanos?

Martí no realizó un estudio específico del aporte cultural de los cubanos en la emigración, pero de sus artículos sobre Villaverde, Bachiller y Morales, Eusebio Guiteras y Néstor Ponce de León, así como de otras referencias dispersas en su obra se infiere cuánto lo valoraba y cuánto orgullo sentía por él. Entre los papeles que encontró Gonzalo de Quesada y Aróstegui en la oficina de Front Street después del aciago 19 de mayo de 1895, se hallaba una hoja suelta con lo que, al parecer, eran apuntes para desarrollar un discurso. El primer párrafo es sumamente sintético e interesante: “Lo que es Cuba, para mí: La Isla natural. La Isla intelectual. Orgullo de ser cubano”.<sup>226</sup>

Permítasenos el atrevimiento de conjeturar que el Apóstol tenía plena conciencia de que los límites de la isla intelectual no coincidían necesariamente con los de la isla natural, sino que podían ir mucho más allá. De que la cultura de Cuba se nutría de la labor creadora de sus hijos en cualquier parte del mundo. De que en la misma ciudad donde escribía esas escuetas palabras, el cubano, a lo largo de aquel siglo, había acumulado una obra de la cual él se

enorgullecía: “[...] Él brilla por su cultura superior, como quien más, en los centros humanos, donde más se brilla [...]”.<sup>227</sup>

La historia de New York City incluye la historia de cada una de sus diferentes comunidades de inmigrantes. Desde el punto de vista numérico, la comunidad cubana durante el siglo XIX fue minoritaria en comparación con los irlandeses, alemanes, italianos y otras nacionalidades. Su peso cultural tampoco podía compararse ni remotamente con el de las dos primeras mencionadas, que eran las predominantes.

Ahora bien, esa pequeña comunidad no se limitó a la lucha política por la independencia de su patria, sino que paralelamente desplegó una labor cultural que no se circunscribió al interior de ella, sino que también se proyectó dentro del conjunto de la comunidad hispanoparlante de la ciudad, así como hacia la Isla de procedencia y el resto de Hispanoamérica. Contribuyó así decisivamente a sentar las bases de lo que es hoy la cultura hispana en New York.

Cuando llegue el día en que mejoren las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos, hombres como Félix Varela, Agustín José Morales, Luis Felipe Mantilla y Néstor Ponce de León, deben ser los símbolos de la amistad entre ambas naciones, y no un turbio personaje del siglo XVIII como Juan de Miralles, a quien se otorgó semioficialmente ese papel en la década de 1940.

Se ha escrito mucho sobre la historia política de la comunidad cubana de NYC durante el siglo XIX. Sin embargo, se ha investigado muy poco sobre su historia económica, social y cultural. Se impone la tarea conjunta de inventariar las fuentes documentales existentes aquí y en Cuba, así como proceder al mutuo completamiento y restauración de las colecciones de periódicos, revistas y folletos, lo que viabilizaría el esfuerzo mancomunado de los investigadores de ambas orillas. La obra que aquellos hombres crearon en esta ciudad forma parte del patrimonio cultural de la nación cubana y, a la vez, forma parte de la historia de New York. Es una historia compartida y, por tanto, reconstruirla es un deber común.

## Notas

- <sup>1</sup> En realidad, el primer encuentro de Martí con New York se había producido cinco años antes, cuando hizo allí una escala de doce días (14-26 enero 1875) en su viaje de Europa a México. Los pormenores de aquella estancia los desconocemos; pero la impresión que se llevó de los Estados Unidos, a través de New York, no fue positiva. De ello dejó constancia en sus notas de viaje, y para muestra valga una frase: “El tamaño es la única grandeza de esa tierra”. José Martí: *Obras completas*, Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1963-1973 (en lo adelante se citarán como J. Martí y *OC*), t. 19, p. 17. Para una descripción del ambiente social y político que encontró el joven viajero, ver: Carlos Ripoll: “Martí en Nueva York: la primera visita”, *José Martí. Letras y huellas desconocidas*, Eliseo Torres & Sons, New York, [1976], pp. 9-22.
- <sup>2</sup> Ana Cairo: “Mirar el Niágara. La construcción del pensamiento cubano en el siglo XIX”, *Temas*, no. 8, octubre-diciembre, La Habana, 1996, pp. 10-17.
- <sup>3</sup> J. Martí: *OC*, t. 5, p. 136.
- <sup>4</sup> El deslumbramiento inicial le hizo desgranar elogios sobre la ciudad: “bellísima Nueva York”, “señora de los mares”, “espectáculo grandioso...” Incluso, ante la uniformidad del trazado urbano de Philadelphia, manifestó que más le agradaba “la brillante irregularidad de Nueva York”. Meses después, su opinión no era la misma: “[...] te aseguro que se me oprime el alma y quisiera hasta morirme cuando me figuro que mi esperanza consiste en vivir hasta la muerte entre esta gente, oyendo su horroroso lenguaje. ¿Crearás que en siete meses de continuo estudio apenas he logrado hablar un poco, incorrectamente, y que casi me quedo en ayunas cuando me hablan? Pero, ya se ve, si la lengua es todo anomalías, y apenas comprendo cómo un pueblo tan grande se ha convenido en usar tan execrable jerigonza”. *Cfr.* “Cartas

- de Heredia”, *Revista de Cuba*, t. IV, La Habana, 1878, p. 615; Carta a su tío Ignacio. Filadelfia, Biblioteca Nacional José Martí, Sala Cubana, Colección de Manuscritos, 15 de abril de 1824. Heredia CAR-83. Pedro José Guiteras: “Don José María Heredia”, *Revista de Cuba*, t. IX, La Habana, 1881, pp. 18-19.
- <sup>5</sup> José María Heredia: *Poesías*, Impr. de Gray y Bunce, Nueva York, 1825. Hubo otras ediciones en la misma ciudad en 1853, 1854, 1858, 1860 y 1862. Su obra poética fue compilada y publicada por Antonio Bachiller y Morales en New York, en 1875.
- <sup>6</sup> Ernest R. Moore: “José María Heredia in New York, 1824-1825”, *Symposium*, November, (Syracuse, NY), 1951, p. 272.
- <sup>7</sup> Thomas Jefferson: *Manual de práctica parlamentaria para el uso del Senado de los Estados Unidos* (traducido del inglés y anotado por Félix Varela), Henrique Newton, Nueva York, 1826.
- <sup>8</sup> Humphrey Davy: *Elementos de Química aplicada a la agricultura*, traducido por Félix Varela, Impr. de Juan Gray, Nueva York, 1826.
- <sup>9</sup> Entre 1824 y 1826 Varela tuvo como alumno a José Luis Alfonso, futuro primer marqués de Montelo. En otro período contó con la amistad y colaboración del escritor José María de Cárdenas y Rodríguez, *Jeremías de Docaranza*.
- <sup>10</sup> José Ignacio Rodríguez: *Vida del presbítero don Félix Varela*, Impr. de O Novo Mundo, Nueva York, 1878, pp. 312-313. Joseph and Helen McCadden: *Félix Varela: Torch Bearer from Cuba*, 2.<sup>a</sup> ed., Fundación Félix Varela, San Juan, Puerto Rico, 1984, p. 102. Antonio Hernández Travieso: *El padre Varela; biografía del forjador de la conciencia cubana*, editado por Jesús Montero, La Habana, 1949, p. 371.
- <sup>11</sup> Edwin G. Burrows y Mike Wallace: *Gotham: A History of New York City to 1898*, Oxford University Press, New York, [1998], p. 543.
- <sup>12</sup> Años después del fallecimiento del sacerdote, Bachiller y Morales recogió este testimonio: “[...] El nombre de las *Cinco Puntas* es en New-York una historia completa de tradiciones horribles

de miserias y de crímenes. Es un lugar en la ciudad baja, en las contiguas y torcidas calles primitivas, en donde se albergan la pobreza, la vagancia y los crímenes. Algunos amigos del virtuoso Varela me lo han descrito allí mismo [...] dando la extremaunción a un pobre irlandés en un sitio húmedo, en una noche sombría de invierno, acompañado de un joven cubano: el santo sacerdote dejó la levita que llevaba al enfermo y con solo un sobretodo o capa, salió de aquel centro asqueroso y horrible [...]”. Antonio Bachiller y Morales: “Estudios sobre los hombres y las cosas en los Estados Unidos (I)”, *Memorias de la Sociedad Económica de Amigos del País*, t. 59, abril, La Habana, 1880, p. 17.

- <sup>13</sup> Tras la muerte de Varela (25 de febrero de 1853), el edificio de Chambers Street fue vendido para liquidar las deudas de la parroquia, y esta trasladada para 25 Mott Street, en pleno centro del Chinatown, donde aún permanece. En la fachada de este edificio se ha colocado una tarja en homenaje a Varela.
- <sup>14</sup> En 1830 el gobierno español hizo una gestión diplomática ante el Vaticano para impedir que Varela fuera nombrado obispo de New York. Sin embargo, al menos en aquel período, la mayoría de los españoles residentes en New York asistía con frecuencia a las misas oficiadas por Varela en la iglesia de Cristo, en 41 Ann Street. Cfr. Félix Varela y Morales: *Observaciones sobre la Constitución Política de la monarquía española*, Editorial de la Universidad de La Habana, 1944, pp. 193-199. *El Redactor*, 20 de junio, 30 de junio y 10 de agosto, New York, 1829.
- <sup>15</sup> Félix Varela y Morales: *Cartas a Elpidio sobre la impiedad, la superstición y el fanatismo en sus relaciones con la sociedad*, 2 t., Impr. de G. Newell—G. P. Scott, Nueva York, 1835-1838.
- <sup>16</sup> E. G. Burrows y Mike Wallace: *Op. cit.*, pp. 630 y 776. Antonio Hernández Travieso: *Op. cit.*, p. 421.
- <sup>17</sup> En enero de 1841 este semanario se fusionó con *The New York Freeman's Journal*—que había sido fundado en julio de 1840—,

dando nacimiento a *The New York Freeman's Journal and Catholic Register*, con el cual también colaboró Varela.

- <sup>18</sup> Cfr. Alberto Martínez-Ramos: "Father Félix Varela: Cuban Catholic Apologist in the United States, 1823-1853", University of New Mexico, Albuquerque, 1980. Manuel Fernández Santelices: *Bibliografía del p. Félix Varela*, Saeta Ediciones, Miami, [1991]. Enildo A. García (ed.): *Bibliografía del presbítero Félix Varela Morales (1788-1853)*, Senda Nueva de Ediciones, New York, 1991. Josefina García-Carranza: "Bibliografía de Félix Varela", Félix Varela: *Obras*, t. III, Imagen Contemporánea, Editorial Cultura Popular, La Habana, 1997, pp. 289-397. Varela también fungió como supervisor clerical del *Children's Catholic Magazine* (1838-1840). Cfr. J. y H. McCadden: *Op. cit.*, p. 102.
- <sup>19</sup> Varela se excusó con el comité organizador por estar indispuesto. Desconocemos si hubo un contacto ulterior. Biblioteca Nacional "José Martí". Sala Cubana. Colección de Manuscritos Enildo García, no. 12. Fotocopia de la carta de Félix Varela al Committee for the Establishment of a University in New York, 20 de octubre de 1830. Para los antecedentes y detalles de esa convención, Cfr. Thomas Bender: *New York Intellect*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore, [1988], pp. 89-101.
- <sup>20</sup> Eusebio Guiteras: *Un invierno en Nueva York*, Gorgas y Cía., Barcelona, [s.f.], p. 144. Hay un texto de Varela que trasmina añoranza por la patria. En la medianoche del 28 de febrero de 1832, en pleno invierno neoyorquino, escribía a los redactores habaneros de la *Revista Bimestre Cubana*: "[...] Al través de las tinieblas que cubren la helada naturaleza, mi activa imaginación solo me presenta esqueletos vegetales, aguas empedernidas, animales casi yertos, montes de nieve y llanuras desoladas... Pero ya un grato recuerdo me saca de esta región de inercia, y me traspasa al vergel de las Antillas, donde todo está animado. Veo aquellos árboles frondosos, aquellos inquietos arroyuelos, aquellos copudos montes, y aquellas floridas llanuras, que tantas veces recorría, y tan pocas contemplaba [...]". En: José

Antonio Fernández de Castro: *Medio siglo de historia colonial de Cuba*, Ricardo Veloso, Editor, La Habana, 1923, pp. 37-39.

- <sup>21</sup> Carta de Lorenzo Allo al presbítero Francisco Ruíz. San Agustín, 25 de diciembre de 1852. *Apud.* J. I. Rodríguez: *Vida del presbítero...*, 1878, p. 367.
- <sup>22</sup> J. Martí: *OC*, t. 2, p. 96.
- <sup>23</sup> En su etapa filadelfiana Saco tradujo del latín y publicó los *Elementos de Derecho Romano*, de Johann Gottlieb Heinecke (Juan Heineccio), Impr. de Guillermo Stavely, Filadelfia, 1826.
- <sup>24</sup> J. Martí: *OC*, t. 5, p. 282.
- <sup>25</sup> José de la Luz y Caballero: *De la vida íntima*, t. I, Editorial de la Universidad de La Habana, 1945-1949, p. 40.
- <sup>26</sup> J. Martí: *OC*, t. 5, p. 271.
- <sup>27</sup> “[...] por más que trabajo no me entra el áspero y céltico idioma de esta tierra, y [...] me parece imposible que el que ha gustado de la suavidad del ‘sonorous tongue of the Graces’ como le llama al italiano no sé qué inglés, pueda nunca, no digo gustar po. ni aun sufrir la inharmónica dicción de esta normando-sajona algaravia”. Carta a José Luis Alfonso. Filadelfia, 29 de enero 1829, *Revista de la Biblioteca Nacional*, año I, t. II, julio-agosto, La Habana, 1909, p. 30. Del Monte hizo otra breve visita a New York a fines de diciembre de 1843 y principios de enero de 1844, como escala de su viaje sin retorno a Europa. *Cfr.* Urbano Martínez Carmenate: *Domingo del Monte y su tiempo*, Ediciones Unión, La Habana, 1997, pp. 113, 123 y 355.
- <sup>28</sup> J. Martí: *OC*, t. 5, pp. 241 y 282.
- <sup>29</sup> Según un esquema historiográfico tradicional, con anterioridad a la Guerra de los Diez Años (1868-1878) el movimiento político cubano atravesó por tres períodos reformistas (1790-1820, 1830-1837 y 1855-1867), uno independentista (1820-1830), uno abolicionista (1837-1845) y otro anexionista (1845-1855). Como todos los esquemas que en el mundo han sido, este inevitablemente engendra su cuestionamiento. Anexionismo, reformismo y separatismo fueron tres variantes permanentes de la política

cubana a lo largo del siglo XIX, independientemente de la forma que adoptaran en cada ocasión. Solo puede hablarse de períodos de predominio de unas u otras. En lo que a reformismo y anexionismo respecta, ya Moreno Fragonal había señalado: “[...] No son —en última instancia— dos posiciones políticas opuestas sino dos formas diversas de manifestar similar política. No responden a conceptos diferentes: reformismo y anexionismo nada tienen que ver con cuestiones conceptuales sino con situaciones prácticas. Inclusive, físicamente, anexionistas y reformistas fueron en algunos casos las mismas personas y se movieron por los mismos intereses”. Manuel Moreno Fragonal: “Reformismo y revolución”, *Bohemia*, año 63, no. 30, La Habana, pp. 20-21.

<sup>30</sup> J. I. Rodríguez: *Estudio histórico sobre el origen, desenvolvimiento y manifestaciones prácticas de la idea de la anexión de la Isla de Cuba a los Estados Unidos de América*, Impr. La Propaganda Literaria, La Habana, 1900, pp. 136-137.

<sup>31</sup> Ponte Domínguez ha señalado las contradicciones en que incurrió Cirilo Villaverde acerca del lugar exacto de dicha casa de huéspedes. En su artículo “Nuestra bandera” afirmó que estaba en la calle Warren, cerca del río Norte, entre la calle Church y Collene Place. Sin embargo, en su “Reseña biográfica del Gral. Narciso López” la situó en la calle Murray, entre Broadway y Church. Cfr: Francisco J. Ponte Domínguez: “Historia y simbolismo de la bandera cubana”, *Revista de la Biblioteca Nacional*, 2.<sup>a</sup> serie, vol. 1, no. 4, agosto, La Habana, 1950, p. 12.

<sup>32</sup> *Ibidem*, p. 15.

<sup>33</sup> En 1848 se constituyó en New York el Consejo Cubano, encabezado por Betancourt Cisneros, disuelto al año siguiente. El 5 de diciembre de 1849 Narciso López creó la Junta Patriótica Promovedora de los Intereses Políticos de Cuba. Por su parte, los emigrados que discrepaban de él fundaron el Consejo de Organización y Gobierno Cubano. No obstante, estas primeras organizaciones cubanas en New York tuvieron el común denominador de ser anexionistas.

- <sup>34</sup> *La Verdad*, New York, 29 de febrero de 1852, p. 4, y 30 de marzo de 1852, p. 4. La Comisión Ejecutiva estaba compuesta por José Elías Hernández (presidente), Manuel R. Silva (vicepresidente), Porfirio Jardines (tesorero), Pablo Duany (subtesorero), Francisco Agüero Estrada (secretario) y Miguel Agüero Estrada (vicesecretario).
- <sup>35</sup> Cfr. Pablo R. Presno: “Admirable obra de servicio social realizan los centros regionales con casa de salud”, *Diario de la Marina. Siglo y cuarto. Número extraordinario*, 15 de septiembre, La Habana, 1957, pp. 172-178.
- <sup>36</sup> En realidad, fue la continuadora de algo que había comenzado en la Isla 61 años antes. La cultura había figurado entre los objetivos fundacionales de la Sociedad Económica de Amigos del País (1792) —la hija cubana del Iluminismo, como la llamara don Fernando Ortiz—, creadora de la primera biblioteca pública cubana (1792), del Jardín Botánico de La Habana (1817), de la academia de artes plásticas San Alejandro (1818) y promotora de la enseñanza general. Fue la iniciadora del movimiento asociativo cultural cubano, nucleado en las llamadas sociedades de instrucción y recreo: Sociedad Filarmónica Santa Cecilia (1829), Liceo Artístico y Literario de La Habana (1844), Sociedad del Pilar (1848), Sociedad Artística y Literaria de Colón (1856), Liceo de Matanzas (1859), Liceo Artístico y Literario de Guanabacoa (1861), Liceo Artístico y Literario de Regla (1878), etcétera. Durante nuestra última centuria colonial, aquellas células embrionarias de la futura sociedad civil cubana, “fueron como el espíritu del país”. César García Pons: “Las sociedades cubanas del siglo XIX. (En el centenario de la Sociedad del Pilar)”, *Bohemia*, año 40, no. 25, 20 de junio, La Habana, 1948, pp. 20-21, 90-92, 94-95.
- <sup>37</sup> Estaba compuesta por Miguel Teurbe Tolón (presidente), Francisco Agüero Estrada (vicepresidente), Octaviano Duany (tesorero), Manuel Valiente (secretario) y Ambrosio Valiente (vicesecretario). Cfr. *El Filibustero*, New York, 24 de octubre

y 25 de noviembre de 1853. Además de llevar una activa vida política en New York —fue en su habitación que Narciso López concibió la hoy bandera cubana—, Teurbe Tolón dirigió periódicos; fue impresor; tradujo del inglés la *Historia de los Estados Unidos*, de Enma Willard, y *El sentido común*, de Thomas Payne; impartió clases de inglés, francés e italiano; y publicó en 1852 un libro de texto: *The Elementary Spanish Reader and Translator*, que alcanzó cinco reediciones. Según algunas fuentes, dirigió la sección hispanoamericana del *New York Herald*.

<sup>38</sup> Cfr. Lorenzo Allo: *La esclavitud doméstica en sus relaciones con la riqueza*, Discurso pronunciado en el Ateneo Democrático Cubano de New York en la noche del primero de enero de 1854, Oficina Tipográfica de J. Mesa, New York, 1854.

<sup>39</sup> Pedro Santacilia: *Lecciones orales sobre la historia de Cuba*, Impr. de Luis Eduardo del Cristo, Nueva Orleans, 1859. Santacilia había recibido el título de Socio Facultativo desde la fundación del Ateneo. Años después llegaría a ser secretario y yerno de Benito Juárez.

<sup>40</sup> Es probable que la segunda asociación cultural fundada por nuestros compatriotas en la ciudad del Hudson haya sido la Academia Cubana de Historia, que supuestamente funcionaba en 1856. La única referencia acerca de su existencia proviene de la edición que hiciera en New York, en 1857, Vicente Antonio de Castro —una de las personalidades más importantes de los orígenes de la masonería cubana— de sus *Lecturas históricas*, una serie de nueve conferencias sobre historia antigua que dictara en dicha academia el año anterior. La obra de Castro no se conserva en las bibliotecas habaneras y solo tenemos un conocimiento indirecto. Cfr. Emilio Jorge Reyna: “Ciencia y conciencia en Vicente Antonio de Castro”, edición mimeografiada, La Habana, 1972, p. 20. Eduardo Torres-Cuevas: “Vicente Antonio de Castro, el Gran Oriente de Cuba y las Antillas y la ruptura del 68”, *Santiago*, no. 32, Santiago de Cuba, diciembre, 1978, p. 139.

<sup>41</sup> Andrés Cassard: “Masonería en Cuba”, *El Espejo Masónico*, t. 4, New York, 1873, pp. 9-11. Aurelio Miranda Álvarez: “Recuerdos

neoyorquinos”, *La gran Logia*, Tercera época, año 1, La Habana, 1899, pp. 29-30; e *Historia documentada de la masonería en Cuba*, Molina, La Habana, 1933, p. 125. Francisco J. Ponte Domínguez: *La masonería en la independencia de Cuba*, Editorial Modas Magazine, La Habana, 1954, p. 107. El santiaguero Cassard había llegado a New York como refugiado político en septiembre de 1852 y el 5 de junio de 1853 se inició en la masonería. Su propósito era “fundar una Logia, en Nueva York, que trabajara en el idioma castellano, y sirviera de base para establecer, en Cuba, todos los altos cuerpos masónicos”. Instituyó La Fraternidad en mayo de 1855 y fue inaugurada el 16 de junio siguiente. En noviembre de 1865 Cassard inició la publicación de la revista *El Espejo Masónico*, única publicación masónica en español en New York, que apareció hasta diciembre de 1868, en que se vio obligado a interrumpirla por razones de salud y viajes a terceros países. Reanudó su publicación en noviembre de 1872. Al año siguiente, Cassard decidió separarse de la masonería y su revista se transformó en el periódico mensual *El Espejo* —dirigido por él y Cirilo Villaverde—, “dedicado a ciencias, artes, literatura, instrucción, industria y comercio”, el cual tendría una sección consagrada a asuntos masónicos. De este periódico no existen ejemplares en las hemerotecas cubanas, pero tenemos noticias de que se conserva una colección del mismo en la New York Public Library. *Cfr.* *El Espejo Masónico*, t. 4, New York, 1873, pp. 9-11, 73, 361; t. 2, 1867, p. 126. Cassard también fue poeta: Andrés Cassard: *Poesías*, Impr. de El Espejo, New York, 1879.

<sup>42</sup> En diciembre de 1872 seguía siendo la única de idioma castellano en NYC y tenía alrededor de 80 miembros activos. *Cfr.* *El Espejo Masónico*, t. 4, New York, 1873, pp. 119-120.

<sup>43</sup> A. Miranda Álvarez: “Recuerdos neoyorquinos”, año I, 1899, pp. 89-90.

<sup>44</sup> Pedro José Guiteras: *Historia de la isla de Cuba*, (Con notas e ilustraciones), J. R. Lockwood, F. W. Christern, Nueva York, 1865-1866.

- <sup>45</sup> Aquí publicó su *Ensayo poético*, Impr. de Guillermo Newell, Nueva York, 1836.
- <sup>46</sup> José Jacinto Milanés: *Obras*. Publicadas por su hermano. 2.<sup>a</sup> ed. corr., aum., y precedida de un nuevo prólogo del editor, sobre la vida y escritos del poeta, Juan F. Trow, Est. Tip., New York, 1865.
- <sup>47</sup> Francisco Calcagno: *Diccionario biográfico cubano*, N. Ponce de León-D. E. F. Casona, New York-La Habana, 1878-1886, pp. 649-650.
- <sup>48</sup> Como editor publicó obras de Saco, Heredia, Plácido y Santacilia, entre otros. Su edición de las obras de Saco, en 1853, fue desautorizada por este desde París, pero nuestro contemporáneo Manuel Moreno Fragnals ha revalorizado su impresión cuidadosa y fidelidad a los textos. *Cfr.* Manuel Moreno Fragnals: *José A. Saco; estudio y bibliografía*, Universidad Central de Las Villas, 1960, pp. 94-95. Según Calcagno (*Op. cit.*, p. 692), publicó en Washington el periódico *La Aurora*, redactado en inglés, francés y español. Ya había fallecido en 1861.
- <sup>49</sup> Vale la pena mencionar la antología bilingüe de poesía española que publicara en 1855 y en la cual incluyó obras de poetas cubanos.
- <sup>50</sup> F. Calcagno: *Op. cit.*, p. 284.
- <sup>51</sup> José Manuel Mestre: “Luis Felipe Mantilla”, *Revista de Cuba*, t. IV, La Habana, 1878, pp. 443-445.
- <sup>52</sup> *Cfr.* F. Calcagno: *Op. cit.*, p. 402; y *Museo de las Familias*, vol. I, no. 1, New York, 15 de octubre de 1872. J. Martí: *OC*, t. 8, p. 253. No hemos podido verificar la siguiente información: “Fue un cubano, Luis Felipe Mantilla, quien sacrificara una brillante carrera por establecer en los EE.UU. la primera Escuela Normal para maestros hispanoamericanos. De él tomó Domingo Faustino Sarmiento idea y patrones para establecer otra en Chile [...]”. A. Hernández Travieso: *Op. cit.*, p. 360.
- <sup>53</sup> J. I. Rodríguez: *Vida del presbítero...*, pp. 41 y 67. Morales era primo-hermano del presbítero Félix Varela. *Cfr.* Francisco Reyna: “Datos sobre el padre Varela y su familia”, Biblioteca Nacional José Martí, Sala Cubana, Colección de Manuscritos, Reyna no. 1.

- <sup>54</sup> En opinión de Bachiller, se trataba de “una obra que en pocas páginas ha sabido condensar más ideas que ninguno de sus predecesores en algunos volúmenes”. Sobre el estilo del autor dice: “El laconismo de Morales me interesa siempre: sus fórmulas, como su doctrina, podrán no ser aceptadas, pero tiene que confesarse que sobresalen por su claridad y precisión [...], por su denuedo en emitir su propio juicio y no el ajeno, me encantó cuando lo leí [...]. D. Agustín Morales sí es uno de los hombres que encierran más ideas en menos palabras [...].” Antonio Bachiller y Morales: “La lengua castellana y sus cultivadores y preceptistas, especialmente los americanos (VIII)”, *El Mundo Nuevo-América Ilustrada*, vol. VI, no. 107, 1.º de junio de 1875, New York, pp. 212-213.
- <sup>55</sup> Antonio Flores: *Las letras españolas en los Estados Unidos; (de las memorias de la Academia Ecuatoriana)*, Impr. del Clero, Quito, 1884, p. 41.
- <sup>56</sup> Pedro Santacilia: *El arpa del proscrito*, Impr. de J. Durand, Nueva York, 1864.
- <sup>57</sup> Pedro Santacilia (antolog.): *El laúd del desterrado*, Impr. de La Revolución, Nueva York, 1858, p. 41. Antes había sido publicado en *La Verdad*, New York, 15 de mayo de 1849, p. 3.
- <sup>58</sup> E. G.: “Noticia biográfica de la Excma. Sra. Da. Gertrudis Gómez de Avellaneda de Sabater”, en: Gertrudis Gómez de Avellaneda: *Obras*, t. I, Edición Nacional del Centenario, Impr. de Aurelio Miranda, La Habana, 1914, p. XLV.
- <sup>59</sup> *El Mulato*, New York, 4 de julio de 1850.
- <sup>60</sup> *El Eco de Cuba*, New York, 10 de octubre de 1855.
- <sup>61</sup> Cfr. Alejo Carpentier: *La música en Cuba*, La Habana, 1961, pp. 96-98.
- <sup>62</sup> Alejandro Anreus: “Nostalgia de ida y vuelta”, *Encuentro*, no. 15, Invierno, Madrid, 1999-2000, p. 134.
- <sup>63</sup> *La Verdad*, New York, 10 de septiembre de 1852, p. 1. El primer aniversario de la muerte de López también se conmemoró en New Orleans, pero allí sí con un desfile típicamente norteamericano por

Canal Street, con caballería militar, carroza fúnebre, bandas de música, veteranos expedicionarios de López, bomberos, carruajes y la participación de la sociedad alemana Turner. En la Plaza La Fayette pronunciaron discursos tres oradores norteamericanos, y de la reseña de un periódico local —reproducida en New York— se colige que fue esa la nacionalidad predominante: “La representación de Cubanos no era escasa, ni se hizo menos notable por el porte modesto y respetuoso de los individuos que la componían”, *La Verdad*, New York, 20 de septiembre de 1852, pp. 2-3.

<sup>64</sup> *El Mulato*, New York, 25 de marzo de 1854.

<sup>65</sup> *Constitución de la Sociedad Democrática de los Amigos de América*. Impr. de S. Hallet, Nueva York, 1864, p. IV.

<sup>66</sup> *Nuestra sociedad, nuestro propósito y nuestra bandera*, New York, c., 1866, p. 2.

<sup>67</sup> El acta de constitución puede verse en: Boris Rosen Jelomer (comp.): *Pedro Santacilia; el hombre y su obra*, t. II, Centro de Investigación Científica Jorge L. Tamayo, México, 1983, pp. 614-616.

<sup>68</sup> Justo Zaragoza: *Las insurrecciones en Cuba*, t. 2, Impr. de Manuel G. Hernández, Madrid, 1872-1873, p. 374. Veinte años después, al recordar aquel éxodo, José Martí diría: “[...] Los vapores traían la carga de hombres. ¡Oh, flor de la patria, no se puede recordarte sin llorar!” J. Martí: *OC*, t. 5, p. 148.

<sup>69</sup> Enrique Collazo: *Desde Yara hasta el Zanjón (apuntaciones históricas)*, Instituto del Libro, La Habana, 1967, p. 149. New York fue el mayor asentamiento demográfico cubano en los Estados Unidos hasta la década de los ochenta. A principios de la misma ya Cayo Hueso la sobrepasaba, y a partir de 1886 Tampa ocupó el primer lugar, gracias al rápido fomento de las fábricas de tabaco en esa localidad. No obstante, New York mantuvo su primacía política y cultural dentro de la emigración y con respecto a la Isla.

<sup>70</sup> Diana Abad: “Las emigraciones cubanas en la Guerra de los Diez Años. Apuntes”, *Santiago*, no. 53, marzo, Santiago de Cuba, 1984, pp. 156, 174-175.

- <sup>71</sup> Antonio Bachiller y Morales: *Guía de la ciudad de Nueva York y sus alrededores*, 2.<sup>a</sup> ed. corr. y aum., Impr. y Lib. de Néstor Ponce de León, New York, 1876, p. 62. Sobre esta preferencia de los cubanos por la iglesia de San Francisco Javier también sabemos que en ella tuvo lugar el funeral de Francisco Vicente Aguilera (26 de febrero de 1887) y la boda de Eduardo Hidalgo-Gato (1.º de mayo de 1871). Hidalgo-Gato (1847-1926) acumuló una importante fortuna en el negocio del tabaco y fundó su fábrica en Cayo Hueso, así como un barrio con centenares de casas para sus obreros. También fue dueño de la compañía de tranvías y del más importante banco del Cayo. *Cfr.* Luis García Pascual: *Entorno martiano*, Casa Editora Abril, La Habana, 2003. Louis A. Pérez Jr.: *On Becoming Cuban; Identity, Nationality, and Culture*. Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 1999, pp. 31-32. Un cuarto de siglo después, algunos matrimonios de cubanos se seguían celebrando en la iglesia de San Francisco Javier. *Cfr.* *Guáimaro*, Brooklyn, 24 de octubre de 1895, p. 4.
- <sup>72</sup> *La Revolución*, New York, 26 de abril de 1870, p. 4; y 13 de octubre de 1870, p. 1.
- <sup>73</sup> *La Revolución*, New York, 13 de octubre de 1870, p. 1. *La República*, New York, 10 de octubre de 1871, p. 5. La información encontrada hasta ahora sobre la afiliación de nuestros compatriotas a las diversas denominaciones protestantes es tan fragmentaria que preferimos aplazar cualquier mención.
- <sup>74</sup> Entre ellas pueden citarse el Club de Laborantes Cubanos y la Auxiliadora de la Independencia de Cuba —ambas disueltas en 1873 para fusionarse en los Amigos de Cuba—, la Liga de las Hijas de Cuba, Sociedad Independencia de Cuba —presidida por José Francisco Lamadriz (1814-1892)—, la Liga Patriótica de Señoras Cubanas y otras.
- <sup>75</sup> No podemos precisar cuál fue la primera sociedad de socorros mutuos creada por los cubanos en New York, pero la institución como tal fue importada de la Isla. Según la bibliografía de que disponemos, las asociaciones de socorros mutuos comenzaron

en Cuba entre los profesionales, obviamente blancos. Así fue el caso de los abogados (1848) y los profesores de Mecánica (1850). Las más antiguas conocidas en el sector obrero datan de 1857 y, por supuesto, existían separadamente para blancos y negros libres. Cfr. José Antonio Portuondo: *“La Aurora” y los comienzos de la prensa y de la organización obrera en Cuba*, Imprenta Nacional de Cuba, La Habana, 1961, pp. 16-18. José Rivero Muñiz: *Tabaco; su historia en Cuba*, t. II, Instituto de Historia, La Habana, 1964-1965, p. 299 n. Entre los aspectos pendientes de investigación sobre la comunidad cubana en NYC figura el sector obrero y sus organizaciones, y de estas su estudio comparado con las formadas en la Isla, así como el papel que debieron desempeñar como vehículos de integración racial.

<sup>76</sup> Cfr. Sociedad de Socorros Mutuos La Fraternidad. *Reglamento*, Impr. de O Novo Mundo y La América Ilustrada, New York, 1872. El secretario de la sociedad era Benito J. Zerquera y, al menos en 1872, celebraba las juntas generales en 78 Crosby Street. *El Pueblo*, 25 de enero de 1872, p. 4.

<sup>77</sup> La sociedad de tabaqueros La Protectora fue fundada el 17 de noviembre de 1877. Cfr. *La Independencia*, New York, 24 de septiembre de 1878, p. 3.

<sup>78</sup> Con motivo de la huelga se efectuaron dos reuniones de operarios en el Masonic Hall (19 de abril y 18 de mayo de 1875), en las cuales se planteó la creación de la Caja y se aprobó su reglamento. Cfr. Biblioteca Nacional José Martí, Sala Cubana, Colección de Manuscritos de Ponce de León, nos. 287 y 416.

<sup>79</sup> Cfr. *Reglamento de la Sociedad Cubana de Beneficencia de Nueva York*, Impr. La Revolución, New York, 1870. Los socorros consistían en dinero (hasta 250 pesos anuales), alimentos, combustibles, vestidos, asistencia médica y medicamentos, “así como proporcionar trabajo a los que carezcan de él”. El reglamento fue aprobado en la junta general de 15 de abril de 1870. Cuatro años después la sociedad estaba presidida por José Manuel Mestre y uno de sus vicepresidentes era Isaac Carrillo, dos

- importantes intelectuales vinculados con Miguel Aldama. Para entonces contaba con 368 miembros. *El Correo de Nueva York*, 26 de diciembre de 1874, p. 1.
- <sup>80</sup> J. Martí: *OC*, t. 1, pp. 451-452.
- <sup>81</sup> Biblioteca Nacional José Martí, Sala Cubana, Colección de Manuscritos de Néstor Ponce de León, nos. 415 y 415 a.
- <sup>82</sup> *El Recreo Social*, no. 1, enero, New York, 1878.
- <sup>83</sup> J. Martí: *Otras crónicas de Nueva York*, [Investigación, introducción e índice de cartas por Ernesto Mejía Sánchez], Centro de Estudios Martianos, La Habana, 1983, p. 81.
- <sup>84</sup> *La Voz de la Patria*, New York, 7 de julio de 1876, p. 2. Mary Ryan: "The American Parade: Representations of the Nineteenth-Century Social Order", en Lynn Hunt (ed.): *The New Cultural History*, University of California Press, Berkeley, 1989, p. 144.
- <sup>85</sup> Cfr. J. Martí: *OC*, t. I, pp. 135-140.
- <sup>86</sup> *La Independencia*, New York, marzo 1877. *Apud*. Eladio Aguilera Rojas: *Francisco V. Aguilera y la Revolución de Cuba de 1868*, La Moderna Poesía, La Habana, 1909, pp. 383-385. Ya con anterioridad el Ayuntamiento de New York había hecho otra demostración pública de su apoyo a la causa cubana, cuando el 10 de octubre de 1870, a las doce del día, se disparó desde allí una salva de cien cañonazos y pronunciaron discursos los generales MacMahan y Ryan. *La Revolución*, New York, 13 de octubre de 1870, p. 1.
- <sup>87</sup> J. Martí: *OC*, t. 5, p. 159.
- <sup>88</sup> Juan Arnau: *Páginas para la historia política de la isla de Cuba*, Impr. de Louis C. Lomer, Brooklyn, 1877.
- <sup>89</sup> Antonio Bachiller y Morales: *Guía de la ciudad de Nueva York*, N. Ponce de León, New York, 1872; *Guía de la ciudad de Nueva York y sus alrededores*, 2.<sup>a</sup> ed. corr. y aum., Impr. y Lib. de N. Ponce de León, New York, 1876.
- <sup>90</sup> J. Martí: *OC*, t. 5, pp. 143, 144 y 149.
- <sup>91</sup> *Ibidem*, p. 252.

- <sup>92</sup> Rafael María de Mendive: “El beso de la noche”, *Museo de las Familias*, vol. I, no. 5, New York, 15 de diciembre de 1872, p. 71. (Ver Anexo 4)
- <sup>93</sup> Rafael María de Mendive: “Un socialista hambriento”, *Museo de las Familias*, vol. I, no. 5, New York, 15 de diciembre de 1872, p. 74. (Ver Anexo 4)
- <sup>94</sup> Juan Clemente Zenea: *Lejos de la patria; memorias de un joven poeta*, Impr. La Charanga, La Habana, 1859.
- <sup>95</sup> Juan Clemente Zenea: “En Greenwood (Camposanto de Nueva York)”, *Poesías completas*, Impr. y Redacción de El Mundo Nuevo, Nueva York, 1872, p. 75. (Ver Anexo 4)
- <sup>96</sup> Sabine Faivre d’Arcier: *José White y su tiempo*, Ed. Letras Cubanas, La Habana, 1997, pp. 142-146.
- <sup>97</sup> J. Martí: *OC*, t. 5, p. 295.
- <sup>98</sup> Alejo Carpentier: *Op. cit.*, p. 120.
- <sup>99</sup> Solomon Gadles Mikowsky: *Ignacio Cervantes y la danza en Cuba*, Ed. Letras Cubanas, La Habana, 1988, pp. 122-124.
- <sup>100</sup> Cristóbal Díaz Ayala: “Intercambios, diásporas, fusiones”, *Encuentro*, no. 15, Madrid, Invierno 1999-2000, p. 92. L. A. Pérez Jr.: *On Becoming Cuban...*, p. 43.
- <sup>101</sup> J. Martí: *OC*, t. 22, pp. 284-285. A. Anreus: *Op. cit.*, pp. 134-135.
- <sup>102</sup> J. Martí: *OC*, t. 5, pp. 181-195.
- <sup>103</sup> *El Ciudadano*, New York, 30 de octubre de 1880. En la Biblioteca Nacional de Cuba solo se conserva el tercer número de este periódico, órgano de la Delegación.
- <sup>104</sup> Gerald E. Poyo: *Con todos y para el bien de todos. Surgimiento del nacionalismo popular en las comunidades cubanas en los Estados Unidos. 1848-1898*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1998, pp. 147-150.
- <sup>105</sup> *Ibidem*, p. 147.
- <sup>106</sup> Cfr. J. Martí: *OC*, t. 1, pp. 161-163.
- <sup>107</sup> *Ibidem*, t. 5, p. 241. Villaverde también publicó en New York su novela histórica *El Penitente* (1889).

- <sup>108</sup> Néstor Ponce de León: “Historia de la Isla de Cuba”, *Revista de la Biblioteca Nacional*, año III, t. V, no. 1-6, La Habana, julio-diciembre, 1911, pp. 97-106. Cita en la p. 98.
- <sup>109</sup> *Ibidem*, p. 97.
- <sup>110</sup> Antonio Flores: *Op. cit.*, p. 38.
- <sup>111</sup> J. Martí: *OC*, t. 5, p. 349.
- <sup>112</sup> *Cfr. Ibidem*, t. 1, p. 362; t. 5, p. 349; t. 20, pp. 337, 342, 387, 406-407, 431; t. 28, pp. 372-378, 402. También Manuel Sanguily consultó habitualmente el archivo de Ponce de León. *Cfr.* José Álvarez Conde: *Homenaje del Archivo Nacional a su primer director Néstor Ponce de León; el emigrado intransigente*, La Habana, 1955, p. 59.
- <sup>113</sup> José Martí comentó la aparición de esta edición en la *Revista Universal*, México, 27 de mayo de 1875.
- <sup>114</sup> Ambrosio Fornet: *El libro en Cuba; siglos XVIII y XIX*, Ed. Letras Cubanas, La Habana, 1994, p. 70.
- <sup>115</sup> J. Martí: *OC*, t. 20, pp. 282-283.
- <sup>116</sup> *Ibidem*, p. 285.
- <sup>117</sup> El primer número apareció el 15 de octubre de 1872. Desconocemos con exactitud hasta cuándo se publicó. La colección que se conserva en el Instituto de Literatura y Lingüística (La Habana) abarca hasta el número 12 del segundo volumen (30 de septiembre de 1873).
- <sup>118</sup> El número uno apareció el 15 de mayo de 1873. La colección que se conserva en la Biblioteca Nacional José Martí abarca hasta el número 120, correspondiente al 30 de abril de 1878.
- <sup>119</sup> J. Martí: “El Educador Popular”, *Revista Universal*, México, 30 de agosto de 1876. En su comentario, Martí se refiere a un hecho que desconocemos: “Es tal la importancia de este periódico en los pueblos hispano americanos, que su existencia determinó un conflicto político-religioso en el Perú”.
- <sup>120</sup> Desconocemos la fecha exacta de apertura de la librería. En mayo de 1871 estaba en 23 Union Square. En abril de 1872, se trasladó para la Calle 16 no. 17 Este, entre Union Square y 5ta.

Avenida. En la primera quincena de abril de 1873 se mudó para el edificio de Broadway 40 y 42, salón 59, donde permaneció largos años.

<sup>121</sup> Cfr. J. Martí: *OC*, t. 5, pp. 203-208.

<sup>122</sup> Néstor Ponce de León: *Technological Dictionary. English-Spanish and Spanish-English*, N. Ponce de León, Editor, New York, 1883-1893, t. I, 873 p.; t. II, 782 p.

<sup>123</sup> J. Martí: *OC*, t. 8, p. 319 y t. 28, pp. 231 y 377. Durante su período neoyorquino Ponce de León también tradujo a Heine del alemán, y del inglés tradujo un manual de enseñanza elemental de Norman Allison Calkins.

<sup>124</sup> K. Lendas: “Correspondencia...”, *Diario de la Marina*, La Habana, 22 de enero de 1886, p. 2.

<sup>125</sup> *Ibidem*, t. 5, pp. 129-130.

<sup>126</sup> Cfr. N. Ponce de León: “Historia de la Isla de Cuba”, p. 97 n. Tanto el prólogo como el primer capítulo fueron reproducidos por la *Revista de la Biblioteca Nacional* en 1911 y en 1999.

<sup>127</sup> Estas “lecturas” —mala traducción del inglés *lecture*— eran una costumbre muy anterior a la llegada de Martí a NYC. La mejor descripción que hemos encontrado data de 1854: “**Las lecturas de New York.** Celébranse en esta ciudad ciertas tertulias en que uno o más individuos toman la palabra para disertar sobre materias de antemano anunciadas, señalándose también el lugar i [sic.] la hora de la reunión. Estos actos se llaman *lecturas*, aunque nada se lea la más veces; i [sic.] el invierno es regularmente la época del año en que son más frecuentes. Por lo común se paga una corta suma por la admisión, i [sic.] se pasa un rato agradable, empleándose útilmente el tiempo con la instrucción que se adquiere. Cierta que alguna vez se ha visto a charlatanes, esforzándose en cautivar la atención a virtud de paradojas, opiniones exajeradas i [sic.] desatinos, con lo cual han logrado ganancias a poca costa; pero es fuerza confesar que esta es la excepción [..]”, *Revista Americana*, 2.<sup>a</sup> época, no. 3, enero, New York, 1854, pp. 36-37.

- <sup>128</sup> Dicha escuela fue fundada en octubre de 1890 para llenar la necesidad de un centro educacional nocturno en el décimonoveno distrito de la ciudad. Martí figuró en su claustro desde la fundación hasta octubre de 1892, cuando se vio obligado a renunciar por el exceso de trabajo que tuvo con posterioridad a la creación del PRC. *Cfr.* Carlos Ripoll: “Martí profesor de español”, *Revista Cubana*, año I, no. 2, julio-diciembre, New York, 1968, pp. 447-456. Víctor Hugo Paltsits: “José Martí, maestro y caballero”, *Revista Cubana*, no. 29, julio 1951-diciembre 1952, La Habana, pp. 57-63.
- <sup>129</sup> Durante sus vacaciones en los montes Catskill, en el verano de 1890, Martí se vinculó con el Twilight Club —una pintoresca asociación neoyorquina de amantes de la naturaleza, fundada en 1883 por Charles F. Wingate—, del cual llegó a ser socio a partir del 23 de diciembre de ese año. Fue la única asociación norteamericana a la cual perteneció. Meses después de la muerte de Martí, el Twilight Club dedicó a Cuba su sesión regular del 9 de abril de 1896, a la cual invitó a tres figuras de la emigración: Fidel G. Pierra, Emilio del Castillo y Arístides Agramonte. El Club declaró su simpatía por la causa cubana y pidió al presidente Cleveland el reconocimiento de la beligerancia. *Cfr.* William D. Isaacson: “José Martí y el Club Crepúsculo”, *Archivo José Martí*, no. 15, enero-junio, La Habana, 1950, pp. 112-117; y *Patria*, New York, 15 de abril de 1896, p. 2.
- <sup>130</sup> J. Martí: *OC*, t. 12, pp. 313-314.
- <sup>131</sup> *Ibidem*, t. 20, pp. 90-91.
- <sup>132</sup> *Ibidem*, t. 10, p. 283.
- <sup>133</sup> Juan Marinello: *18 ensayos martianos*, Ediciones Unión, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 1998, p. 252. La bibliografía es extensa. Baste mencionar dos títulos: Susana Rotker: *Fundación de una escritura: las crónicas de José Martí*, Casa de las Américas, La Habana, 1992; y Rafael Cepeda: *José Martí. Su verdad sobre los Estados Unidos*, Editorial Caminos, La Habana, 1995.

- <sup>134</sup> Manuel Pedro González: *José Martí. Epic Chronicler of the United States in the Eighties*, The University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1953, pp. 28 y 55.
- <sup>135</sup> J. Martí: *OC*, t. 9, p. 334.
- <sup>136</sup> *Ibidem*, t. 22, p. 150.
- <sup>137</sup> *Ibidem*, t. 10, p. 132.
- <sup>138</sup> *Ibidem*, t. 9, p. 393.
- <sup>139</sup> *Ibidem*, p. 387.
- <sup>140</sup> *Ibidem*, p. 458. Susana Rotker ha planteado la hipótesis de que Martí fuese un asiduo lector del danés Jacob Riis —reportero policial del *New York Tribune* y del *Evening Sun*—, “cuyas escandalosas crónicas sobre los barrios bajos de Nueva York y su defensa de las pequeñas gentes tuvieron tal éxito que luego reaparecieron en su libro *How the Other Half Lives* (1890)”. Susana Rotker: *Op. cit.*, p. 132. No obstante, de los textos de Martí se desprende un conocimiento directo de las zonas más miserables de la ciudad.
- <sup>141</sup> J. Martí: *Otras crónicas de Nueva York*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 1983, p. 68.
- <sup>142</sup> *Cfr.* J. Martí: *OC*, t. 9, pp. 123-128. Para un análisis de esta crónica, *Cfr.* Julio Ramos: *Desencuentros de la modernidad en América Latina; literatura y política en el siglo XIX*, capítulo VII, Fondo de Cultura Económica, México, 1989, pp. 176-201.
- <sup>143</sup> *Ibidem*, t. 11, pp. 443-449.
- <sup>144</sup> J. Martí: “Escenas neoyorquinas. Los vendedores de diarios”, *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, no. 2, La Habana, 1979, pp. 20-22.
- <sup>145</sup> Uno de los personajes más representativos de la Gilded Age fue el periodista Charles A. Dana (1819-1897), quien desde 1868 era editor y copropietario del *New York Sun*. Prácticamente desde su arribo a New York, Martí entabló una singular amistad con este hombre que, como ha señalado Manuel Pedro González, era su “antípoda [...] en ideas políticas y sociales”. Dana le abrió las puertas del *Sun* al desconocido recién llegado y Martí siempre

tuvo en cuenta ese gesto. En 1882 le remitió un ejemplar de su *Ismaelillo* con estas palabras: “Le envío este libro en prenda de la buena memoria de mi corazón:—hoy que recobro las riendas de mi vida, no podría olvidar a quien me ayudó, en un momento de prueba, a mantenerlas en alto. No fue mi mérito sino el suyo lo que me hizo ganar su amistad”. A lo largo de los años siempre tuvo menciones elogiosas para él: “jefe hidalgo, romántico y benevolente”, el “cultísimo Dana”, el “periodista más agresivo e influyente en todo el Norte, entre los demócratas”, “el creador del periódico más vivo, más literario, y más capaz que se publica acaso donde hay hombres”, “el amigo constante de la libertad”, “el consejo franco y brioso del periodista Dana”. También le llamó “hombre ilustre” y calificó su estilo de “acerado y luciente”, llegando a compararlo con el de Flaubert. No obstante, en 1889 criticó a Dana y al *Sun* por sus vínculos con Blaine. Dana, por su parte, e independientemente de la involución ideológica que experimentó en aquellos años, apoyó la causa de la independencia de Cuba. A la muerte de Martí publicó una emotiva necrología en el *Sun* y el 26 de diciembre de 1895 pronunció un discurso en el acto de homenaje a Martí celebrado en el Cooper Union (*Vid infra*). A la muerte de Dana, el Cuerpo de Consejo de New York del Partido Revolucionario Cubano celebró una velada en Chickering Hall (25 octubre 1897) en homenaje al famoso periodista, y fue fundado un club revolucionario con su nombre. *Cfr.* Manuel Pedro González: *Indagaciones martianas*, Universidad Central de Las Villas, 1961, p. 49. J. Martí: *OC*, t. 20, p. 295; t. 9, pp. 246 y 447; t. 11, pp. 183 y 384-385; t. 23, p. 65; t. 21, pp. 135 y 234; t. 6, pp. 45 y 65; t. 12, pp. 142, 151, 311-312 y 329. J. Martí: *Otras crónicas...*, pp. 198 y 202. Charles A. Dana: “José Martí”, *Así vieron a Martí* [Prólogo y notas de Gonzalo de Quesada y Miranda], Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1971, p. 63. *Patria*. New York, 27 de octubre de 1897, p. 1 y 13 noviembre 1897, p. 4.

- <sup>146</sup> Muchos autores confunden a Santiago Pérez (1830-1900) — quien fue presidente de Colombia entre 1874 y 1876— con su hijo, el también literato Santiago Pérez Triana (1858-1916).
- <sup>147</sup> También fueron presidentes los colombianos Santiago Pérez Triana (período 1887-1890) y Nicolás Ezguerra (período 1891-1892), así como el venezolano Nicanor Bolet Peraza (período 1892-1895). No tenemos información sobre la Sociedad con posterioridad a 1898.
- <sup>148</sup> Otros cubanos fueron vicepresidentes de la Sociedad —como Ramón L. Miranda y Luis A. Baralt— y otros fueron miembros de la directiva o asociados. Entre ellos podemos citar a Cirilo Villaverde, Diego Vicente Tejera, Benjamín Guerra, Gonzalo de Quesada y Aróstegui, Rafael de Castro Palomino, Julio Ponce de León, Arístides Agramonte, Benjamín Giberga, Fidel G. Pierra, Vicente Mestre Amábile, Serafín Bello, Enrique Trujillo, Francisco Chacón y Nicolás Heredia.
- <sup>149</sup> J. Martí: *OC*, t. 20, p. 392.
- <sup>150</sup> *Ibidem*, t. 7, p. 65.
- <sup>151</sup> *Ibidem*, t. 8, pp. 113-116.
- <sup>152</sup> *Ibidem*, t. 7, pp. 290-294.
- <sup>153</sup> *Ibidem*, t. 8, pp. 241-248.
- <sup>154</sup> *Ibidem*, t. 5, pp. 305-307. También se han conservado los borradores de sendos discursos de homenaje al colombiano Santiago Pérez y al puertorriqueño Manuel Zeno Gandía, pero desconocemos si fueron pronunciados y en qué ocasiones. *Cfr.* *Ibidem*, t. 7, pp. 425-428 y t. 19, pp. 455-457.
- <sup>155</sup> *Ibidem*, t. 6, p. 140.
- <sup>156</sup> Quien lo haga deberá tener en cuenta las acres opiniones del patriota puertorriqueño Sotero Figueroa, vertidas en la séptima parte de su artículo “Calle la pasión y hable la sinceridad”, publicado en el periódico *La Doctrina de Martí* el 2 de marzo de 1897.
- <sup>157</sup> J. Martí: *OC*, t. 5, p. 53.
- <sup>158</sup> *Ibidem*, p. 94.
- <sup>159</sup> *Ibidem*, pp. 160-161.

- <sup>160</sup> José Fornaris: “De París a La Habana”, *Revista de Cuba*, t. 15, La Habana, 1884, pp. 378-380.
- <sup>161</sup> J. Martí: *OC*, t. 5, pp. 126-127.
- <sup>162</sup> *El Avisador Cubano*, no. 6, New York, 1888. Reproducido en: *La Habana Elegante*, año VI, no. 22, La Habana, 27 de mayo de 1888, pp. 8-9. Durante su viaje por los Estados Unidos, Meza remitió crónicas a esta revista, cuyas referencias pueden verse en el Anexo 3. Después del inicio de la Guerra de Independencia, se estableció en Tampa y desde allí colaboró con el periódico *Patria*.
- <sup>163</sup> J. Martí: *OC*, t. 5, p. 271.
- <sup>164</sup> G. Sánchez Martínez: *Op. cit.*
- <sup>165</sup> J. Martí: *OC*, t. 20, p. 441. Edelmann también ejerció la docencia como profesor de español e inglés. En 1894 impartía clases de español en una escuela nocturna de la calle 63, entre las 2.<sup>a</sup> y 3.<sup>a</sup> Avenidas. En aquel momento era uno de los tres maestros de español con que contaban las escuelas públicas neoyorquinas, y los otros dos también eran cubanos: Luis A. Baralt y Lincoln Zayas. En 1898 pasó a la De Witt Clinton High School, en la cual permaneció hasta su regreso a Cuba, en 1904. Sobre esta faceta de su vida neoyorquina, Martí dijo que Edelmann era “tan concienzudo como artista, cuando copia a pincel leal los mejores modelos, como de maestro, cuando enseña, en lecciones ordenadas, buen castellano e inglés útil”. J. Martí: *OC*, t. 5, p. 425.
- <sup>166</sup> *Cfr.* J. Martí: *OC*, t. 5, pp. 280-285.
- <sup>167</sup> *Ibidem*, p. 286.
- <sup>168</sup> *Ibidem*, p. 367.
- <sup>169</sup> Rafael Serra: *Ensayos políticos*, [Primera serie], Impr. El Porvenir, New York, 1892, p. 124.
- <sup>170</sup> Existe un buen testimonio de las clases de Martí, escrito por uno de sus alumnos. *Cfr.* Manuel de Jesús González: “Una clase en La Liga”, en: R. Serra: *Ensayos políticos*. [Tercera serie], Impr. El Porvenir, New York, 1899, pp. 179-190.

<sup>171</sup> J. Martí: *OC*, t. 20, p. 345.

<sup>172</sup> *Ibidem*, t. 2, p. 473. El sector negro de la comunidad cubana en New York aún espera por una merecida investigación. Lisandro Pérez ha aportado el dato de que, según el censo norteamericano de 1870, solo el 7,2 % de los cubanos residentes en New York y Brooklyn eran negros, lo cual no se correspondía con la correlación étnica de la Isla. El mismo autor considera que probablemente ese porcentaje creciera en las dos últimas décadas del siglo, pero no es posible verificarlo estadísticamente. Aparte de los trabajos pioneros de Pedro Deschamps Chapeaux, tampoco se ha hecho un estudio detenido de La Liga, que daría la oportunidad de adentrarse por esa “ventana” en el mundo de los cubanos negros en New York y en sus vínculos con la comunidad afronorteamericana y los inmigrantes de las Antillas Británicas. Valga como muestra la figura inexplorada de Germán Sandoval —miembro fundador y primer presidente de La Liga— del cual nos dice el propio Serra: “[...] ha sido moralmente el jefe de nuestra colectividad en Nueva York, por espacio de 29 años. Ávido de adquirir conocimientos en el sistema práctico de organización, ha sido miembro activo de las principales sociedades y reputadas corporaciones americanas, como la prestigiosa sociedad West Indies; la congregación episcopal San Felipe, compuesta del elemento más aristocrático de la clase de color en Nueva York; del Capítulo de los ‘Patriarcas’; y con la valiosa compañía del intachable Sr. Salomé Rencurrel, ha sido siempre el alma de la Logia San Manuel de la Gran Unida Orden de Odd Fellow, fundada en 1877 y que en honor a nuestro ilustre Carlos Manuel, tuvieron los miembros de esta respetable asociación la feliz idea de apropiarle ese nombre”. Efectivamente, la Saint Philip’s Episcopal Church, con sede en la Calle 25, reunía a las más antiguas familias negras de New York, las que constituían la aristocracia de esa comunidad. Desconocemos los bienes de fortuna que poseía Sandoval —Martí solo lo menciona una vez, para encomiarle “la virtud del trabajo, y la

de emplear en el cultivo de los hombres el ahorro y los ocios de él”—, pero el hecho de que haya podido acceder a la *elite* negra neoyorquina ya apunta hacia una estratificación social dentro de la comunidad negra cubana que no ha sido estudiada. Por otro lado, Alessandra Lorini ha señalado que un sector de la aristocracia negra neoyorquina era partidario de “elevar” a las masas negras y de que esa responsabilidad recayera en aquellos que poseían la experiencia y educación necesarias. Este punto de vista coincidía con la participación de Sandoval en La Liga. Lisandro Pérez: “The Cuban Community of New York in the Nineteenth Century”, Paper presented at the 1985 meeting of the Latin American Studies Association, Albuquerque, New Mexico, April 17–20, 1985, p. 8. (Agradecemos al autor su gentileza de habernos hecho llegar una copia de su texto inédito). R. Serra: *Ensayos políticos*, [Tercera serie], p. 148. J. Martí: *OC*, t. 5, p. 254. Alessandra Lorini: *Rituals of Race; American Public Culture and the Search for Racial Democracy*. Charlottesville, University Press of Virginia, 1999, pp. 186 y 188.

<sup>173</sup> *El Separatista*, New York, 29 de septiembre de 1883, p. 2.

<sup>174</sup> Cfr. J. Martí: *OC*, t. 5, p. 380.

<sup>175</sup> *Ibidem*, pp. 323–324.

<sup>176</sup> *Sociedad de Beneficencia Hispano-Americana de Nueva York. Reglamento*, Impr. de M. M. Hernández, New York, 1892. César Rodríguez Expósito: *Dr. Ramón L. Miranda (médico de Martí)*, Ministerio de Salud Pública, La Habana, 1963, pp. 38–39. *El Porvenir*, (New York), 6 de enero de 1896.

<sup>177</sup> Cfr. J. Martí: *OC*, t. 5, pp. 61–68, 407, 413–414; t. 28, p. 423. Gonzalo de Quesada: “Informe a la junta reglamentaria de 31 de octubre de 1892”, *Patria*, New York, 7 de noviembre de 1892, p. 3.

<sup>178</sup> A. Miranda Alvarez: “Recuerdos neoyorquinos”, *La Gran Loggia*, Tercera época, año 1, La Habana, 1899, pp. 29–30.

<sup>179</sup> Cfr. J. Martí: *OC*, t. 5, pp. 50, 347, 362–363.

<sup>180</sup> *Ibidem*, t. 1, p. 239.

- <sup>181</sup> A. Fornet: *Op. cit.*, p. 161.
- <sup>182</sup> J. Martí: *OC*, t. 5, p. 179.
- <sup>183</sup> *Ibidem*, p. 204.
- <sup>184</sup> *Cuba y América*, vol. 2, no. 15, New York, 1.º de noviembre de 1897, pp. 5-7.
- <sup>185</sup> J. Álvarez Conde: *Carlos de la Torre; su vida y su obra*, La Habana, 1951, p. 60.
- <sup>186</sup> Gonzalo Roig: “La música”, en: Ramiro Guerra y Sánchez (y otros): *Historia de la Nación Cubana*, t. VII, Editorial Historia de la Nación Cubana, La Habana, 1952, p. 451; y *Hubert de Blanck. Vida y obra*, Ediciones de Blanck, La Habana, 1956.
- <sup>187</sup> G. Roig: *Op. cit.*, pp. 471-472. Blanca [Zacharié] de Baralt: *El Martí que yo conocí*, Ed. Trópico, La Habana, 1945, pp. 173-175. J. Martí: *OC*, t. 5, pp. 311, 307-309, 438, 452 y 468.
- <sup>188</sup> J. Martí: *OC*, t. 5, pp. 307-308.
- <sup>189</sup> El violinista habanero Pedro Hipólito Salazar Caballero (1868-¿?) se había establecido en NYC después de 1884. Allí fue concertino de la Orquesta Sinfónica de New York y dio recitales en apoyo del movimiento independentista. Uno de ellos fue anunciado por Martí desde las páginas de *Patria*. *Cfr.* J. Martí: *OC*, t. 5, p. 422.
- <sup>190</sup> Raúl Martínez Rodríguez: “Apuntes sobre la vida y obra del músico cubano Guillermo M. Tomás (1868-1933)”, *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, vol. XXVII, no. 3, septiembre-diciembre, La Habana, 1985, pp. 95-118. A. Carpentier: *Op. cit.*, pp. 152, 154-155.
- <sup>191</sup> Según este autor, entre 1898 y 1900 grabó 18 cilindros y entre 1900 y 1903, casi cien discos. *Cfr.* C. Díaz Ayala: *Op. cit.*, pp. 93. También puede verse una discografía de esta soprano en: Jesús Blanco Aguilar: *Rosalía (Chalía) Díaz de Herrera. 1864-1984. 120 aniversario de su natalicio*, Museo de la Música, Ministerio de Cultura, La Habana, 1984.
- <sup>192</sup> J. Martí: *OC*, t. 5, pp. 356 y 377. B. Zacharie de Baralt: *Op. cit.*, pp. 123, 109-111. L. García Pascual: “Entorno martiano” (inédito).

- <sup>193</sup> J. Martí: *OC*, t. 1, p. 452; t. 5, p. 383.
- <sup>194</sup> Varona había visitado New York al menos en dos ocasiones anteriores. En el primer semestre de 1884 hizo escala en la ciudad durante su viaje a Madrid para tomar posesión del cargo de Diputado a Cortes por su natal provincia de Camagüey. Durante aquellos días se reunió con José Martí. Ya se habían conocido en La Habana, en 1879, pero aquel fue su último encuentro personal. Diez años después, en el verano de 1894, Varona viajó a New York expresamente para deliberar con Martí acerca de la situación política de la Isla, pero el Apóstol se hallaba en México. *Cfr.* Enrique José Varona: “Mis recuerdos de Martí”, (1905). *Revista Cubana*, vol. 29, La Habana, julio 1951-diciembre 1952, pp. 47-51.
- <sup>195</sup> J. Martí: *OC*, t. 4, p. 386.
- <sup>196</sup> *Cfr.* Rafael Serra: “La Sociedad de Estudios Jurídicos y el Partido Revolucionario Cubano”, *La Doctrina de Martí*, New York, 30 de diciembre de 1896, p. 1; “La Sociedad Jurídica y ‘La Doctrina de Martí’”, *Ibidem*, 15 de enero de 1897, p. 1. Enrique José Varona: “La Sociedad de Estudios Jurídicos”, *Patria*, New York, 9 de enero de 1897, p. 1. Eduardo Yero Buduén: “Vientos de fronda”, *La Doctrina de Martí*, New York, 15 de enero de 1897, p. 2. Emilio del Junco: “Un episodio de la emigración”, *El Independiente*, New York, Suplemento del 21 de diciembre de 1898. Sobre la disolución, *Cfr. El Porvenir*, New York, Suplemento del 12 de enero de 1897. Para un reciente acercamiento al tema, *Cfr.* Ibrahim Hidalgo de Paz: *Cuba 1895-1898. Contradicciones y disoluciones*, Centro de Estudios Martianos, Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, La Habana, 1999, pp. 122-130.
- <sup>197</sup> “The Martí Charity Association”, *Cuba y Puerto Rico*, año 1, no. 7, New York, 23 de abril de 1897, p. 1. Ver también *Patria*, New York, 11 de enero de 1896, p. 3. *El Deber*, New York, 7 de febrero de 1896, p. 1.
- <sup>198</sup> Martí fue un gran admirador de Peter Cooper —incluso confesó haberle amado como a un padre— y de su obra educacional.

Le dedicó dos crónicas: una cuando Cooper cumplió 91 años, y otra —de las más hermosas salidas de la pluma del cubano— a su muerte. *Cfr.* J. Martí: *OC*, t. 13, pp. 47-54. Además, Martí asistió a varios *meetings* de norteamericanos celebrados en Cooper Union, entre ellos el organizado por el Sindicato de Toneleiros de New York la noche del 19 de marzo de 1883 en homenaje al recién fallecido Karl Marx y que dio motivo para una de las crónicas martianas más citadas. *Cfr.* J. Martí: *OC*, t. 9, pp. 387-389.

<sup>199</sup> *Patria*, New York, 30 de noviembre de 1895, p. 2. *Guáimaro*, New York, 28 de noviembre de 1895, p. 2.

<sup>200</sup> *La Doctrina de Martí*, New York, 30 de diciembre de 1896, p. 1. *Patria*, New York, 23 de diciembre de 1896, p. 1 y 26 de diciembre de 1896, p. 1. Un posible tema de investigación es la asistencia de cubanos como alumnos de los distintos cursos del Cooper Union. Al menos en 1897 varias cubanas eran discípulas del curso de arte para mujeres que allí se impartía. *Cfr.* *Patria*, New York, 5 de junio de 1897, p. 3.

<sup>201</sup> Ramiro (seud.): “Algo de todo”, *Cuba y América*, vol. III, no. 41, New York, 4 de junio de 1898, p. 10.

<sup>202</sup> G. Poyo: *Op. cit.*, p. 86. También es necesario tener en cuenta a los cubanos en tránsito hacia o desde Europa. Para la década de 1820 ya vimos los casos de Luz y Del Monte. Louis A. Pérez Jr. ha explicado cómo a mediados de siglo la eficiencia de las compañías navieras norteamericanas hizo que los cubanos adinerados las prefirieran a los buques españoles para sus viajes a Francia, Gran Bretaña y a la propia España, con escalas en New York. Esto incrementó la presencia cubana en las orillas del Hudson, a lo que se sumaban las visitas específicas a la ciudad. El escritor y diplomático colombiano Simón Camacho publicó en 1864 una magnífica crónica costumbrista sobre las salidas regulares de vapores de pasaje hacia La Habana. En días así el muelle se abarrotaba de cubanos y, según él, parecía que New York se convertía en “un barrio de La Habana o una continuación

de Regla”. Este movimiento de visitas se mantuvo durante el resto del siglo y en 1892 una comisión senatorial estimaba que entre 50 000 y 100 000 personas viajaban anualmente entre Cuba y los Estados Unidos. A estas personas se alude en uno de los párrafos antes citados de la revista *Cuba y América* sobre Chickering Hall. Lisandro Pérez ha señalado esa “temporalidad” como uno de los elementos que impiden arribar a conclusiones sobre el monto demográfico de la comunidad cubana. Quizás esta amalgama de emigrantes, exiliados y visitantes haya sido la base del estimado de Susini de Armas que veremos más adelante. Cfr. Louis A. Pérez Jr.: *Cuba and the United States: Ties of Singular Intimacy*. Athens, The University of Georgia Press, Georgia, 1990, pp. 26-27. *On Becoming Cuban...*, p. 37. Simón Camacho: *Cosas de los Estados Unidos*, Impr. de El Porvenir, New York, 1864, pp. 200-209. L. Pérez: “The Cuban Community...”, p. 7.

<sup>203</sup> L. Pérez: “The Cuban Community of New York...”, Table 2; y “De Nueva York a Miami. El desarrollo demográfico de las comunidades cubanas en Estados Unidos”, *Encuentro*, no. 15, Madrid, Invierno, 1999-2000, p. 17.

<sup>204</sup> D. Abad: *Op. cit.*, pp. 173-174.

<sup>205</sup> G. Poyo: *Op. cit.*, p. 199.

<sup>206</sup> L. Pérez: “The Cuban Community...”, Table 2.

<sup>207</sup> A. Flores: *Op. cit.*, p. 8.

<sup>208</sup> USA. Department of the Interior, Census Office: *Compendium of the Eleventh Census: 1890*, t. 2, Government Printing Office, Washington, 1892-1897, p. 604.

<sup>209</sup> G. Poyo: *Op. cit.*, p. 199.

<sup>210</sup> Paul Estrade: *José Martí; los fundamentos de la democracia en Latinoamérica*, Ediciones Doce Calles, Casa de Velázquez, Aranjuez, 2000, p. 293.

<sup>211</sup> Elías Entralgo: *La genuina labor periodística de Enrique José Varona*, Selecta, La Habana, 1949, p. 11.

<sup>212</sup> L. Pérez: “The Cuban Community...”, Table 2.

- <sup>213</sup> *Ibidem*, p. 10. Asimismo, este autor considera que esa población estaba compuesta mayoritariamente por hombres jóvenes solteros, algo típico de las migraciones internacionales. *Ibidem*, p. 7.
- <sup>214</sup> A. Flores: *Op. cit.*, pp. 8, 9, 16 y 30.
- <sup>215</sup> James F. Shearer: “Periódicos españoles en los Estados Unidos”, *Revista Hispánica Moderna*, vol. 20, no. 1-2, New York, enero-abril, 1954, p. 51.
- <sup>216</sup> José María Céspedes y Orellano: “La naturalización en los Estados Unidos”, *El Pueblo*, New York, 25 de enero de 1872, p. 1.
- <sup>217</sup> Raimundo Cabrera: “Nuestros propósitos”, *Cuba y América*, vol. 1, no. 1, New York, 1.º de abril de 1897, p. 2.
- <sup>218</sup> Paul Estrade: *La colonia cubana de París. 1895-1898*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1984.
- <sup>219</sup> Louis A. Pérez Jr. ha analizado lo que significó el paradigma social norteamericano para la mujer cubana de la época (*On Becoming Cuban...*, pp. 47-51) y Paul Estrade ha abordado su incorporación a la lucha política en el exilio: “Los clubes femeninos en el Partido Revolucionario Cubano (1892-1898)”, *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, no. 10, La Habana, 1987, pp. 175-201. Ya desde 1894 Enrique José Varona dejó sentada su admiración por este aspecto de la sociedad norteamericana: “[...] en los Estados Unidos la evolución [de la familia] está más adelantada; porque la ha impulsado más rápidamente el espíritu de independencia y estimación personal que ha sido el gran factor de su historia. Por eso el americano ha concebido antes que los otros pueblos que el complemento del *selfmade man* es la *selfmade woman*. Ha dado a sus hijas las mismas facilidades para desarrollarse física y mentalmente, para adaptarse a las condiciones sociales y para bastarse a sí mismas, que a sus hijos. Y ha pensado cuerdamente que, abriendo así a la mujer el campo de la actividad, franqueando la vía de las diversas carreras, la salvaba de la dura necesidad de hacer del matrimonio una carrera. Así ha procurado cegar una de las fuentes profundas de la desmoralización de muchas brillantes sociedades europeas

[...]”. Enrique José Varona: “La familia en los Estados Unidos”, *El Figaro*, año X, no. 37, La Habana, 21 de octubre de 1894, p. 490.

<sup>220</sup> J. Martí: *OC*, t. 3, p. 304.

<sup>221</sup> *Ibidem*, t. 5, p. 380.

<sup>222</sup> *Ibidem*, p. 347.

<sup>223</sup> *Ibidem*, t. 22, p. 191.

<sup>224</sup> *Ibidem*, t. 1, pp. 237-238.

<sup>225</sup> No queda exenta la inmigración española, con la cual también se vinculaban los cubanos. Incluso en la prensa separatista se anunciaban los comercios españoles de New York. Martí sintetizó la actitud hacia ellos del movimiento independentista: “Los españoles buenos, son cubanos”. J. Martí: *OC*, t. 4, p. 391. Los conflictos en New York eran solo con las figuras recalci-trantes, como el destacado periodista y lexicógrafo catalán Arturo Cuyás, quien fue presidente de la Junta Patriótica Española de la ciudad.

<sup>226</sup> J. Martí: *OC*, t. 22, p. 161.

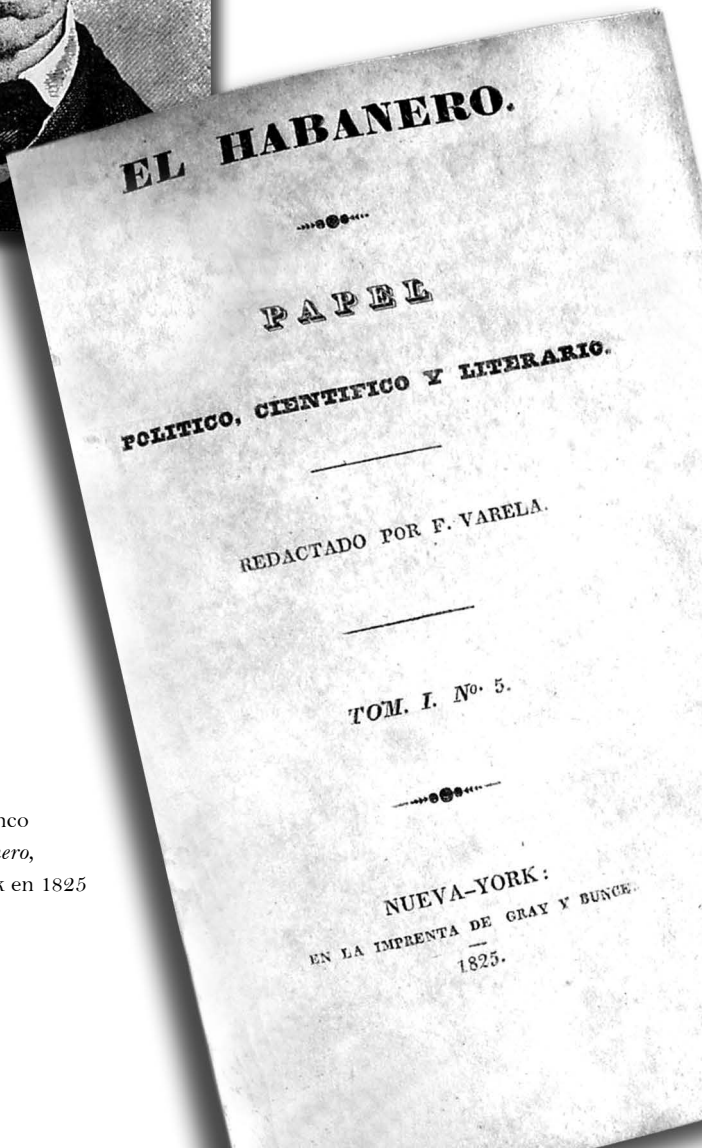
<sup>227</sup> *Ibidem*, t. 4, p. 155.



# *Fotos*



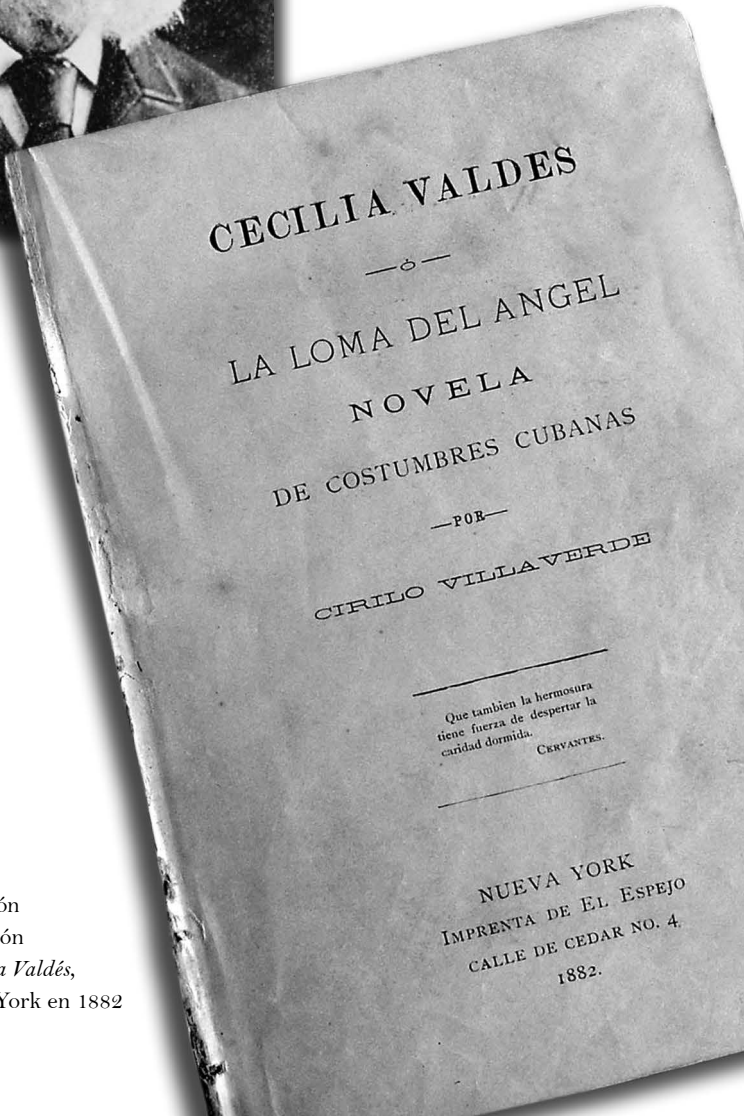
Muy Reverendo Félix Varela  
y Morales (1787-1853)



Portada del número cinco  
del periódico *El Habanero*,  
publicado en New York en 1825



Cirilo Villaverde  
(1812-1894)



CECILIA VALDES

—o—

LA LOMA DEL ANGEL  
NOVELA

DE COSTUMBRES CUBANAS

—POR—

CIRILO VILLAVERDE

---

Que tambien la hermosura  
tiene fuerza de despertar la  
caridad dormida.

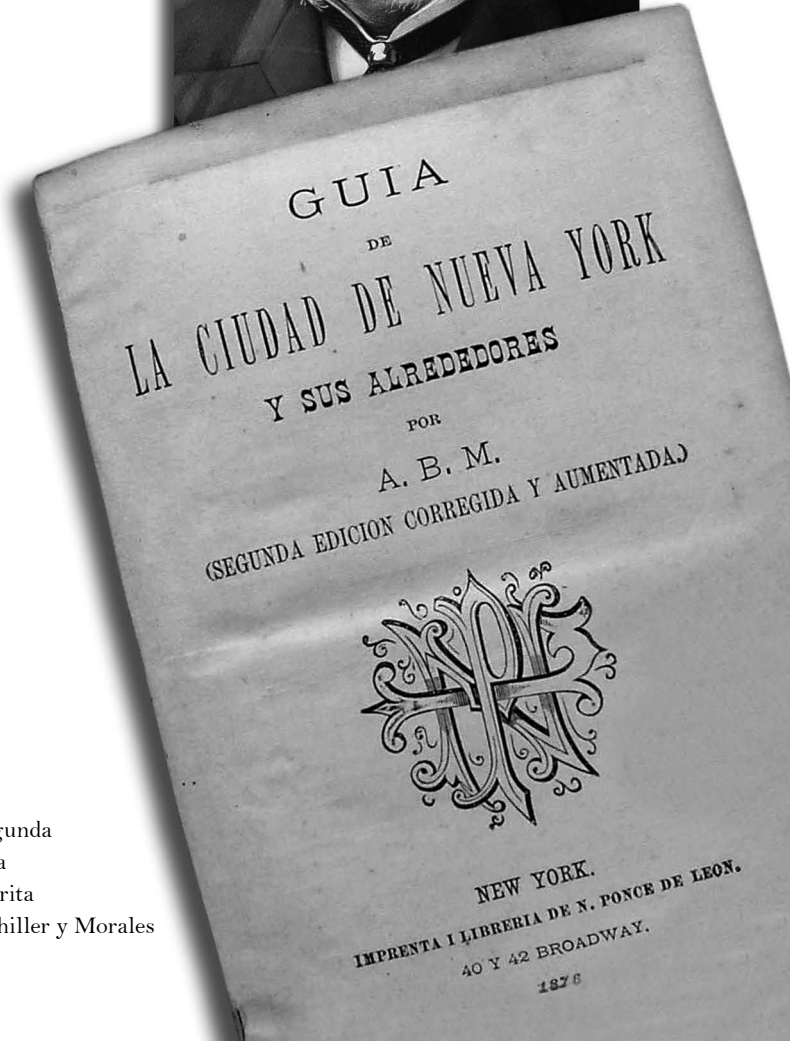
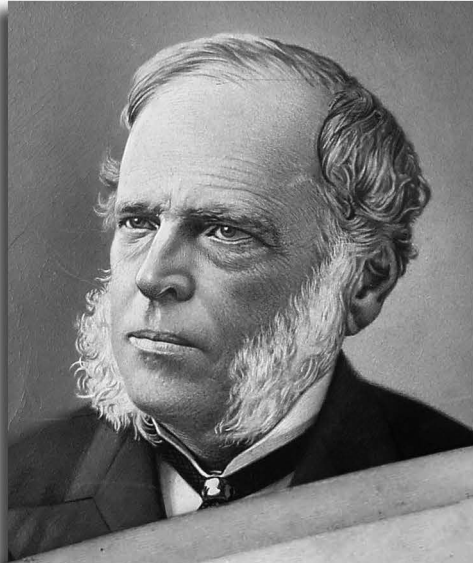
CERVANTES.

---

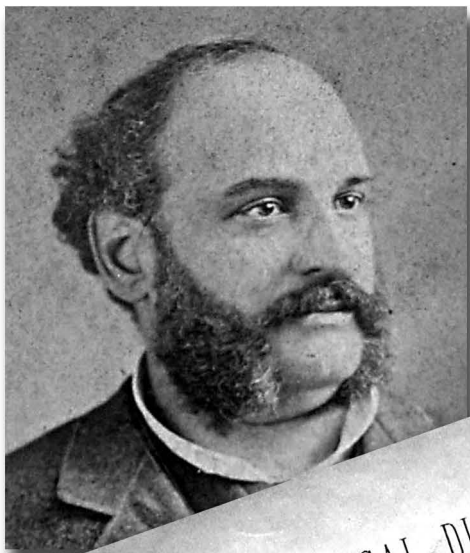
NUEVA YORK  
IMPRENTA DE EL ESPEJO  
CALLE DE CEDAR NO. 4.  
1882.

Portada de la edición  
príncipe de la versión  
definitiva de *Cecilia Valdés*,  
publicada en New York en 1882

Antonio Bachiller y Morales  
(1812-1889)



Portada de la segunda edición de la guía de New York escrita por Antonio Bachiller y Morales



Néstor Ponce de León  
(1837-1899)

# TECHNOLOGICAL DICTIONARY

ENGLISH-SPANISH AND SPANISH-ENGLISH

OF WORDS AND TERMS EMPLOYED IN THE APPLIED SCIENCES, INDUSTRIAL  
ARTS, FINE ARTS, MECHANICS, MACHINERY, MINES, METALLURGY,  
AGRICULTURE, COMMERCE, NAVIGATION, MANUFACTURES,  
ARCHITECTURE, CIVIL AND MILITARY ENGINEER-  
ING, MARINE, MILITARY ART, RAIL-  
ROADS, TELEGRAPHS, ETC., ETC.

BY

NÉSTOR PONCE DE LEÓN.

II.—SPANISH-ENGLISH.



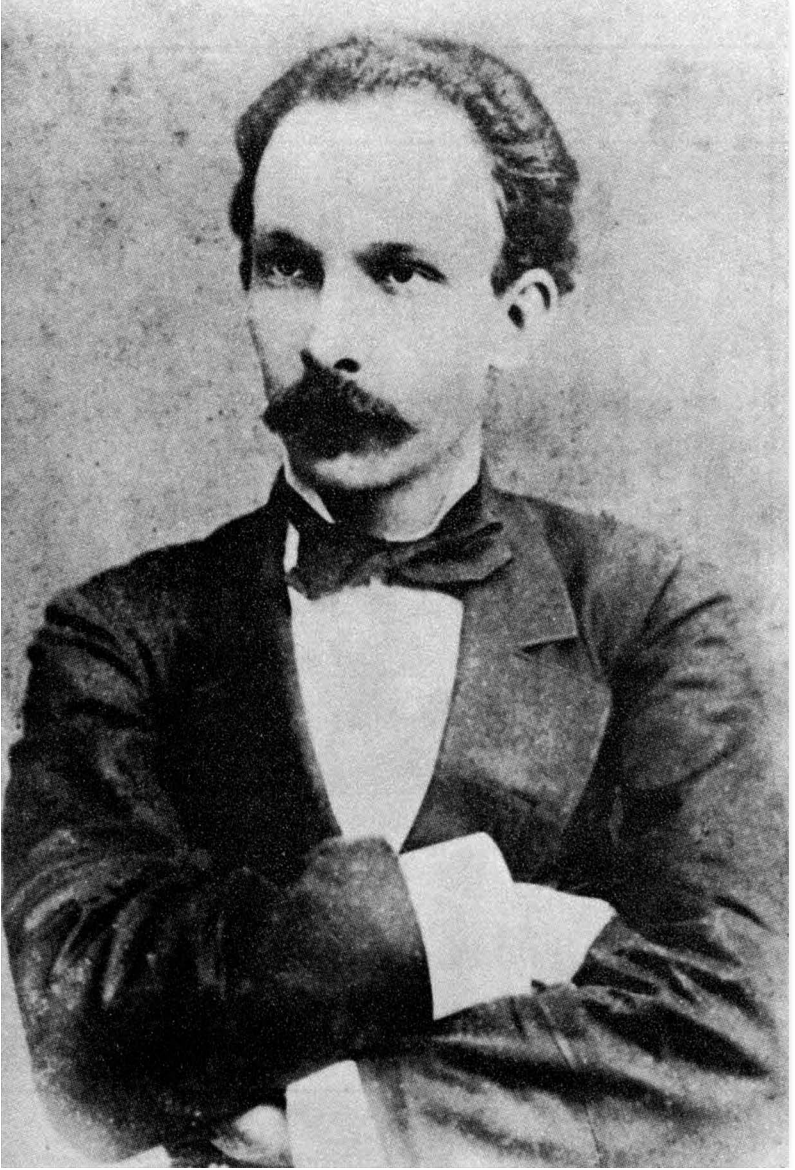
N. PONCE DE LEÓN, Editor.

NEW YORK:  
40 & 42 BROADWAY.  
1893

Portada del segundo  
volumen del *Diccionario  
Tecnológico inglés-español  
y español-inglés*,  
de Néstor Ponce  
de León, publicado  
en New York  
entre 1883 y 1893

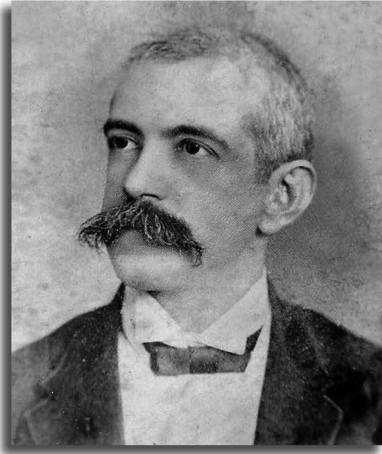




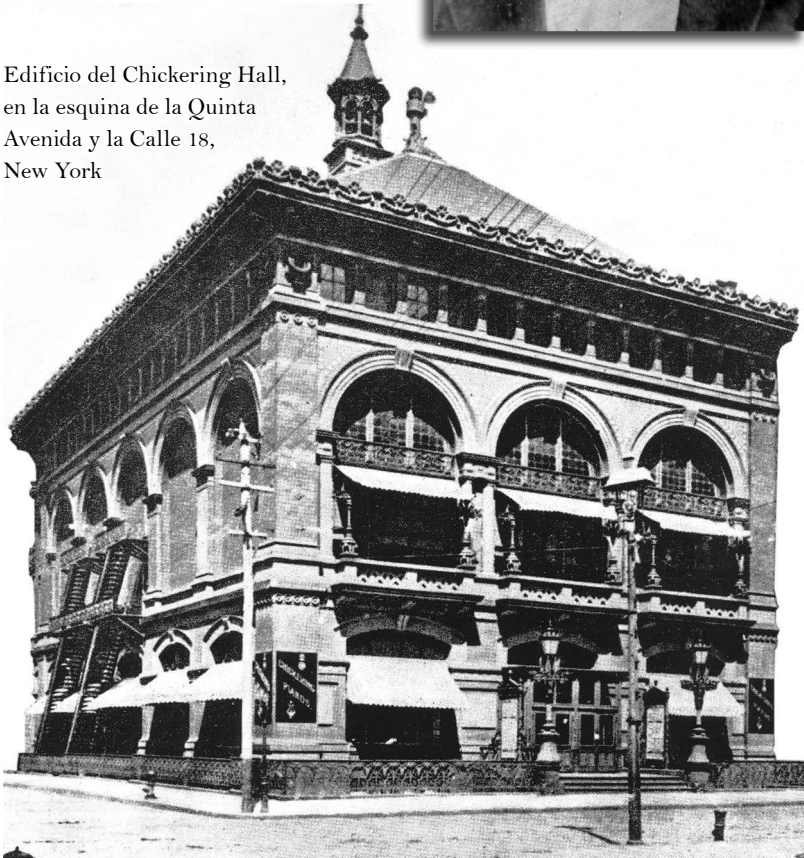


José Martí (1853-1895). Retrato tomado en Brooklyn en 1885

Enrique José Varona  
(1849-1933)



Edificio del Chickering Hall,  
en la esquina de la Quinta  
Avenida y la Calle 18,  
New York



# Bibliografía no citada en el texto



- ÁLVAREZ ESTÉVEZ, ROLANDO: *La emigración cubana en los Estados Unidos. 1868-1878*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1986.
- APPLETON'S *DICTIONARY OF NEW YORK AND ITS VICINITY*, 6.<sup>a</sup> ED, NEW YORK, 1884.
- ARGÜELLES, LUIS ÁNGEL: "Prensa cubana de la emigración en la Guerra de los Diez Años", *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, vol. 90, no. 2-3, abril-septiembre, La Habana, 1999, pp. 27-36.
- BIBLIOTECA NACIONAL JOSÉ MARTÍ: *Catálogo de publicaciones periódicas cubanas de los siglos XVIII y XIX*, compilado por Teresita Batista Villarreal, Josefina García Carranza y Miguelina Ponte, 2.<sup>a</sup> ed., Biblioteca Nacional José Martí, Departamento Colección Cubana, La Habana, 1984.
- BUENO, SALVADOR: "Cuba y América (1897-1917)", *Universidad de La Habana*, no. 177, enero-febrero, La Habana, 1966, pp. 153-169.
- CABRERA, RAIMUNDO: *Cuba y sus jueces*, 10.<sup>a</sup> ed., Levytype, Filadelfia, 1891.
- CAIRO, ANA: "Emilia Casanova y la dignidad de la mujer cubana", *Contracorriente*, año 3, no. 9, julio-septiembre, La Habana, 1997, pp. 12-21.

- CASTRO DE MORALES, LILIA (COMP.): *Impresos relativos a Cuba editados en los Estados Unidos de Norteamérica*, Publicaciones de la Biblioteca Nacional, La Habana, 1956.
- CASTRO DE MORALES, LILIA: “La prensa cubana en Estados Unidos durante el siglo XIX”, *Revista de la Biblioteca Nacional*, 2.<sup>a</sup> serie, vol. I, no. 2, febrero, La Habana, 1950, pp. 37-50.
- COESTER, ALFRED: “La literatura cubana juzgada en los Estados Unidos”, *Cuba Contemporánea*, año 21, no. 81, septiembre, pp. 48-84; y no. 82, octubre, pp. 163-188, La Habana, 1919.
- DESCHAMPS CHAPEAUX, PEDRO: *Rafael Serra y Montalvo; obrero incansable de nuestra independencia*, UNEAC, La Habana, 1975.
- Destinatario José Martí*, Compilación, ordenación cronológica y notas por Luis García Pascual, Casa Editora Abril, La Habana, 1999.
- ENTRALGO, ELÍAS: *Lecturas y estudios*, Comisión Nacional Cubana de la UNESCO, La Habana, 1962.
- EXPÓSITO CASASÚS, JUAN JOSÉ: *La emigración cubana y la independencia de la patria*, La Habana, 1953.
- FIGUEROA, SOTERO: “Calle la pasión y hable la sinceridad”, *Anuario Martiano*, vol. 6, La Habana, 1976, pp. 192-224.
- GONZÁLEZ DEL VALLE Y RAMÍREZ, FRANCISCO: *Cronología herediana (1803-1839)*, Publicaciones de la Secretaría de Educación, Dirección de Cultura, La Habana, 1938.
- GUITERAS, PEDRO JOSÉ: *Cuba y su gobierno*, Impr. de C. Wood, Londres, 1853.
- HIDALGO DE PAZ, IBRAHIM: *José Martí. Cronología. 1853-1895*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1992.
- Imprenta de El Porvenir*: “La anexión de Cuba a los Estados Unidos. Polémica entre los señores Juan Bellido de Luna y Enrique Trujillo”, Impr. de El Porvenir, New York, 1892.

- INSTITUTO DE LITERATURA Y LINGÜÍSTICA, ACADEMIA DE CIENCIAS DE CUBA: *Diccionario de la literatura cubana*, Ed. Letras Cubanas, La Habana, 1980-[1984].
- JACKSON, KENNETH T. (ED.): *The Encyclopedia of New York City*, Yale University Press, The New York Historical Society, New York, [1995].
- KOUWENHOVER, JOHN ATLEE: *The Columbia Historical Portrait of New York*, New York, 1953.
- PORTELL VILÁ, HERMINIO: *Narciso López y su época*, Cultural, La Habana, 1930-1958.
- QUESADA Y MIRANDA, GONZALO DE: "Patria de New York", *Universidad de La Habana*, no. 177, enero-febrero, La Habana, 1966, pp. 115-135.
- RIPOLL, CARLOS: *Cubanos en los Estados Unidos*, Eliseo Torres & Sons-Las Américas Publishing Co., New York, [1987].
- RODRÍGUEZ, JOSÉ IGNACIO: *Vida de don José de la Luz y Caballero*, 2.<sup>a</sup> ed., Impr. y Lib. de Néstor Ponce de León, New York, 1879.
- SACO, JOSÉ ANTONIO: *Contra la anexión*, Prólogo y prólogo de Fernando Ortiz, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974.
- SCHULMAN, IVAN A. y ERICA MILES: "A Guide to the Location of Nineteenth-Century Cuban Magazines", *Latin American Research Review*, vol. 12, no. 2, (Chapel Hill, NC), Summer 1977, pp. 69-102.
- SCHULMAN, IVAN A. y VERNON A. CHAMBERLIN: "La Revista Ilustrada de Nueva York", *History, Anthology and Index of Literary Selections*, University of Missouri Press, Columbia, 1976.
- Sociedad de Artesanos Cubanos [Reglamento]*, Impr. de El Demócrata, Nueva York, [c. 1870].

TORRES-CUEVAS, EDUARDO: *Félix Varela; los orígenes de la ciencia y con-ciencia cubanas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1995.

TRELLES, CARLOS M.: “Bibliografía de la prensa cubana (de 1764 a 1900) y de los periódicos publicados por cubanos en el extranjero”, *Revista Bibliográfica Cubana*, vol. 2 y 3, La Habana, 1938 y 1939, pp. 7-40, 81-114, 145-168, 209-268, 5-34, 67-100, 155-172, 191-196.

TRUJILLO, ENRIQUE: *Álbum de El Porvenir*, Impr. de El Porvenir, New York, 1890-1895.

\_\_\_\_\_ : *Apuntes históricos*, Tip. de El Porvenir, New York, 1896.

VARELA Y MORALES, FÉLIX: *Cartas a Elpidio*, Editorial de la Universidad de La Habana, La Habana, 1944-1945, 2 t.

\_\_\_\_\_ : *El Habanero*, Editorial de la Universidad de La Habana, La Habana, 1945.



# *Anexos*



## ANEXO 1



### *Relación parcial de lugares públicos de New York y Brooklyn utilizados por los cubanos para sus actos políticos y culturales (1850-1898)*

#### 1850-1868

Assembly Rooms (600 Broadway)  
Hotel Barnum  
Salón de Apolo (410 Broadway)  
Salón de la Estrella (64 Lispenard St.)  
Tabernacle

#### 1868-1880

Cooper Union (E. 7<sup>th</sup> St. to Astor Place)  
Everett Hall (389 Fulton St., Brooklyn)  
Irving Hall (Irving Place and 15<sup>th</sup> St. SW corner)  
Masonic Hall (114-116 W 13<sup>th</sup> St., bet. 3<sup>rd</sup> and 4<sup>th</sup> Aves.)  
Steck Hall (11 E 14<sup>th</sup> St.)

#### 1880-1895

Clarendon Hall (114-116 W 13<sup>th</sup> St., bet. 3<sup>rd</sup> and 4<sup>th</sup> Aves.)  
Fifth Avenue Hall (27 W 42<sup>nd</sup> St.)  
Harmand Hall (19<sup>th</sup> St. and 5<sup>th</sup> Ave.)  
Lenox Lyceum  
Lyceum Opera House  
Manhattan Athletic Club

Masonic Temple (23<sup>rd</sup> St. and 6<sup>th</sup> Ave. NW corner)  
Military Hall (191-193 Bowery)  
Parque de Sultzer (126<sup>th</sup> St. and 2<sup>nd</sup> Ave.)  
Pythagoras Hall (Canal St., near Bowery)  
Restaurant Martin  
Salón de Behr (5<sup>th</sup> Ave.)  
Salón Jaeger's (59<sup>th</sup> St.)  
Salón Wewan (Brooklyn)  
Scottish Rite Hall (29<sup>th</sup> St. and Madison Ave.) o (104 John St.)  
Tammany Hall (E 14<sup>th</sup> St. Al lado de la Academia de Música)  
Templo Masónico Alemán (19<sup>th</sup> St. and 5<sup>th</sup> Ave.)  
Young Men's Christian Association (4<sup>th</sup> Ave. and 23<sup>rd</sup> St.)

#### 1895-1898

Berkeley Lyceum (19-21 W 44<sup>th</sup> St.)  
Brooklyn Atheneum (Atlantic Ave. and Clinton St., Brooklyn)  
Carnegie Chamber Music Hall (57<sup>th</sup> St. and 7<sup>th</sup> Ave.)  
Carnegie Lyceum (57<sup>th</sup> St. and 7<sup>th</sup> Ave. SE corner)  
Central Opera House (202-223 E 67<sup>th</sup> St.)  
Chickering Hall (5<sup>th</sup> Ave. and 18<sup>th</sup> St. NW corner)  
Cooper Union (E. 7<sup>th</sup> St. to Astor Place)  
Criterion Hall (Grand Avenue and Fulton St., Brooklyn)  
Decorion Hall (877-881 Gates Ave., near Read Ave., Brooklyn)  
Hotel Flouret (18<sup>th</sup> St. and 5<sup>th</sup> Ave.)  
Lenox Lyceum  
Lexington Opera House (145-155 E 58<sup>th</sup> St.)  
Lincoln Hall  
Madison Square Garden (26<sup>th</sup> St. and Madison Ave.)  
Masonic Temple (23<sup>rd</sup> St. and 6<sup>th</sup> Ave. NW corner)  
Mott Memorial Hall (27<sup>th</sup> St. and Madison Ave.)  
Murray Hill Lyceum  
Restaurant Martin  
Salón Staats (5<sup>th</sup> Ave. bet. 41<sup>st</sup> and 42<sup>nd</sup> St.)

Steinway Hall (71-73 E 14<sup>th</sup> St., bet. 4<sup>th</sup> Ave. and Irving Place)  
Templo Masónico Alemán (220 E 15<sup>th</sup> St.)  
The Anchor Lodge Room (26<sup>th</sup> St. and Lexington Ave.)  
Tuxedo Hall (Madison Ave. and 59<sup>th</sup> St.)  
Wendell's Assembly Rooms (44<sup>th</sup> St. bet. 8<sup>th</sup> and 9<sup>th</sup> Ave.)  
Young Men's Christian Association (502 Fulton St., Brooklyn)

## ANEXO 2



### *Publicaciones periódicas de New York fundadas o dirigidas por cubanos durante el siglo XIX*

#### 1823-1840

*El Habanero* (Philadelphia, 1824-1825) (New York, 1825-1826)

Red. Félix Varela

*El Mensajero Semanal* (New York, 1828, 1829-1831) (Philadelphia, 1828-1829) Dir. José Antonio Saco y Félix Varela

#### 1840-1868

*El Cometa* (1855) Dir. Miguel Teurbe Tolón

*El Cubano* (1852-1854) Red. Miguel Teurbe Tolón (\*)

*El Eco de Cuba* (1855-1856) Dir. Domingo Goicuría

*El Espejo Masónico* (1865-1868) (1872-1873) Dir. Andrés Cassard

*El Filibustero* (1853-1854) Dir. Juan Bellido de Luna

*El Gualo* (1853) Red. Pedro Santacilia y Ambrosio Valiente

*El Horizonte* (1850) Ed. Miguel Teurbe Tolón

*El Mulato* (1854) Dir. Carlos de Colins y R. Gainfort

*El Papagayo* (1855) Dir. Miguel Teurbe Tolón

*El Porvenir. Sección Agrícola e Industrial* (1863-1864)

*El Porvenir. Sección Política, Económica y Literaria* (1863) Dir. Porfirio Valiente

*El Pueblo* (1855) Dir. Francisco de Agüero y Estrada

*Heraldo Cubano* [¿1855?] (\*)

*La América* (1862-1863) Dir. Cirilo Villaverde (\*)

*La Verdad* (1848-1854) Red. Cirilo Villaverde, Gaspar Betancourt Cisneros, Miguel Teurbe Tolón

*La Voz de la América* (1865-1867) Dir. Juan Manuel Macías (a partir de julio de 1866)

*Publicaciones de la Sociedad Democrática de los Amigos de América* (1864-1865) Ed. Juan Manuel Macías

*Revista Americana* (1853-1854) Dir. Domingo de la Tejera

## 1868-1880

*Diario Cubano* (1870) Dir. Rafael María Merchán

*Diario de Nueva York* (1870) (\*)

*El Amigo de los Niños* (1875) Dir. Antonio Sellén

*El Ateneo* (1874-1875) Dir. Juan Ignacio de Armas

*El Ciudadano* (1880) Delegación Cubana del Comité Nacional Democrático de New York

*El Correo de Nueva York* (1873-1875) Dir. José de Armas y Céspedes (a partir de diciembre de 1874)

*El Demócrata / New York Democrat* (1870-1871) Dir. Rafael Lanza y Gabriel José Castillo

*El Educador Popular* (1873-1878) Dir. y Ed. Néstor Ponce de León

*El Espejo* (1874-1878) (1880-1883) Dir. Cirilo Villaverde (\*)

*El Ferreiro de Coutiño* (1869) Dir. Francisco Porto

*El Mundo Nuevo* (1871-1874) Dir. Enrique Piñeyro y José M. Mestre

*El Mundo Nuevo-La América Ilustrada* (1874-1876) Dir. Enrique Piñeyro

*El Pueblo* (1871-1872) Dir. José M. Céspedes

*El Pueblo* (1875-1876) Dir. Ramón Ignacio Arnao

*El Recreo Social* (1878) Ed. Pedro Yraola

*El Tribuno Cubano* (1876) Dir. Cirilo Villaverde

*La América* (1871) Dir. Juan Ignacio de Armas

*La América Ilustrada* (1872-1874) Dir. Juan Ignacio de Armas

*La Estrella de Cuba* (1870) Dir. Juan M. Macías

*La Independencia* (1873-1880) Dir. Juan Bellido de Luna

*La República* (1871) Dir.-propietario José María Céspedes y Orellano  
*La Revista de Cuba* (1871) (\*)  
*La Revolución* (1868-1876) Dir. Néstor Ponce de León, Enrique Piñeyro, Rafael María de Merchán, Ramón Ignacio Arnao, Antonio Zambrana y Rafael Lanza  
*La Verdad* (1876-1878) Dir. Diego Vicente Tejera  
*La Voz de la Patria* (1876-1877) Dir. Joaquín J. Govantes  
*La Voz del Pueblo* (1870) Dir. ¿José de Armas y Céspedes?  
*La Voz del Pueblo* (1878) Dir. Pablo Batlle  
*Museo de las Familias* (1872-1873) Ed. Néstor Ponce de León  
*The Cuban* (1869) Dir. ¿?

#### 1881-1894

*Anunciador* (1887-1890) Dir. Juan Bellido de Luna (\*)  
*El Americano* (1892) Red. Enrique Nattes  
*El Avisador Cubano* (1885-1886) (1888-1889) Dir. Enrique Trujillo  
*El Avisador Hispano-Americano* (1889-1890) Dir. Enrique Trujillo  
*El Cubano* (1890) Dir. Francisco M. Pierra  
*El Economista Americano* (1886-1888) Red. José Martí (\*)  
*El Independiente* (1890) Semanario político, mercantil y de interés general  
*El Mensajero Americano* (1891) Dir. Enrique Nattes Arredondo (\*)  
*El Mentor Ilustrado de los Niños* (1883) Dir. Juan Bellido de Luna (\*)  
*El Porvenir* (1890-1898) Dir. Enrique Trujillo  
*El Radical* (Brooklyn, 1893) Dir. y red. Pablo L. Rousseau  
*El Separatista* (1883) Ed. Ramón Rubiera  
*La América* (1882-1893) Dir. José Martí (desde 1883 hasta 1884)  
*La Edad de Oro* (1889) Dir. José Martí  
*La Juventud* (1889) Dir. Gonzalo de Quesada y Aróstegui (\*)  
*La Opinión* (1886) Dir. José A. Rodríguez  
*La República* (1885) Dir. Ramón Rubiera  
*La Verdad* (1894-1895) Dir. y red. Rafael Serra

*Patria* (1892-1898) Dir. José Martí, Enrique José Varona, Eduardo Yero Buduén

*Revista de Información* (1894) Editores-propietarios Zayas y Quintero

### 1895-1898

*Cacarajícara* (1897) Ed. Enrique Hernández Miyares

*Cuba* (1897-1898) Dir. Manuel Rafael Angulo

*Cuba Libre* (1895) Editores Piper y Raposo

*Cuba y América* (1897-1898) Dir. Raimundo Cabrera

*Cuban American* (1897) (\*)

*El Independiente* (1898) Dir. Fidel G. Pierra

*El Quimbo Habanero* (1896) Ed. Juan Bellido de Luna

*Guáimaro* (Brooklyn, 1895) Dir. y red. José C. Andreu

*La Doctrina de Martí* (1896-1898) Dir. Rafael Serra

*Las Avispas* (1896) Red. Justo de Lara (\*)

*Las Hijas de Cuba* (1895) (\*)

(\*) De estas publicaciones no existen ejemplares en las hemerotecas habaneras.

### ANEXO 3



*Relación parcial de obras de autores cubanos del siglo XIX  
sobre New York y los Estados Unidos (no incluye a José Martí)*

ANGULO Y HEREDIA, ANTONIO: “El triunfo de los Estados Unidos y la muerte de Abraham Lincoln”, *Revista Hispano-Americana*, año II, no. 11, Madrid, 12 de mayo, 1865, pp. 4-6.

\_\_\_\_\_ : “Estudios sobre los Estados Unidos de América”, *Revista Hispano-Americana*, t. II, (Madrid), 1865, pp. 5-13, 57-60, 92-95, 131-136, 177-182.

\_\_\_\_\_ : “Escritores norte-americanos. William Ellery Channing, su vida y sus obras”, *Revista Hispano-Americana*, tomo primero, (Madrid), 1864. (I) pp. 38-48 (II) pp. 151-159 (III) pp. 221-232.

BACHILLER Y MORALES, ANTONIO: “De la filosofía en los Estados Unidos”, *La América Ilustrada*, vol. I, no. 6, (New York), 30 de marzo de 1872, pp. 86-87.

\_\_\_\_\_ : “Escuelas de la ciudad de Nueva York”, *El Palenque Literario*, t. 4, (La Habana), 1883, p. 184.

\_\_\_\_\_ : “Estudios sobre los hombres y las cosas de los Estados Unidos”, *La América Ilustrada*, vol. I, (New York), 1872, pp. 251, 262, 326.

\_\_\_\_\_ : “Estudios sobre los hombres y las cosas en los Estados Unidos”, *Memorias de la Sociedad Económica de Amigos del*

*País*, t. 59, (La Habana), (1880), pp. 15-24, 67-74, 102-106, 248-252, 274-282; t. 60 (1881), pp. 123-130, 156-161, 224-226, 252-257, 284-287, 309-314, 372-376, 408-412; t. 61 (1882), pp. 39-42, 52-56, 96-98, 185-189.

—————: “Santa Claus en Nueva York”, *La América Ilustrada*, vol. II, (New York), 1873, p. 5.

—————: “Sistema de enseñanza en los Estados Unidos”, *La América Ilustrada*, vol. I, (New York), 1872, pp. 282-283.

—————: “De la educación pública de los Estados Unidos”, *El Educador Popular*, vol. I, (New York), 1873-1874 (artículos 1 al 24). vol. II, 1874-1875 (artículos 25 al 42).

—————: “Estudios sobre los Estados Unidos. Recuerdos de la Pasión de Jesús Cristo en Nueva York. Pascua de los judíos”, *La América Ilustrada*, vol. IV, (New York), 1874, pp. 75-76.

—————: *Guía de la ciudad de Nueva York*, N. Ponce de León, New York, 1872.

—————: *Guía de la ciudad de Nueva York y sus alrededores*, 2.<sup>a</sup> ed., corr. y aum., Impr. y Lib. de N. Ponce de León, New York, 1876.

CARRILLO Y O’FARRILL, ISAAC: “A la Guerra Civil de los Estados Unidos de la América del Norte”, (Elegía), *La Revista del Pueblo*, (La Habana), 15 abril 1865, pp. 47-48.

—————: “Liberty Enlightening the World. Entrada en Nueva-York”, (Soneto), *La Revista Ilustrada de Nueva York*, vol. XI, no. 3, (Nueva York), marzo de 1892, p. 178. (Ver Anexo 4)

DELMONTE, DOMINGO: “Bosquejo intelectual de los Estados Unidos en 1840”, en sus: *Escritos*, t. II, Cultural, La Habana, 1929, pp. 245-253.

DESERVINE Y GALDÓS, PABLO: “La cuestión monetaria en los Estados Unidos”, *Revista de Cuba*, t. XIX, (La Habana), 1894,

pp. 121-169. Conferencia pronunciada en la Sociedad Económica de Amigos del País, el 15 de enero de 1894.

FORNARIS, JOSÉ: “De París a La Habana”. *Revista de Cuba*, t. 15, (La Habana), 1884, pp. 354-383. Ver la sección VIII: “New York”, pp. 378-380.

FRÍAS Y JACOTT, FRANCISCO DE (CONDE DE POZOS DULCES): “Colonización e inmigración”, *Revista de Cuba*, t. VI, (La Habana), febrero de 1880, pp. 126-132. Reproducción de un artículo publicado en *La Patria* (Lima) en diciembre de 1873.

FRÍAS Y JACOTT, JOSÉ: “Broadway de New York a la una del día. Cartas de un habanero”, *El Álbum*, t. X, (La Habana), 1839, pp. 115-122.

GÓMEZ DE AVELLANEDA, GERTRUDIS: “A vista del Niágara” (poema), *Ibidem*, pp. 366-370.

—————: “A Washington” (soneto), en sus: *Obras*, Edición Nacional del Centenario, t. I, Impr. de Aurelio Miranda, La Habana, 1914, p. 75.

GUITERAS, EUSEBIO: *Un invierno en Nueva York; apuntes de viaje y esbozos de pluma*, Tip. de F. Giró, Barcelona, [s.f.].

HEREDIA, JOSÉ MARÍA: “A Washington. Escrita en Monte-Vernon” (1824), en sus *Poesías*, Roe Lockwood & Sons, Nueva York, [1853], pp. 77-80.

—————: “Carta de Heredia”, *Revista de Cuba*, (La Habana), t. IV, 1878, pp. 10-16, 449-455, 614-626; t. V, 1879, pp. 78-85, 101-108. (Reproducción de las publicadas en *La Moda* en 1829)

—————: “Fragmentos descriptivos. Extractados de algunas cartas de d. José María Heredia”, Pról. de Domingo del Monte y Aponte, *La Moda o Recreo Semanal del Bello Sexo*, t. 1, (La Habana), 1829, pp. 20-22, 52-57, 68-71, 117-123, 185-188, 185-199, 211-215, 245-254, 264-266, 291-295, 310-312.

\_\_\_\_\_: “Niágara”, en sus: *Poesías*, Lib. de Behr y Kahl, Nueva York, 1825, pp. 104-108.

\_\_\_\_\_: “Ojeada sobre los Estados Unidos del Norte en el siglo XIX”, Lección 86 de sus: *Lecciones de Historia Universal*, t. 4, Impr. del Estado, Toluca, 1831-1832, pp. 167-172. Es probable que también sean suyos los capítulos 72 (“Revolución de las colonias inglesas en América, hasta la declaración de independencia”, pp. 47-52) y 73 (“Fin de la Guerra de Independencia. Constitución de los Estados Unidos”, pp. 53-57).

JORRÍN Y BRAMOSIO, JOSÉ SILVERIO: “Dos bibliotecas norteamericanas”, *El Figaro*, (La Habana), 22 de abril, 1894, p. 166.

\_\_\_\_\_: *Cristóbal Colón y los Estados Unidos de América*. Estab. Tip. de Soler, Álvarez y Co., La Habana, 1884. Antes había sido publicado como artículo en la *Revista de Cuba* de febrero de 1884, t. 15, pp. 145-152.

MANTILLA, LUIS FELIPE: “Las congregaciones religiosas en los Estados Unidos”, *La América Ilustrada*, vol. I, (New York), 1872, pp. 186-187.

MENDIVE, RAFAEL MARÍA DE: “Un socialista hambriento” (Soneto), *Museo de las Familias*, vol. 1, no. 5, (New York), 15 de diciembre, 1872, p. 74. (Ver Anexo 4)

MESTRE, JOSÉ MANUEL: “Educación de las niñas americanas”, *El Mundo Nuevo-América Ilustrada*, vol. V, (New York), 1874, p. 53.

MEZA, RAMÓN: “Coney Island”, *La Habana Elegante*, año VI, no. 29, (La Habana), 15 de julio, 1888, pp. 4-5.

\_\_\_\_\_: “Hacia el Niágara”, *La Habana Elegante*, año VI, no. 33, (La Habana), 12 de agosto, 1888, pp. 4-5.

\_\_\_\_\_: “New-York (Entre brumas)”, *La Habana Elegante*, año VI, no. 21, (La Habana), 20 de mayo, 1888, p. 7.

- \_\_\_\_\_ : “Por el Hudson”, *La Habana Elegante*, año VI, no. 32, (La Habana), 5 de agosto, 1888, pp. 5-6.
- \_\_\_\_\_ : “Vía de Tampa”, *La Habana Elegante*, año VI, no. 22, (La Habana), 27 de mayo, 1888, pp. 4-5; no. 23, 3 de junio, 1888, pp. 6-7; no. 25, 17 de junio, 1888, p. 6; no. 28, 8 de julio 1888, pp. 6-7.
- MILANÉS, JOSÉ JACINTO: “Niágara” (poema, 1848), en sus: *Obras*. 2.<sup>a</sup> ed. corr. y aum., Juan F. Trow, Nueva York, 1865, p. 48.
- \_\_\_\_\_ : “Versos escritos en el álbum de una joven norte-americana” (poema, 1848), *Ibidem*, p. 48.
- NAVARRETE Y ROMAY, CARLOS: “Lejos de Cuba; en el cementerio de Greenwood” (Poema), *Revista Habanera*, t. I, (La Habana), 1861, p. 53.
- PIÑEYRO Y BARRI, ENRIQUE: “Los Estados Unidos” (Conferencia), *El Mundo Nuevo-La América Ilustrada*, vol. VII, (New York), 1876, pp. 146-147, 162-163, 183-186.
- \_\_\_\_\_ : “El Senado de los Estados Unidos y el asalto contra Sumner”, *Revista Cubana*, t. 11, (La Habana), 1890, pp. 266-276.
- \_\_\_\_\_ : “Estudios sobre los Estados Unidos”, *Revista Cubana*, (La Habana), t. 11, 1890, pp. 289-302, 385-398; t. 12, 1890, pp. 289-299, 385-396, 481-493; t. 13, 1891, pp. 24-34, 97-105.
- [¿PIÑEYRO Y BARRI, ENRIQUE?]: “El primer siglo de la literatura norte-americana”, *El Mundo Nuevo-La América Ilustrada*, vol. II, (New York), 1876, nos. 124, 125 y 126, pp. 50-51, 71, 74, 82-83.
- PONCE DE LEÓN, NÉSTOR: “Escritores anglo-americanos [Emerson]”, *Revista Crítica de Ciencias, Artes y Literatura*, no. 2, (La Habana), abril, 1868, pp. 113-126.
- RODRÍGUEZ OTERO, RICARDO: *Impresiones y recuerdos de mi viaje a los estados de Nueva York, Nueva Jersey y Pensylvania*, Impr. La Luz, Sagua la Grande, 1887.

RODRÍGUEZ, JOSÉ IGNACIO: “El desembarco de los puritanos”, *La Revista del Pueblo*, 2.<sup>a</sup> época, no. 7, (La Habana), 15 de enero, 1866, pp. 51-53.

SACO, JOSÉ ANTONIO: “El domingo en los Estados Unidos (carta a un amigo)”, *El Mensajero Semanal*, vol. I, no. 27, (Filadelfia), 21 de febrero, 1829, pp. 210-213. Posteriormente, Saco lo reprodujo, agregándole algunas notas actualizatorias, en su *Colección de papeles científicos, históricos, políticos y de otros ramos sobre la isla de Cuba, ya publicados, ya inéditos*, t. 1, Impr. de D’Aubusson y Kugelmann, París, 1858-1859, pp. 49-57.

SELLÉN, FRANCISCO: “William Cullen Bryant”, *Revista de Cuba*, t. IV, (La Habana), 1878, pp. 576-591.

TRELLES, CARLOS M.: “Los Estados Unidos como potencia intelectual”, *Revista Cubana*, (La Habana), t. XIX, 1894, pp. 385-395, 473-485, 568-570; t. XX, 1894, pp. 52-71, 150-176, 209-241, 320-352, 408-442.

VARONA, ENRIQUE JOSÉ: “Cuba y los Estados Unidos”, *Revista Cubana*, t. IX, (La Habana), abril, 1889, pp. 380-382. También en sus: *Artículos*, Ministerio de Educación, Dirección de Cultura, La Habana, 1951, pp. 63-65.

\_\_\_\_\_ : “La familia en los Estados Unidos”, *El Fígaro*, año X, no. 37, (La Habana), 21 de octubre, 1894, p. 490.

\_\_\_\_\_ : “Significación de la independencia de los Estados Unidos”, *El Fígaro*, año XV, no. 26, (La Habana), 9 de julio, 1899, p. 234.

\_\_\_\_\_ : “Emerson”, *Revista de Cuba*, t. XVI, (La Habana), julio, 1884, pp. 57-76. Conferencia pronunciada en el Nuevo Liceo de La Habana, el 13 de marzo de 1884.

\_\_\_\_\_ : “La beneficencia en los Estados Unidos”, *El Fígaro*, año X, no. 31, (La Habana), 9 de septiembre de 1894, p. 418.

- \_\_\_\_\_: “Ojeada sobre el movimiento intelectual en América”, *Revista de Cuba*, t. IV, (La Habana), septiembre, 1878, pp. 240-253.
- VILLANOVA, MANUEL: “Sistema monetario de los Estados Unidos”, *Revista de Cuba*, t. IV, (La Habana), 1878, (I) pp. 201-206 (II) pp. 256-263 (III) pp. 393-400 (IV) pp. 486-494.
- ZAMBRANA, RAMÓN: “De Filadelfia a Baltimore”, *La Revista del Pueblo*, (La Habana), 15 de mayo de 1865, p. 87. Incluye sus quintillas “Al Delawere”.
- ZENEA, JUAN CLEMENTE: “En Greenwood (Camposanto de Nueva York)”, (Poema), *El Mundo Nuevo*, t. II, no. 32, (New York), 1.º de noviembre de 1872, p. 126. (Ver Anexo 4)
- \_\_\_\_\_: “Sobre la literatura de los Estados Unidos”, *Revista Habanera*, t. II, (La Habana), 1861, pp. 301-325.
- \_\_\_\_\_: “Sobre la literatura de los Estados Unidos”, *Revista de Cuba*, t. X, (La Habana), 1881, pp. 97-113, 256-285. (Versión ampliada, fechada en marzo de 1864, del artículo anterior.)
- \_\_\_\_\_: “Ensayo sobre la elocuencia anglo-americana”, *El Mundo Nuevo-América Ilustrada*, vol. VII, no. 140, (New York), 15 de octubre de 1876, pp. 311, 314. (Reproducción de la tercera parte de la versión de 1861.)
- \_\_\_\_\_: *Lejos de la patria; memorias de un joven poeta*, Impr. La Charanga, La Habana, 1859.

## ANEXO 4



### *Cinco poemas “neoyorquinos” de autores cubanos del siglo XIX*

#### I

#### *El desterrado*

*A mi amigo Ramón Páez*

*Tan lejos ¡ay! de su tierra  
Como él ¡quien no llorara!*

D. DELMONTE

“—Bello río, bello río,  
El de las ondas de plata  
El de las mil tradiciones,  
El de la corriente clara,  
El de los bosques sombríos,  
El de las praderas anchas,  
El de las verdes colinas,  
El de las montañas altas;”

“¡Bellas son como ningunas  
Las flores que te engalanan,  
Y las naves que te cruzan,  
Y las aves que te cantan,

Y bellos los caseríos  
Que del bosque entre las ramas  
Como nidos de palomas  
En tu orilla se levantan;”

¡”Bellos sí! —Pero yo diera  
Tus encantos y tus galas,  
Tus pueblos y tus bajeles,  
Tus flores y tus montañas,  
Y las nubes de colores  
Que en tu cauce se retratan  
Por ver tan solo un momento  
Del Cauto las claras aguas”.

¡El Cauto! — ¡Cómo se agita  
Llena de emoción el alma  
Al evocar en la ausencia  
Los recuerdos de la patria!  
¡Como de dolor henchida  
La imaginación se exalta  
Al recordar los lugares  
En que pasó nuestra infancia!”

“¡Si ver pudiera los campos  
De mi tierra infortunada  
¡Si bajo el coposo mango  
Sentado allá en la sabana,  
Escuchara en el silencio  
De alguna noche estrellada,  
La tórtola cuando llora,  
El ruiseñor cuando canta!”

“¡Si a lo lejos en el monte  
Viera las índicas palmas  
Que inclinan las verdes pencas  
Al suave soplo del aura,  
Y entonces la voz oyera  
Perdida allá en la distancia,  
Del montero enamorado  
Cantando dulce trovada!”

“¡Si ver pudiera las flores  
Que bordan nuestras montañas  
Los lirios en el arroyo,  
El bambú junto a la playa,  
Los plátanos en el valle,  
El ganado en la sabana,  
Los cafetos en la loma,  
Y en la llanura las cañas!”

“Oh como de gozo lleno  
El corazón palpitara,  
Y cuan alegre las cuerdas  
Pulsara entonces del arpa.  
Pero lejos de mi Cuba,  
Proscrito y en tierra extraña,  
Tan solo llanto en los ojos  
Tengo y dolor en el alma...”

---

Así mirando una tarde  
Del Hudson las claras aguas,  
Un desterrado cubano

Se acordaba de su patria,  
Y era su trovada triste,  
Y cantándola lloraba,  
*Tan lejos ¡ay! de su tierra*  
*Como él ¡quien no llorara!*

N. York-1855

PEDRO SANTACILIA

*El arpa del proscrito,*

Publicado por F. J. Vingut, New York,  
[c. 1856], pp. 191-195.



## II

### *En Greenwood* *(Camposanto de Nueva York)*

Al lado de estas aguas silenciosas,  
En medio de este bosque, en este asilo,  
Debajo de estas gramas y estas rosas,  
Es donde quiero reposar tranquilo.

Y pronto debo reposar! mis días  
Se tiñen ya de pálidos destellos,  
Y anuncian mis postreras alegrías  
Las nieves de la vida en los cabellos.

Mas, ¿qué será si en las nocturnas calmas  
Salgo a vagar como las sombras suelen,  
Y en vez de hallar mis quejumbrosas palmas,  
Los sauces solo de mi afán se duelen?

Oh! ¿qué será si en honda pesadumbre,  
Sentado a meditar sobre la losa,  
Suspiro por mi pueblo en servidumbre  
Y el cielo busco de mi Cuba hermosa?

Tormentoso será! Mas si tardío  
Nace a brillar el sol de mis anhelos,  
Cabe la orilla del paterno río  
Llevadme a descansar con mis abuelos.

Y allí donde mi cuna en hora amarga  
Al capricho meció voluble suerte,  
Dejadme al fin depositar la carga  
Y dormir en el seno de la muerte!

JUAN CLEMENTE ZENEA

*Poesías completas,*

Impr. y Redacción de El Mundo Nuevo,  
Nueva York, 1872, p. 75.



### III

#### *El beso de la noche*

Recibe de la noche el beso frío,  
Arcángel, que a la tierra descendiste,  
Cual hoja seca, solitaria y triste  
En hondo cauce de revuelto río:

En ese beso sentirás el mío,  
Único, acaso, que de amor sentiste,

No bien los ojos a la luz abriste  
Bajo otro cielo de color sombrío.

La noche tiene para ti rumores,  
Y lágrimas que vierte silenciosa  
Bañadas con la esencia de las flores.

¡Ella sea la madre cariñosa  
Que te bese la frente, cuando llores(\*)  
Soñando con mi vida borrascosa...!

RAFAEL MARÍA DE MENDIVE

Cementerio del Calvario, N. York, 1870.

*Museo de las Familias*, vol. I, no. 5, (New York),

15 de diciembre de 1872, p. 71.

(\*)En ediciones posteriores, este verso aparece de la siguiente manera: *Que férvida te bese, cuando llores.*



#### IV

#### *Un socialista hambriento*

—¡Inmundo Nueva York, maldito seas!  
Maldita tu opulencia fementida  
Becerro de oro, que haces de la vida  
Un mercado de carne sin ideas!

Muy pronto querrá Júpiter que veas  
Tu espléndida existencia convertida

En un lago de sangre corrompida  
Al pálido fulgor de horribles teas!

Sodoma de la América, y enjambre  
De todas las humanas cobardías;  
Tu cinismo horripila, y da calambre!

—¿Qué te hice para tales profecías...?  
—¡Calla, bestial! No ves que muero de hambre,  
Y todas tus riquezas no son mías?

RAFAEL MARÍA DE MENDIVE

1871

*Museo de las Familias,*  
vol. I,  
no. 5, (New York),  
15 de diciembre de 1872, p. 74.



V  
*Liberty Enlightening the World*  
*Entrada en Nueva-York*

Tras ardua lucha en procelosos mares,  
Arribando a la tierra apetecida,  
Saluda, al fin, la nave combatida,  
La amiga faz de nítidos hogares.

En los ecos que llegan a millares  
De la ciudad, apenas advertida,

Se reflejan las fuerzas de la vida  
Que alimenta la industria en sus altares;

Y a recibirlo, de esplendor bañada,  
Mira surgir el pasajero ufano  
Que viene en pos de su calor fecundo,

Con su traje de bronce acorazada,  
Sobre un peñón del suelo americano,  
“La libertad iluminando al mundo!”

ISAAC CARRILLO Y O’FARRILL

*La Revista Ilustrada de Nueva York*, vol. XI,  
no. 3, (New York),  
marzo de 1892, p. 178.



El lector tiene en sus manos una monografía en la que se hace un bosquejo general de los aspectos culturales de la comunidad cubana en New York durante el siglo XIX. La presencia allí de más de ochenta personalidades de la alta cultura cubana conforma un ciclo que se abre en 1823, con Félix Varela y José María Heredia, y se cierra en 1898, con Enrique José Varona y Manuel Sanguily, teniendo a José Martí como figura descollante. Estos hombres desplegaron una multifacética labor intelectual que incluyó la fundación o dirección de más de 70 publicaciones periódicas. Por otra parte, el resto de los integrantes de la comunidad cubana de New York también desarrollaron a lo largo de este siglo un vigoroso movimiento asociativo que fue un reflejo de su activa vida social.

ENRIQUE LÓPEZ MESA (La Habana, 1944–2018) fue licenciado en Historia por la Universidad de La Habana y un destacado investigador martiano. Fue autor de la primera edición, en 2002, de este título que ponemos a su disposición; de *José Martí: editar desde New York* (2012), galardonado con el Premio Anual de Investigación Juan Marinello; de *Hipótesis sobre un elogio* (2015), y de *José Martí y la Sociedad Literaria Hispano-Americana de New York*. Bosquejo de una historia (2025). Colaboró en obras colectivas, como *Imágenes e imaginarios nacionales en el ultramar español* (Madrid, 2000), y con revistas académicas de Cuba, Brasil y México. Contribuyó en la preparación de los tomos 17 y 22 de la edición crítica de las *Obras completas* de José Martí, y dictó conferencias en Cuba, España y Chile. En 2006 recibió el Premio de Ensayo de la revista *Temas*. Su pasión por el pensamiento martiano y su legado dejaron una profunda huella en colegas, lectores y estudiantes que hoy lo recuerdan con respeto y admiración.

